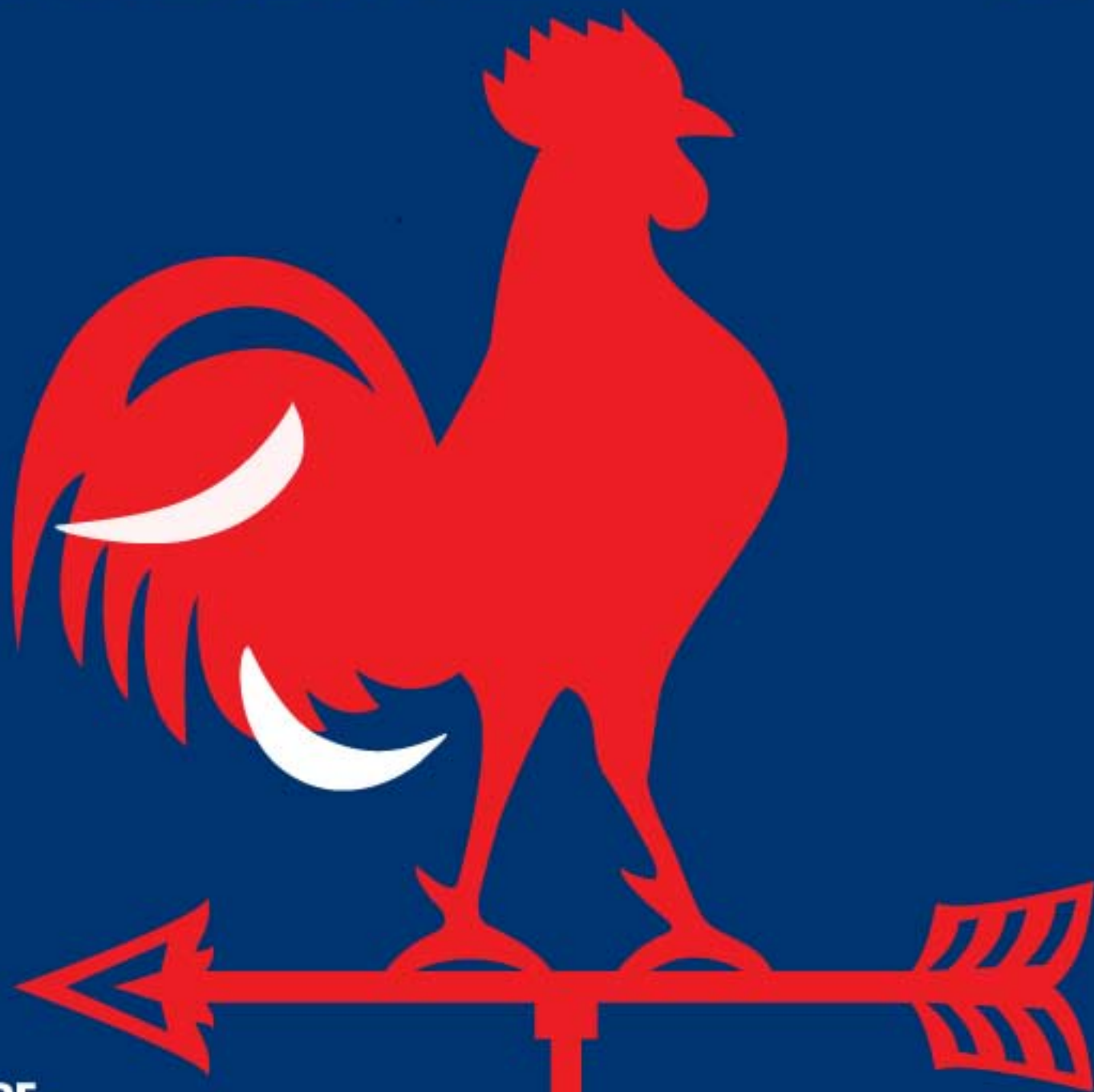


SEGUNDA SERIE

EXPLORADOR

FRANCIA

5



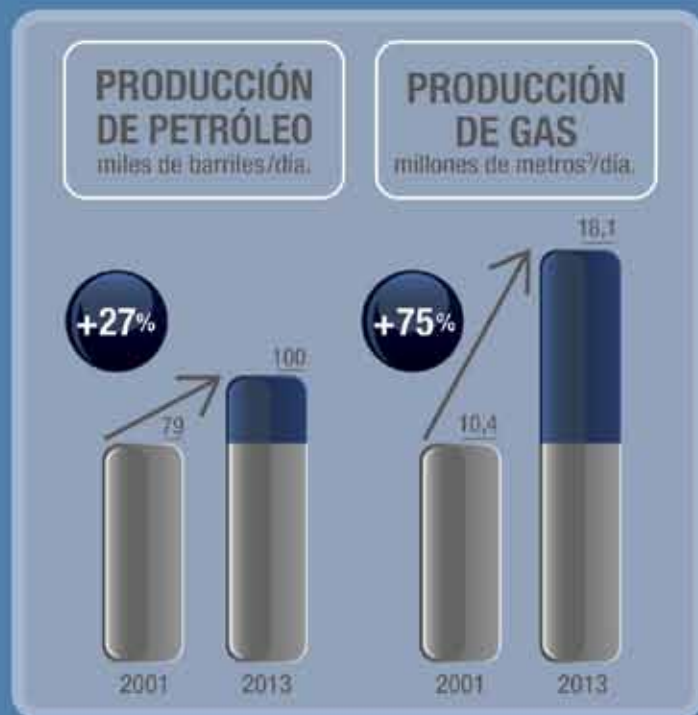
LE MONDE
diplomatique

República en deconstrucción



Compromiso con el país. Hoy y siempre.

- Somos la segunda productora de hidrocarburos del país, presente en las principales cuencas de la Argentina: Golfo San Jorge, Neuquina, Noroeste y Austral. Generamos trabajo para más de **11.000 familias**.
- **Siempre creímos en el país.** Desde 2001, somos la empresa que más ganancias reinvertió en la Argentina: **9.500 millones de dólares en los últimos 13 años**.
- Esta vocación por crecer nos llevó a aumentar un **27%** nuestra producción de petróleo y un **75%** la de gas.
- La misma vocación que nos lleva a desarrollar **55 programas** sociales que atienden las necesidades de **68.000 argentinos**.
- Desde el 2005, desarrollamos el Programa Pymes, el único de índole privada que brinda capacitación y asistencia técnica a **248 empresas** de Chubut, Santa Cruz, Salta y Neuquén.



Esto es lo que siempre hicimos y lo que seguiremos haciendo.
Porque cuando crecemos, crece también la Argentina.

**Pan American
ENERGY**

Más que petróleo

www.panamericanenergy.com

FRANCIA EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

5
SEGUNDA SERIE

República en deconstrucción

Edición

Pablo Stancanelli

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diseño de portada

Agustina Lerones

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Pablo Stancanelli

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

**LE MONDE
DIPLOMATIQUE**

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Garbarino

Secretaria

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

**Redacción, administración,
publicidad y suscripciones:**

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique / Explorador es una publicación de Capital Intelectual S.A. Queda prohibida la reproducción de todos los artículos, en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,

Camarones 1768, C.P. 1416ECH

Ciudad de Buenos Aires

Distribución en Cap. Fed.

y Gran Buenos Aires:

Vaccaro Hnos. Representantes

editoriales S.A. Entre Ríos 919,

1º piso Tel.: 4305-3854

C.A.B.A., Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas

S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836

Tel.: 4305-3160 Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de Redacción:

Pierre Rimbart

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 París

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

Los Cuarenta Odiosos

por Pablo Stancanelli

Desde hace cuatro décadas, el capitalismo industrial francés padece una crisis sostenida que amenaza al modelo social de posguerra. El retroceso del Estado atiza la fragmentación social y el rechazo a los partidos políticos, abriendo las puertas a la extrema derecha.

“Dicen que la crisis hace a los ricos más ricos y a los pobres más pobres. No sé de qué crisis hablan. Es así desde que soy chico...”

Coluche, “El desempleado”, 1986

A casi medio siglo de las revueltas estudiantiles-obreras de Mayo del 68 que estremecieron a Francia, si hay algo que decididamente le falta al poder en el Elíseo es imaginación. Y valentía.

En 1968, los jóvenes se alzaron contra el aburguesamiento de la sociedad, el onanismo consumista y la lasitud de una existencia preestablecida, frutos de un progreso que se prometía eterno; denunciaban la hipocresía de una nación que proclamaba a los cuatro vientos las ventajas de la civilización mientras oprimía y corrompía a los países en vías de desarrollo. Sus renovados sueños de libertad, igualdad y fraternidad se vieron fagocitados por la democracia de mercado que resistían y que en su “madurez” muchos abrazarían.

Esa generación “dorada”, que no había conocido las privaciones de la guerra, vivía años de pujante crecimiento económico y modernización, recordados como los Treinta Gloriosos (1945-1973). Como bien señala el sociólogo Robert Castel, esa “expresión [...] conserva nostalgias sospechosas. [...] La sociedad francesa seguía estando marcada por desigualdades muy fuertes y muchas injusticias” (1). No obstante, se beneficiaba del compromiso de posguerra de forjar sobre las ruinas un Estado benefactor, modelo de democracia social, con altos niveles de protección y solidaridad. Mayo del 68 estalló cuando aún parecía no haber límites para el crecimiento y constituyó en cierto modo un acto anticipatorio, presagio de las profundas transformaciones que llevarían a la erosión de ese bastión y a una dinámica de movilidad descendente.

Desde mediados de la década del 70, el auge de la globalización neoliberal y el corsé impuesto por la integración europea, que paradójicamente entronó a la Alemania que pretendía controlar, fueron quitando al Estado francés capacidad de control sobre la economía nacional. Las grandes joyas industriales de la na-

ción se abrieron al capital privado o fueron extranje-rizadas, y las antiguas colonias pasaron de mercados cautivos y sumisos a competidores globales. El capitalismo industrial galo entró en un período de crisis sin fin que fue carcomiendo lenta pero sostenidamente las conquistas sociales y ajustando las economías hogareñas (2). Y el empleo, principal nervio del modelo, sufre el impacto. Ya no importa tanto que la mano de obra sea francesa, polaca, marroquí o china, con tal de que sea barata y de que las ganancias eludan su contribución patriótica en alguna isla paradisíaca provista de banqueros amistosos y discretos.

Mientras tanto, la socialdemocracia y la derecha liberal que se suceden en el poder desde el inicio de la Quinta República, haciendo gala de sus privilegios y encadenando escándalos de corrupción, compiten resignadas por ver quién recorta más los salarios y desmantela más profundamente el Estado de Bienestar. Devienen así en simples transmisores de la voluntad de las patronales y los dioses de las finanzas, traicionando la soberanía popular y atizando el descontento.

Fracturas sociales

Una amplia mayoría de franceses cree actualmente que sus hijos tendrán un nivel de vida inferior al suyo y se preguntan cuándo tocarán fondo (3). Según cita Castel, por ejemplo, en 2006 un obrero necesitaba de 140 años para alcanzar la misma mejora en su situación (el salario de un ejecutivo) que en los años sesenta podía esperar en 20 años.

Pero más que el crecimiento de las desigualdades, lo que el sociólogo francés señala como marca central del deterioro de las últimas décadas es justamente el paulatino abandono por parte del Estado de su rol de gestor de las mismas; la mercantilización de las prestaciones sociales vistas como contraprestaciones y no ya como derechos de ciudadanía; la estigmatización de los asistidos (“acusados de vivir a costa de la Francia que se levanta temprano”). Es decir, una prolongada dinámica de ruptura de las solidaridades colectivas, fomentada por la precarización de las condiciones laborales, que deriva en una “sociedad

de individuos”, librados a sí mismos; responsables de sus éxitos y, sobre todo, de sus fracasos.

Ya lo había advertido el popular cómico Coluche, cuando en octubre de 1980, a meses de las elecciones que consagraron a François Mitterrand primer presidente de izquierda de la Quinta República, decidió lanzar su candidatura a Presidente, a modo de protesta y en tono de broma, convocando a votar lo “a todos aquellos que no cuentan para los políticos”, para “dárselas por el culo”. En poco tiempo, cosechó una intención de voto inesperada –más del 10%–, así como presiones e intimidaciones que lo llevaron a abandonar la aventura y a apoyar al socialismo. Pero más allá de la farsa, la puesta en escena de Coluche evidenciaba dos males crecientes de la realidad política francesa: el giro neoliberal de la socialdemocracia representada por el Partido Socialista y la falta de alternativas y respuestas políticas.

Una deriva que lleva al desencanto de los ciudadanos, cada vez menos propensos a votar –particularmente los jóvenes–, y en la que se inserta con fuerza la extrema derecha representada por el Frente Nacional (FN). Convertido en un partido más del escenario político gracias a la estrategia de normalización de su actual líder Marine Le Pen –contrariamente a su padre Jean-Marie, fundador de la formación, presenta un discurso social y republicano que busca ocultar sus raíces racistas, antisemitas y antidemocráticas–, el FN salió primero en las elecciones legislativas europeas de mayo de 2014 con un 25% de los votos (cerca del 60% de abstención) y pretende capturar el voto de la derecha, e incluso de ex comunistas, para llegar al poder.

Apela a las fibras íntimas de una nación herida, aprovechando el descalabro de los partidos tradicionales, incapaces de proponer nuevas utopías (aunque más no sea preservar el Estado de Bienestar), y pone el dedo en las llagas de la identidad, la inseguridad, los regionalismos, la inmigración, el multiculturalismo, echando nafta al fuego de las fracturas sociales. Mientras que los hijos y nietos de la metrópoli, tan franceses como cualquier otro, se encuentran en realidad entre las principales víctimas de la precariedad laboral y el desempleo. Estigmatizados además por su herencia cultural y religiosa, se repliegan en sus guetos suburbanos retroalimentando una hostilidad y fragmentación crecientes, que ponen en peligro los ideales de universalidad que hicieron de la República Francesa, con todas sus contradicciones, un baluarte de la democracia moderna. ■

1. Robert Castel, *El ascenso de las incertidumbres*, FCE, Buenos Aires, 2010.

2. Entre 1960 y 1979, el crecimiento anual promedio del PIB francés fue del 4,8%. Se redujo al 2,2% entre 1980 y 2000; al 1,8% entre 2001 y 2007; y al 0,1% entre 2008 y 2013. Banco Mundial, “Indicadores del Desarrollo Mundial 2014”.

3. “Croissance, chômage, déficits : la France n’a pas encore touché le fond”, *Le Monde*, París, 4-9-14.

SUMARIO

FRANCIA

República en deconstrucción

INTRODUCCIÓN

2| Los Cuarenta Odiosos

Pablo Stancanelli

1. LOS FANTASMAS DE LA GLORIA

Lo pasado

7| La Revolución censurada

Daniel Bensaïd

11| La República y sus inmigrantes

Gérard Noiriel

14| El sueño de una política autónoma

Paul-Marie de la Gorce

17| El espejo quebrado

Pascal Blanchard, Nicolas

Bancel y Sandrine Lemaire

18| La doctrina francesa

Maurice Lemoine

2. NEOLIBERALISMO, DESIGUALDAD, HOSTILIDAD

Francia hacia adentro

23| El tiempo de las revueltas

Serge Halimi

26| El socialismo de Hollande

Pierre Rimbert

29| Bonapartismo o Constituyente

André Bellon

33| Las contradicciones del Frente Nacional

Philippe Baqué

39| Purga social

Martine Bulard

43| Viaje a los “barrios norte” de Marsella

Maurice Lemoine

48| El (no) voto de la antipolítica

Cécile Marin y

Agnes Stienne

3. UNA BRÚJULA PARA EL NUEVO MUNDO

Francia hacia afuera

53| El regreso al redil atlántico

Régis Debray

59| Triste aniversario para la amistad

franco-alemana

Anne-Cécile Robert

61| Desaciertos estratégicos

Olivier Zajec

65| Un bombero pirómano en África

Anne-Cécile Robert

4. UNIVERSALIDAD Y REPLIEGUE

Lo vivido, lo pensado, lo imaginado

71| No se habla francés

Tahar Ben Jelloun

74| Descentralizar la cultura

Bruno Boussagol

77| El gueto le habla al gueto

Thomas Blondeau

5. EL QUIEBRE DE LA SOLIDARIDAD

Lo que vendrá

82| Francia y el capitalismo del siglo XXI

Denis Merklen



1

Lo pasado

LOS FANTASMAS DE LA GLORIA

La historia de la República Francesa es la historia de la persecución de una utopía emancipadora. Pero es al mismo tiempo el emblema de las paradojas de la civilización ilustrada. La abolición de los privilegios reveló los antagonismos de clase propios de las sociedades modernas y abrió paso a una larga reacción que se prolonga hasta nuestros días. La imagen mítica de una Francia republicana, igualitaria y armoniosa, se quiebra frente al espejo cruel de las guerras coloniales.





Desvíos de la historia

La Revolución censurada

por Daniel Bensaïd*

La Revolución de 1789 concluyó en 1794 en el cadalso de Termidor. Lo que siguió ya no fue la Revolución sino la República aburguesante sin la Revolución; el inicio de una larga reacción que se prolonga hasta hoy, sustituyó los principios por la propiedad y desembocó en la competencia liberal generalizada.

A pesar de sus celebraciones oficiales y sus leyendas escolares, la Revolución Francesa tiende a desaparecer en un agujero negro. En 1989, la celebración del Bicentenario contribuyó en gran medida a esta amnesia inducida. Edgar Faure, presidente de la comisión organizadora, reclamaba ya “una reconciliación eclesial”, con blancos y azules tomados del brazo en una comunión consensuada del justo equilibrio y de “la República del centro” tan apreciada por Jacques Julliard, François Furet y Pierre Rosanvallon (1). El tono era evidente: el del desfile variopinto y despolitizado de Jean-Paul Goude. Terminal de la historia, fin de la política, que comience la fiesta y dure por toda la eternidad mercantil. En esos tiempos termidorianos (2) de contrarreforma liberal, la Revolución había pasado de moda.

Sin embargo, sigue siendo un asunto nunca archivado, sobre el cual, habría dicho [Charles] Péguy, “no hay reconciliación”, ya que eso sería no entender nada. Oficialmente, la de 1789 habría sido pues una Revolución muy educada, bien peinada, recomendable, que resucitó en 1795 tras el desagradable paréntesis de la Convención Jacobina. Por más republicana que se considere, la ideología histórica dominante tachó así de infames a algunos “terroristas” (ya entonces), pero no dudó en bautizar los liceos con el nombre de los grandes terroristas arrepentidos, los Fouché y los Carnot.

Este desvío de la historia en favor del mito, del acontecimiento en favor del orden restablecido, expresa una confusión nefasta entre República y Revolución. Desde luego, en su origen, fueron gemelas, y estuvieron inextricablemente mezcladas. Con Termidor, sin embargo,

la República se distanció. A lo largo de los años, se aburguesó, se estatizó, se burocratizó, hasta su institucionalización bajo la Tercera República. La República, es lo que queda cuando se ha eliminado la Revolución, quitado la cabeza (la soberanía popular) y la base (la audacia revolucionaria): una ciudadanía tanto más invocada cuanto más se debilita, una laicidad minimalista reducida a un espacio de convivencia tolerante, un Estado gestor. Y, al final del camino, una República de mercado que se lleva bien con la nostalgia de una República positivista, de orden y progreso, judicial y policial, autoritaria y amenazante. Los vencidos de 1848 habían experimentado este quiebre. Imaginario, el pueblo soñado indivisible se había quebrado ante sus ojos en clases antagónicas. De ahí en más, los sobrevivientes de junio ya no hablarían de República a secas, sino de República social.

Flujos y reflujos

“Pensar la revolución” es pensar su singularidad como acontecimiento, sus contradicciones, en función de las fuerzas contrarias que la impulsan. Ascendido a historiador oficial del Bicentenario, François Furet escribía que “a las revoluciones les conviene ser paréntesis lo más cortos posibles” y que su gran problema “es lograr que terminen” (3). Para él y sus semejantes, el Bicentenario cerraba el caso, registraba el final definitivo de la secuencia revolucionaria.

Péguy fechaba ese fin en la instauración de una Tercera República juiciosa y atemperada sobre las cenizas de la Comuna. A lo largo del siglo XIX, la herencia revolucionaria se cristalizó a menudo en torno al restablecimiento de la República, hasta que la Segunda terminó →



Derechos. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano adoptada en 1789 por la Asamblea Nacional es un texto fundamental del derecho internacional moderno.

Sufragio universal

El 23 de abril de 1848, Francia se convirtió en la primera nación en llevar a cabo un sufragio universal –masculino–, directo y secreto, principio adoptado por la Constitución de 1793 pero nunca aplicado. Ese día, millones de hombres (incluidos “empleados domésticos, pobres y soldados”, según Alexis de Tocqueville) fueron a votar en un ambiente de fiesta patriótica, inaugurando un largo y sinuoso camino.

→ por eclipsar a la Primera. Apenas fundada, resultó ser que no se trataba de una continuación, de un deslance, sino efectivamente de una sustitución. Después de 1881, decía amargamente Péguy, la República “comienza a discontinuarse”. De uniones sagradas a movilizaciones generales, el ritual republicano ahogó en adelante el impulso revolucionario: “En menos de ciento veinte años, la obra, no de la Revolución Francesa, sino el resultado del fracaso de la Revolución Francesa y de la obra de la Revolución Francesa bajo los golpes, la presión, el empuje de la reacción, de la barbarie universal, es literalmente aniquilada. Completamente”.

Esta periodización no careció de argumentos. Pero, desde el punto de vista de la temporalidad política –sus actores lo sufrieron en carne propia–, la Revolución terminó en el cadalso de Termidor. Lo que siguió, ya no fue la Revolución sino la República aburguesante sin la Revolución: la guerra revolucionaria se volvió una guerra de conquista, se eliminó el sufragio universal (masculino), se restableció el derecho de propiedad ilimitado, acompañado por supuesto de la ley marcial. Diez años más tarde, el restablecimiento de la esclavitud por parte del Imperio coronó esta reacción. La referencia al derecho natural de la Declaración de Derechos de 1789 desapareció en la del 22 de agosto de 1795, así como por supuesto el derecho a la insurrección del poder constituyente. La Constitución de junio de 1793, que disociaba la ciudadanía de la nacionalidad y radicalizaba el derecho de suelo simplificando las condiciones de acceso a la ciudadanía, fue enterrada.

Las controversias sobre la periodización, sobre los flujos y reflujos, plantean la cuestión de saber qué se entiende por contrarrevolución. Suele imaginarse una re-

volución a la inversa, un estricto cambio de dirección. Buen observador en la materia, [Joseph] De Maistre mencionaba formas *soft* de desvío y de recuperación, una manera servil de deshacer y contradecir la obra revolucionaria: “El restablecimiento de la monarquía, al que llaman contrarrevolución, no será una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución”. Pronosticaba así tanto las contrarrevoluciones burocráticas como las llamadas revoluciones “de terciopelo”.

Periodizar la Revolución Francesa significaría primero seguir los avatares de sus contradicciones originales, que anidan en el corazón mismo del acontecimiento: desnudar la tensión entre el derecho a la propiedad y el derecho a la existencia, entre la universalidad proclamada por la Declaración de los Derechos del Hombre y el endurecimiento de los intereses particulares, de clase, de sexo, de nación o de raza. Una nueva polarización de las relaciones sociales aparecía en la subordinación del sufragio censitario a la fortuna y en la represión del invierno de 1793-1794 contra los *sans-culottes* parisienses; en la exclusión de las mujeres de la ciudadanía y la puesta en vereda de las tejedoras; en el encerramiento nacional y el paso de la guerra defensiva a la guerra ofensiva; en la adopción de la Ley de los Sospechosos y la evolución de la mirada respecto del extranjero; en la perpetuación del racismo colonial y las tergiversaciones que precedieron a la abolición tardía de la esclavitud en vísperas de Termidor.

La Revolución se declaraba “francesa” y a la vez proclamaba la emancipación universal. La Constitución de 1793 reivindicaba así el derecho de suelo y disociaba la ciudadanía de la nacionalidad: “Todo hombre nacido y domiciliado en Francia de veintiún años cumplidos; todo extranjero de veintiún años cumplidos que, domiciliado en Francia por un año, viva de su trabajo, o adquiera una propiedad, o contraiga matrimonio con una francesa, o adopte un hijo, o alimente a un anciano; finalmente, todo extranjero que según el cuerpo legislativo haya hecho méritos para la humanidad, gozará del ejercicio de los derechos de ciudadano francés”. Anunciaba así “una ciudadanía universal y cosmopolita”, ya que en adelante se podría “ser ciudadano antes incluso de ser francés”. Si la República hubiera permanecido fiel a este espíritu del Año II, la cuestión de los indocumentados estaría resuelta hace tiempo.

Daniel Guérin mostró cómo, lejos de significar el advenimiento de una humanidad reconciliada, la abolición de los privilegios reveló los antagonismos de clase propios de la sociedad moderna (4).

El impulso hacia lo universal fracasó ante las nuevas fronteras de clase, de raza, de sexo, al surgimiento de una razón de Estado. La guerra en las fronteras y la guerra civil provocaron una radicalización desde lo alto. La ejemplaridad de la virtud prevaleció sobre la igualdad de los ciudadanos. El nuevo orden político requería de hombres frugales e inflexibles, auténticos “romanos”. El culto del Ser Supremo y una nueva religiosidad de Estado venían supuestamente a llenar el vacío de un espacio público desacralizado. El patriota “que apoya

masivamente a la República” –“aquel que la combate en detalle es un traidor”– se impuso sobre el ciudadano.

El Terror mismo tuvo su propio *tempo*, del Terror popular de las masacres de septiembre de 1792 al Gran Terror de 1793-1794. Se alimentaba de las representaciones heterófonas de un cuerpo social supuestamente homogéneo y se deshacía de sus parásitos: el pueblo, la nación, el Estado serían todo uno. El conflicto ya no podría provenir entonces sino del complot extranjero o la traición interna. En este universo compacto donde sociedad y Estado, privado y público tienden a fundirse en un solo bloque, ya no había lugar para el error “subjetivo”. Sólo había errores “objetivos”. Toda disidencia se volvía sospechosa, todo aquello que podría dar consistencia a una sociedad aún gelatinosa era una “facción” que atentaba contra la unidad orgánica de la nación. Todo pluralismo, que permitiera resolver por la vía política las “contradicciones en el seno del pueblo”, quedaba excluido. Policía y sospecha estaban en todas partes.

Un equilibrio catastrófico

La represión del movimiento popular y el cierre de los clubes de mujeres, el estado de excepción del Gran Terror marcaron, según Guérin, el desenlace de estas contradicciones en detrimento de las clases oprimidas y explotadas. La represión de Lyon o de Nantes, el “populicidio” de Vandea denunciado por Babeuf anunciaron las crueldades, descritas por Renan o Flaubert, de las que la burguesía victoriosa se mostraría capaz en junio de 1848 y contra la Comuna (1871). Ya antes de 1848, [Jules] Michelet comprobaba amargamente en *El Pueblo* que no debió pasar ni medio siglo para que a esta clase consagrada al “cálculo egoísta” se le cayera la máscara de su universalidad proclamada.

El desarrollo de la Revolución no es ante todo un asunto de ideología, una confirmación consecuente del gusano que estaría desde el comienzo en el fruto del Iluminismo. Es la tragedia social e histórica de un “ya es suficiente” y un “todavía no”, entre un orden monárquico agotado y una revolución social prematura. El gran Michelet decía también: “Los republicanos clásicos tenían detrás de sí un fantasma que avanzaba rápidamente y los superó en velocidad: el republicanismo romántico de cien caras, de mil escuelas, que hoy llamamos socialismo”, ya que los Rabiosos, babuistas y otros conspiradores de la igualdad ya llevaban consigo “el germen oscuro de una revolución desconocida”. En este intervalo, en este equilibrio catastrófico entre el “ya es suficiente” y el “todavía no”, el cesarismo jacobino terminaría beneficiando a la burguesía victoriosa, de los agiotistas y especuladores sobre los bienes nacionales. El tiempo de los virtuosos había pasado. Eran buenos para el exilio o la guillotina...

Frente a la reacción legislativa que siguió a Termidor, Thomas Paine declaró magníficamente ante la tribuna de la Convención, el 7 de julio de 1795: “Mi propio juicio me convenció de que, si desplazan la base de la revolución de los principios a la propiedad, apagarán todo el entusiasmo que hasta ahora sostenía la revolu-

© Oleg Golovnev / Shutterstock



La libertad guiando al pueblo. El célebre cuadro de Delacroix representa las barricadas en París durante 1830.

ción y no pondrán en su lugar sino la fría razón del bajo interés personal”, la ducha helada de la competencia liberal generalizada de todos contra todos. Michelet confirmó la predicción como historiador. Para él, la Revolución terminaría en algún momento entre brumario de 1793 y termidor de 1794: “Después, todo eso ya no forma parte de la Revolución. Son los comienzos de la larga reacción que se prolonga desde hace medio siglo”. Y que continúa.

Durante los preparativos del Bicentenario, Furet anunciaba aliviado: “La Revolución se convirtió en una historia, ya que ha terminado”. Como acontecimiento, nadie duda de que haya terminado. Como sed no saciada de justicia social y “sueño hacia adelante”, resurge en los grandes momentos de resistencia y rebelión populares.

Para Furet, estaba claro: una frontera impermeable separaba la ceniza histórica de la lava de la memoria. Sin embargo es allí, en el punto de encuentro y de tensión entre la historia petrificada y la memoria viva, en la tensión entre el archivo apergaminado y la fidelidad apasionada al acontecimiento, que la Revolución Francesa tiene aún algo indispensable para decirnos. ■

1. *La République du centre*, Calmann-Lévy, París, 1988.

2. El 9 de termidor del año II (fecha del calendario republicano correspondiente al 27 de julio de 1794), los convencionales detuvieron a Robespierre influenciados por Barras, Tallien, Fouché...

3. *Le Nouvel Observateur*, París, 28-2-1988.

4. Daniel Guérin, *La Lutte des classes sous la première République*, Gallimard, París, 1968.

*Filósofo (1946-2010), autor, entre otros, de *Moi, la Révolution, remembrances d'un bicentenaire indigne* (Gallimard, París, 1989).

Traducción: Gustavo Recalde

SED DE EMANCIPACIÓN

1789

Pueblo soberano

14 de julio: Toma de la Bastilla. Cinco días antes los tres órdenes se habían declarado Asamblea Nacional Constituyente.

1789

Derechos

26 de agosto: la Asamblea proclama la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

1794

Fin del Terror

28 de julio (10 termidor del año II): ejecución de Robespierre. Fin del gobierno revolucionario de los jacobinos.

1795

Directorio

Nueva Constitución: restablece el sufragio censitario, favoreciendo a los propietarios, y confía el poder al Directorio.

1799

Golpe de Estado

9-10 de noviembre: el 18 brumario del año VIII, Bonaparte pone fin al Directorio. El Consulado que encabeza declarará: “La Revolución ha terminado”.





Integración e interés nacional

La República y sus inmigrantes

por Gérard Noiriel*

Una parte considerable de la población que vive actualmente en Francia (más de un tercio) proviene de la inmigración, con sólo remontarse a tres generaciones. Pero basarse en este hecho para inferir la eficacia del “modelo republicano” de integración es ocultar la dimensión conflictiva y dolorosa de esa historia.

Partir del presente para extraer conclusiones sobre el pasado es una manera de alimentar la historia de los vencedores en detrimento de los vencidos, la historia de aquellos que dejaron una huella de su paso en detrimento de los invisibles, los sin voz. Toda reflexión seria sobre la integración de los inmigrantes en Francia debería pues comenzar por tener en cuenta un hecho fundamental, confirmado por numerosas investigaciones: la gran mayoría de los extranjeros que emigraron a Francia en el pasado no permanecieron allí (1). Estas decenas de millones de personas dieron su opinión sobre el “modelo republicano” con el único medio de expresión que les dejó la República: huyendo hacia lugares más acogedores, es decir, “votando con los pies”. De admitirse la idea de que la primera fase de una política de integración consiste en recibir dignamente a los extranjeros para que tengan ganas de quedarse, hay que reconocer que la República no lo logró en la mayoría de los casos.

Aun teniendo en cuenta sólo a la minoría de los inmigrantes que se establecieron definitivamente en Francia, hablar de un “modelo republicano de integración” es ocultar la dimensión conflictiva y dolorosa de esta historia. Confinados a los sectores menos calificados del mercado laboral, sobreexpuestos a accidentes de trabajo, privados de derechos elementales otorgados a los ciudadanos, blancos de la xenofobia, la represión policial y las expulsiones, los inmigrantes pagaron un alto precio por su integración.

Pueden distinguirse tres grandes períodos de afluencia: el Segundo Imperio, los años 1920 y la época posterior a la Segunda Guerra Mundial (1970). Desde

un primer momento, la inmigración estuvo estrechamente subordinada a las necesidades del desarrollo industrial. Cada uno de estos ciclos migratorios se caracteriza por la ampliación de áreas de reclutamiento. En el siglo XIX, fueron sobre todo inmigrantes provenientes de los países vecinos (Bélgica, Alemania, Italia, España, que aún eran países de emigración). En los años 1920, las empresas francesas recurrieron a una mano de obra proveniente de toda Europa (sobre todo de Polonia). Después de la Segunda Guerra Mundial, se recurrió al imperio colonial (principalmente África del Norte) para proveer los batallones de proletarios que la economía necesitaba.

El término “modelo” lleva a pensar sin razón que la República habría tenido un proyecto político de inserción de los inmigrantes. Sin embargo, antes de los años 1970-1980, ningún gobierno analizó verdaderamente la cuestión. Desde fines del siglo XIX, los inmigrantes y sus descendientes se mezclaron en la sociedad francesa sin que los gobernantes ni los especialistas se entrometieran. El papel de la política en ese terreno fue pues mucho más limitado de lo que suele decirse.

Democratizar y discriminar

La coyuntura económica desempeña un papel esencial. De 1860 a 1970, cada fase de expansión generó nuevas olas de inmigración, que facilitaron la movilidad ascendente de aquellos que se habían instalado anteriormente en el país. La condición para que esta dinámica social pudiera funcionar era que el Estado no pusiera trabas y que los inmigrantes y sus descendientes fueran tratados, si no inmediatamente, al→



Derecho de expresión. El 29 de julio de 1881 la Tercera República sancionó la libertad de prensa.

¡Trabajadores bienvenidos!

En los años 1920, Francia se convirtió en el primer país de inmigración del mundo en relación con su población. En 10 años, el número de inmigrantes se duplicó, alcanzando los 3,1 millones en 1931 (el 7,1% de la población). Esta apertura se debió principalmente a las necesidades de mano de obra generadas por los estragos de la Primera Guerra Mundial sobre la población activa.

→ menos en un plazo más o menos breve, de igual modo que los demás habitantes.

Reducida a sus más justas proporciones, la noción de “modelo republicano de integración” designa al fin de cuentas la manera en que el Estado republicano francés aplicó los principios fundamentales que rigen las sociedades democráticas. Para entender sus particularidades, es preciso recordar el rol fundacional de la Tercera República. Todo el proyecto político que sus dirigentes se esforzaron en implementar a fines del siglo XIX se centraba en la integración de las clases populares en el Estado-nación.

Por un lado, se fomentó la participación de los sectores populares en la vida política (ciudadanía). Las reformas electorales permitieron a un número nada despreciable de individuos de estos sectores ejercer cargos públicos (particularmente a nivel municipal). Las leyes sobre libertad de prensa y reunión acentuaron este fenómeno. Los obreros y los campesinos adquirieron un poder colectivo de intervención en la vida pública, gracias al cual pudieron resistir eficazmente los cambios generados por el desarrollo del capitalismo industrial (éxodo rural, proletarización, etc.).

Por otro lado, la Tercera República favoreció la integración del pueblo desarrollando una política de “protección social” tendiente a atenuar los efectos destructivos de los cambios generados por la expansión del capitalismo. El simple hecho de pertenecer al Estado (es decir, de poseer la nacionalidad francesa) permitió en adelante obtener derechos sociales. El desarrollo de la inmigración (el término irrumpió en ese momento en el vocabulario político) fue una consecuencia directa de esta democratización.

Hasta el fin del Segundo Imperio, la línea de quiebre fundamental era de orden sociológico, y oponía el mundo de los notables a las “clases trabajadoras y peligrosas”. Éstas no tenían prácticamente ningún derecho. El hecho de que sus miembros fuesen “franceses”

o “extranjeros” carecía pues de importancia. Pero, a partir del momento en que el pueblo gozó de derechos políticos y sociales, se volvió necesario establecer una discriminación radical entre aquellos que pertenecían al Estado francés y los demás. El extranjero se definió entonces de manera negativa. Era aquel que no poseía los derechos otorgados a los nacionales.

Para comprender por qué la República Francesa aplicó esta segregación con un rigor muy particular, es preciso recordar que la Revolución había desmantelado las corporaciones y los cuerpos constituidos. Prohibió (al menos en su metrópoli) la discriminación basada en la religión, el origen étnico, etc.

En la mayoría de los demás países, las divisiones regionales, religiosas, corporativistas se mantuvieron hasta el siglo XX. Pudieron pues ser movilizadas por los ciudadanos en lucha para defender sus intereses particulares. En el caso francés, el “material” puesto a disposición de los individuos para definir sus diferencias y alimentar su sentimiento de pertenencia colectiva fue rápidamente limitado a dos grandes registros: la lucha de clases (patrones/obreros) y la división nacional/extranjero. A partir de fines del siglo XIX, la inmigración masiva permitiría explotar todas las potencialidades ofrecidas por esta división. Como la capacidad de resistencia acordada a las clases populares por la Tercera República no permitía a la gran industria encontrar en el territorio nacional la mano de obra necesaria, fue preciso “fabricar” una población privada de los derechos sociales otorgados a los nacionales y que no tuviera la posibilidad de protestar colectivamente contra el destino que le asignaban para conformar el proletariado de mineros, peones, obreros agrícolas y empleadas domésticas que el país necesitaba. De los viñedos de Roussillon a los altos hornos de Mosela, la patronal buscaría entonces mano de obra en Italia, Polonia y en las colonias.

La integración de las clases populares y la exclusión de los inmigrantes extranjeros eran pues dos caras de una misma moneda. El mejor ejemplo de este vínculo orgánico atañe a la política de protección del mercado de trabajo implementada entre los años 1880 y los años 1930. Al prohibir a los extranjeros trabajar en Francia sin autorización oficial, el Estado republicano dispuso de los medios para regular los flujos migratorios, prohibir el ingreso de inmigrantes a su territorio en períodos de recesión, canalizar los flujos hacia los sectores deficitarios, limitar la competencia en las ramas preferidas por los nacionales. A lo largo del mismo período, este dispositivo se reforzó a través de numerosas medidas destinadas a ampliar la “función pública” de manera de multiplicar el número de empleos reservados a los franceses.

Dado el lugar central ocupado por la división nacional/extranjero en el sistema republicano de discriminación, se entiende que la cuestión de la nacionalidad francesa haya sido siempre un objetivo político sensible. La ley de 1889, que fijaba las grandes líneas del código actual en la materia, desempeñó un papel impor-



Minas. Las mujeres trabajaban en la clasificación del carbón.

tante en la integración de los inmigrantes permitiéndoles convertirse en franceses más fácilmente que antes. Pero sería erróneo ver en esta legislación la implementación de una política deliberada de integración.

En realidad, todo el dispositivo estaba puesto al servicio del interés nacional. La crisis de la natalidad, la idea fuertemente arraigada en la dirigencia de que la fuerza de un Estado depende de la importancia de su población, el deseo de aumentar el número de conscriptos, fueron las principales razones que incitaron a los dirigentes republicanos a entreabrir las puertas de la comunidad nacional. A su vez, la legislación republicana sobre la nacionalidad introdujo disposiciones que reforzaron la exclusión de estos nuevos franceses. A partir de 1889 (y hasta 1980), los naturalizados se volvieron ciudadanos de segunda clase. De allí en más, la división nacional/extranjero sirvió pues para diferenciar varias categorías de franceses. La República introdujo así un sistema de discriminación basado en el origen nacional del que se valieron los partidarios del mariscal Pétain para poner en marcha su programa xenófobo y antisemita.

Profundo deseo de reconocimiento

El “modelo republicano de integración” resulta incomprensible si no se tiene en cuenta que deriva de la implementación del Estado-nación. Al instaurar una estricta separación entre nacionales y extranjeros, la Tercera República permitió el surgimiento de un nuevo objetivo de lucha que enfrentaba a los partidos conservadores y la extrema derecha (llamaban a reforzar la segregación de los extranjeros en nombre del interés nacional) con los partidos progresistas (se esforzaban por atenuar esta discriminación en nombre de los derechos humanos). A lo largo del siglo XX, la política republicana en materia de inmigración dependería de

Las profundas mutaciones que vivió la sociedad desde 1950 –particularmente, el surgimiento de un sector social intermedio entre la infancia y la adultez (los “jóvenes” de 15-25 años), la multiplicación de los complejos habitacionales y las zonas de urbanización prioritaria (ZUP)– otorgaron gran visibilidad a la “segunda generación”. Pero los discursos mediáticos se centran en un único componente de este grupo: los jóvenes provenientes de la inmigración magrebí. Remitidos constantemente a su origen étnico, a una religión que la mayoría no practica, a conflictos internacionales que no los atañen más que a los demás franceses, son víctimas de una segregación que no es jurídica, sino administrativa, económica, social y cultural.

Esta parte de la juventud obrera presenta en su punto más alto las características sociológicas propias de todas las “segundas generaciones”. El grado extremo de dominación que sufrieron sus padres sin poder protestar, las múltiples formas de rechazo que viven a diario generan en ellos un profundo deseo de reconocimiento (y por ende de integración). Pero necesitan también expresar públicamente su rechazo de un mundo que los desprecia y los abandona. Las conductas violentas que adopta un sector de esta juventud reflejan a la vez su integración en su universo local (el barrio) y su rechazo a aceptar el destino que le asignaron.

En 1950, la “segunda generación” surgida de la inmigración instalada en Francia en el período de entreguerras encontró en el Partido Comunista una organización política que cumplía esta doble función de integración y disidencia. La principal diferencia entre la violencia popular de ayer y la de hoy es que el movimiento obrero fue capaz en el pasado de canalizarla y darle un sentido político, mientras que las pequeñas revueltas urbanas de hoy tienen un carácter autodestructivo: sólo afectan a los propios sectores populares.

Nuevas fronteras

En 1975, el 60% de los inmigrantes censados en Francia era de origen europeo. En 1999 esta cifra correspondía a los migrantes del resto del mundo. A ello se sumó la construcción de la Unión Europea, que desplazó virtualmente al espacio Schengen las fronteras entre Francia y sus extranjeros.

1,3 millones de expatriados

La cifra de franceses que emigran crece cada año. Su número se duplicó en los últimos veinte años.

La integración de las clases populares y la exclusión de los inmigrantes extranjeros eran dos caras de una misma moneda.

la relación de fuerzas entre estas tendencias. Las luchas de las organizaciones progresistas, la internacionalización de los intercambios, la difusión de los valores humanistas, atenuaron la discriminación de los extranjeros, sin por ello hacerla desaparecer.

Al mismo tiempo, esta discriminación tendió a agravarse para los individuos de la “segunda generación”. Hijos de inmigrantes, son los hijos del proletariado reclutado masivamente en los años de prosperidad, de 1950 a 1970. La mayoría nació en Francia y posee nacionalidad francesa, pero pertenece al mundo obrero. Se ven entonces directamente afectados por los cambios sociales inducidos por la globalización. Sus problemas de integración reflejan las dificultades que viven hoy las clases populares. Una parte de los jóvenes provenientes de la inmigración sufre los efectos de esta crisis de manera particularmente intensa.

Los discursos de especialistas sobre “la integración de los inmigrantes” carecen cada vez más de sentido. Los militantes podrían aprovechar los resultados de la investigación histórica y sociológica para pensar en un proyecto político que no tuviera como objetivo impedir a la gente hablar y actuar, con el pretexto de “integrarla” en el orden burgués, sino que fuera capaz de promover nuevas estructuras de acción colectivas de manera de articular de forma inédita las aspiraciones populares a la integración y la autonomía. ■

1. Para una visión general: <http://barthes.ens.fr/cliio>

*Historiador, profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), París; autor de *État, nation et immigration. Vers une histoire du pouvoir*, Belin, París, 2000.

Traducción: Gustavo Recalde

Relaciones turbulentas con Estados Unidos

El sueño de una política autónoma

por Paul-Marie de la Gorce*

Del rechazo a la instalación de armas nucleares estadounidenses sobre territorio francés, al retiro de la OTAN, pasando por el reconocimiento de China y el discurso de Phnom Penh, el general De Gaulle rivalizó en plena Guerra Fría con Washington para conservar la libertad de acción de París. En el corazón del conflicto, siempre, el orden internacional.



© Jacques Hailliot / Apis / Sygma / Corbis / Magnum

En 1958, al volver al poder, el general De Gaulle analiza el estado del mundo y lo que Francia debe deducir del mismo. La Unión Soviética, a su entender, ya no desea –y quizás ya no puede– extender su imperio hacia el Oeste de Europa, y debe además hacer frente a la rivalidad de China. De modo tal que –escribe– “si no se hace la guerra, tarde o temprano habrá que hacer la paz”. La paridad nuclear existente entre las dos mayores potencias les impide enfrentarse directamente con sus armas atómicas, pero el arsenal nuclear de EE.UU. ya no puede garantizar la protección de Europa. De Gaulle deduce que Francia debe recuperar su libertad de acción, desligándose de la integración militar atlántica, establecer con la URSS y China nuevas relaciones dirigidas a “la distensión, al entendimiento y a la cooperación” con los países del “bloque del Este”, y dotarse de sus propios medios de disuasión nuclear.

Esto conduciría a profundas divergencias con Estados Unidos, como se verificó en la entrevista del 5 de julio de 1958 entre el general De Gaulle y el secretario de Estado estadounidense John Foster Dulles. Éste hizo una descripción del mundo totalmente dominada por la amenaza que la Unión Soviética representaba, a su entender, tanto para Europa como para Medio Oriente, África y Asia. Y preconizaba, para hacerle frente, un fortalecimiento político y militar de la Alianza Atlántica, al igual que un sistema de defensa regional por medio de misiles de alcance intermedio y de armas atómicas tácticas estadounidenses, que los países europeos debían aceptar en su territorio.

Punto por punto, el general De Gaulle sostuvo las tesis exactamente contrarias. Consideró que la política de la Unión Soviética era ante todo nacional o nacionalista, y que utilizaba el comunismo –dijo directamente a su interlocutor– “como ustedes utilizan al Congreso”. Anunció que Francia no aceptaría armas nucleares estadounidenses en su territorio a menos que pudiera disponer de ellas (lo que, naturalmente, EE.UU. no deseaba); sugirió que la paridad nuclear neutralizaba a las dos mayores potencias entre ellas, y advirtió que Francia construiría su propio armamento nuclear. Luego, cuando se trató el tema de la crisis ocurrida en el Líbano, pidió que se trabajara para reforzar la independencia de los Estados de la región en lugar de hacer de Medio Oriente un nuevo campo de batalla de la Guerra Fría.

A pesar de que la política francesa estaba entonces marcada por la prosecución de la guerra de Argelia, las primeras decisiones adoptadas por De Gaulle mostraban qué sentido tomaba, en particular con el rechazo de

cualquier despliegue en Francia de misiles de mediano alcance. Sin embargo, el presidente de la República Francesa inició una correspondencia con el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower, acompañada de un memorándum que proponía una concertación permanente entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia sobre todos los problemas internacionales, incluyendo los temas nucleares. Pero no se hacía ninguna ilusión sobre la respuesta estadounidense. “No van a aceptar”, le dijo al general Pierre-Marie Gallois, encargado de llevar el memorándum a Washington. Y así ocurrió.

Ni sus buenas relaciones con el presidente estadounidense –que apreciaba su decisión de reconocer el derecho de autodeterminación de los argelinos y su firmeza durante la crisis de Berlín– ni su apoyo a la reacción de John F. Kennedy frente al despliegue de misiles soviéticos en territorio cubano (a pesar de haber

La conclusión lógica de De Gaulle fue el retiro de Francia de la OTAN en 1966.

decidido desde su vuelta al poder que Francia no participaría de ningún modo en el bloqueo comercial sobre Cuba), lo desviaron de la conclusión lógica de su política: el retiro de Francia de la organización militar atlántica y de sus mandos integrados, el 7 de marzo de 1966.

Desde entonces, la política francesa se desplegó en todos los terrenos. La cooperación con el Tercer Mundo fue un ejemplo: en ruptura con las costumbres de las grandes compañías anglosajonas, se estableció con Argelia e Irán –y luego Irak– un nuevo tipo de relaciones entre un país industrial avanzado y países productores subdesarrollados en todos los niveles de la producción y de la comercialización. En Laos y Camboya se apoyó a los gobiernos que querían defender su independencia y su neutralidad respecto de EE.UU., que deseaba convertirlos en aliados frente a Vietnam del Norte y a las primeras guerrillas survietnamitas.

El establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y Francia fue por entonces el episodio más importante de esa política, en todo caso, el que provocó las reacciones más vehementes del gobierno estadounidense. Aunque su verdadera dimensión se vio con la guerra de Vietnam. Nunca antes se había evi-

denciado tanto el contraste entre la concepción de Estados Unidos, para el que se trataba de un frente esencial del conflicto Este-Oeste, y la de Francia, que condenaba la guerra y no veía otra solución que el diálogo y un acuerdo con las “fuerzas reales”, a las que calificaba de “resistencia nacional”, fuere cual fuere el régimen que de ellas surgiera en lo inmediato.

Esa política llegaría incluso a desplegarse en América Latina, región a la que viajó De Gaulle para proclamar de manera espectacular que el rechazo de la hegemonía estadounidense no debía implicar recurrir al campo del Este, y que en ese continente, como en otras latitudes, seguía vigente el modelo de la independencia. Esa iniciativa encontró un dramático punto de aplicación en Santo Domingo, respecto del cual Francia reaccionó públicamente y con energía cuando el presidente Lyndon B. Johnson quiso restablecer una dictadura militar por medio del envío de un cuerpo expedicionario. En esa óptica, la célebre frase: “¡Viva Quebec libre!” pronunciada por De Gaulle en Canadá, también apareció como un desafío a la hegemonía anglosajona en América. Por otra parte, durante mucho tiempo el general francés había mantenido un punto de equilibrio entre sus cálidas relaciones con David Ben-Gurion y sus advertencias contra todo lo que pudiera afectar los sentimientos de los pueblos árabes y la conciliación de sus derechos con los de Israel. Pero cuando condenó el ataque israelí de junio de 1967 (1) una vez más chocó en ese terreno con la posición estadounidense.

Por último, la dura crítica de De Gaulle al sistema monetario internacional –daba al dólar la condición de moneda de reserva y brindaba a Washington una poderosísima herramienta, al dispensarlo de todas las reglas habituales de gestión de su déficit– despertó en Estados Unidos un eco tan grande que una campaña de prensa, agresiva a la vez que humorística, ¡lo comparó con Goldfinger, el personaje de las aventuras de James Bond que quería robar el oro de la Reserva Federal, en Fort Knox!

Giros

Los cambios registrados en el contexto internacional influyeron necesariamente sobre el futuro de esa política. Un primer giro importante se produjo en 1981, bajo el impacto de las dramáticas tensiones de la última fase de la Guerra Fría. A este cambio contribuyó François Mitterrand: dos meses después de su elección, comenzó en Ottawa la serie de “cumbres” de los países más ricos para tratar todos los problemas políticos, económicos y estratégicos, institucionalizando el “bloque”

dirigido por Estados Unidos. Un nuevo giro se produjo en 1991, luego del desmembramiento de la Unión Soviética. Lejos de ser la ocasión para cuestionar el sistema atlántico, totalmente dominado por Estados Unidos, fue el punto de partida de un aumento de la jurisdicción de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) fuera del área de cobertura del tratado que la había fundado y, poco después, de una extensión de la propia Alianza.

Francia se prestó a esa política. Mitterrand no había logrado convencer a los demás Estados europeos de crear un sistema de defensa continental fuera de la OTAN, mientras que Jacques Chirac, para hacerlo aceptar, consintió que éste se integre en la organización militar atlántica. Pero el acuerdo logrado en Berlín en junio de 1996 estipulaba que el uso de fuerzas europeas dependería del consentimiento, del seguimiento y de las infraestructuras del comando atlántico, es decir, de Estados Unidos. La declaración franco-alemana del 9 de diciembre de 1996 proclamó solemnemente el carácter permanente e intocable de los lazos transatlánticos. Luego del regreso de Francia al Consejo de Ministros de Defensa de la Alianza y a su Comité Militar, el presidente Chirac propuso que su país volviera a participar de los comandos integrados, a condición de que el correspondiente al flanco “Sur” sea atribuido a un país europeo con costas en el Mediterráneo; Estados Unidos se negó.

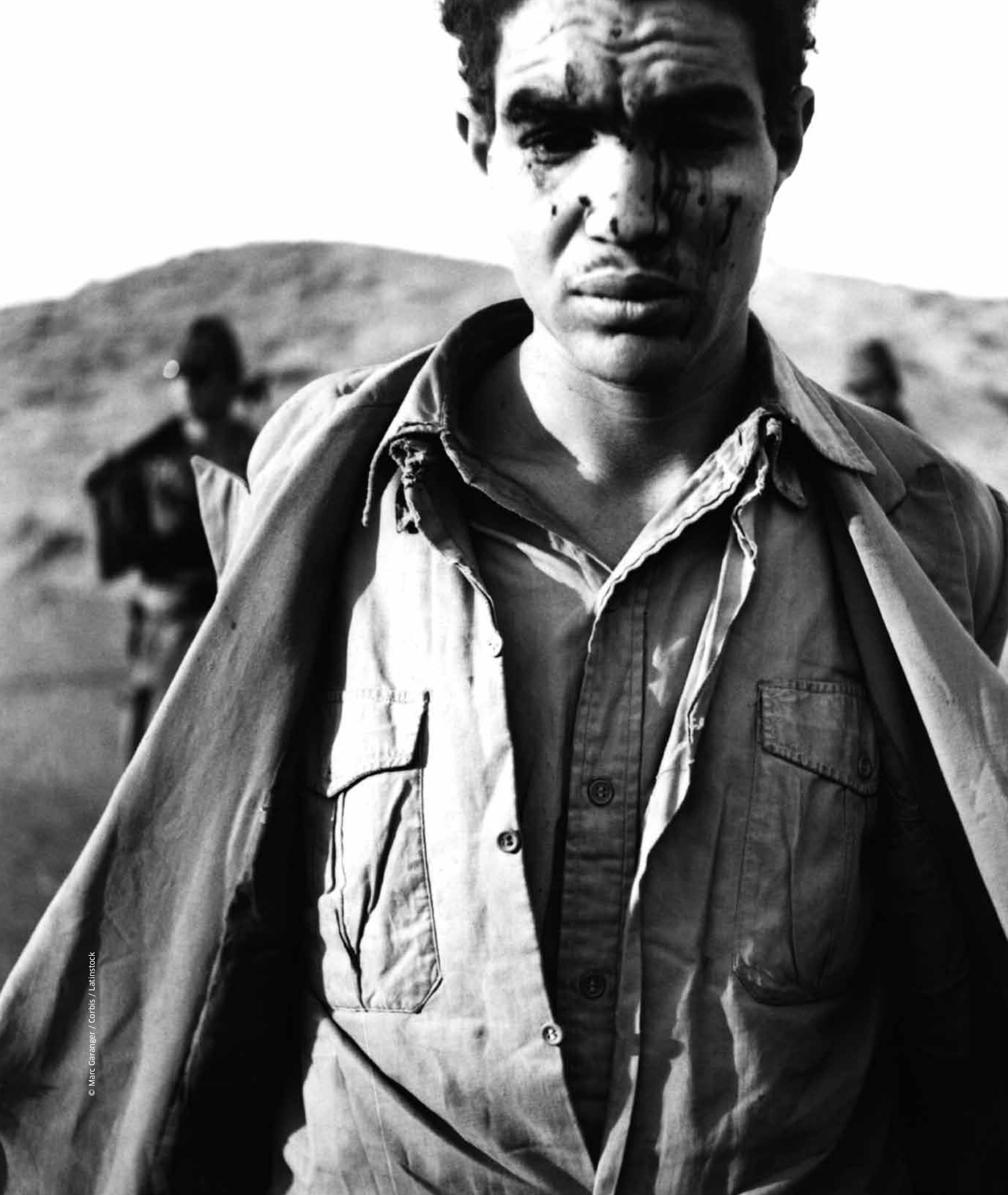
A esto se agrega la experiencia de Yugoslavia. Los medios limitados de que disponían los europeos, pero también sus prejuicios, dejaron la acción en manos de la OTAN, organización que la ONU erigiría poco después en su “brazo armado”. La guerra de Kosovo llevó esa evolución a su extremo: EE.UU. decidió que podía prescindir de la ONU y que la OTAN, con sus fuerzas integradas, incluidas las francesas, sería el único instrumento de su acción.

La lógica seguida por los dirigentes estadounidenses al término de la Guerra Fría los llevó a extender el área de acción de la OTAN, y a abrir la alianza a países del Este de Europa, que cifran su seguridad en la protección estadounidense. Francia aceptó tal evolución, pero recién comprendió sus consecuencias a partir de la invasión de Irak en 2003. ■

1. Además de pronunciar la controvertida frase “un pueblo seguro de sí mismo y dominador”, De Gaulle aseguró, de manera premonitrice: Israel “organiza la ocupación de los territorios que ha tomado, la que no puede existir sin opresión, represión, expulsiones; y se manifiesta en su contra una resistencia que a su vez califica de terrorismo”.

*Periodista, autor de *De Gaulle*, Perrin, París, 2000.

Traducción: Carlos Alberto Zito



Debate inconcluso sobre la tortura colonial

El espejo quebrado

por **Pascal Blanchard, Nicolas Bancel y Sandrine Lemaire***

La tortura inscrita en la guerra de conquista y colonización de Argelia –la colonia modelo– y de todos los antiguos dominios imperiales franceses, con picos en Indochina y Madagascar, derrumba el mito de la república igualitaria sin fracturas y hace de Francia un emblema de las paradojas de la modernidad.

El debate sobre las torturas en Argelia [en 2001, tras la publicación de las memorias del ex general Paul Aussaresses], dejó entrever por un instante la posibilidad de una discusión más amplia sobre el tema de la colonización, de un cuestionamiento de las consecuencias estructurales –y por lo tanto actuales– de la negativa, sin duda inconsciente, a la introspección histórica colonial (1).

Sin embargo, el debate se esfumó rápidamente. La voluntad de los promotores de los diferentes llamados contra la tortura o a favor del reconocimiento oficial de la misma por parte de Francia es loable en todo sentido. Esa voluntad nació de una toma de conciencia de “lo inaceptable” y trató de movilizar a la sociedad francesa. Su impacto no es despreciable: han hablado actores situados en lo más alto de la jerarquía militar; otros testigos manifestaron su sufrimiento por no poder transmitir lo inaudible; otros aun mantuvieron las posiciones que ya tenían en los años 50 (la tortura estaba justificada por las necesidades de la guerra, la determinación y los métodos del adversario, etc.). El horror encontró su expresión, fue proferida la confesión. Se insinuó un alivio, el de haber explorado conscientemente una página sombría de la historia.

Empero, este apaciguamiento es terrible: parece liquidar una vez más lo que hubiera podido ser un debate más amplio. La tortura en Argelia está inscrita en el acto colonial, es la ilustración “normal” de un sistema anormal. ¿Por qué, entonces, la historia y la memoria coloniales siguen siendo un punto ciego del inconsciente colectivo francés?

El debate sobre las torturas en Argelia resurge de manera cíclica: en 1956-1957, cuando los estremecedores testimonios de conscriptos de la época describían la tortura y otros castigos; en 1980, con motivo de la aparición de un libro con testimonios de un verdugo; en 1995, al conmemorarse los 50 años del 8 de mayo de 1945, ocasión en que volvió a hablarse de toda la política en Argelia... ¿Por qué entonces ese debate, que ya tuvo lugar y que ya demostró que los franceses torturaron en Argelia, aparece como algo nuevo?

En realidad, hasta que no se plantee como principio que la tortura no es una “desviación”, un gaje de la guerra (designada como tal desde hace unos años) sino la culminación de una forma genealógicamente determinada, la forma de dominación impuesta por Francia a Argelia (2), cada generación volverá a interrogarse con el mismo estupor. Y cada vez chocará con el mismo obstáculo: admitir que la tortura procede del hecho colonial es abrir el abismo de nuestro inconsciente y hacer estallar el mito republicano que lo sostuvo.

Los límites de la reforma

Y sin embargo, la historia de Argelia es una larga letanía de hechos –todos tan “chocantes” como la tortura durante la guerra– que muestra que nos encontramos ante un sistema. Ciertas configuraciones históricas son aún inasimilables, inaudibles, pues nos remiten a nosotros mismos, a los valores que anudan el “pacto republicano”.

Para entender cabalmente esa imposibilidad es necesario recordar algunos ejemplos históricos →

LECCIONES DE INDOCHINA

La doctrina francesa

por Maurice Lemoine*

El final de la guerra (francesa) en Indochina inauguró la era de las independencias, obtenidas pacíficamente o con dolor, como en Argelia. Arrojados a esta nueva batalla, los oficiales “enfermos de Indochina” (muchos de ellos provenientes de la resistencia al nazismo) analizaron la técnica de guerrilla desarrollada por el Viet-minh. El coronel Charles Lacheroy, considerado uno de los principales pensadores militares franceses de la segunda mitad del siglo XX, empleó en 1952 la expresión “guerra revolucionaria”, que se convertiría en la marca registrada de la “doctrina francesa”.

En una sólida investigación, la periodista e investigadora Marie-Monique Robin describió la historia de esta doctrina y de sus desarrollos en América Latina (1). Relata cómo muchos oficiales pudieron pasar de la Resistencia a la “guerra sucia”: desde el punto de vista de estos militares, el conflicto superaba el marco colonial francés para inscribirse en el enfrentamiento larvado que oponía, a través de estos países, al Kremlin con el “mundo libre”.

Frente a un enemigo imposible de identificar, diseminado en la población, aparece entonces el concepto de “enemigo interno”; se otorga un lugar preponderante a la “información política” y a la “acción policial”. Y en Argelia, quien dice información dirá rápidamente división urbana, interrogatorios y, finalmente, tortura. Desde 1957, recuerda Robin, frecuentaron la Escuela Superior de Guerra de París muchos alumnos latinoamericanos. En plena batalla de Argel, dos especialistas franceses llegaron a Buenos Aires como preludeo de un acuerdo secreto firmado en febrero de 1960, que preveía la creación de una misión de asesores militares franceses en Argentina. En esa época, *La guerre moderne* (2) del teniente coronel Roger Trinquier “se convirtió en la Biblia de todos los especialistas”.

Argentina fue el país que más rápidamente asumió el concepto de “enemigo interno”. Sus oficiales, revela Robin, contaron con el apoyo de colaboradores y partidarios del régimen de Vichy que habían escapado de la justicia con la complicidad del Vaticano, y de organizaciones como La Ciudad Católica, en la que se distinguía el “monje-soldado” Georges Grasset, ex guía espiritual de la Organización del Ejército Secreto (OAS) de Argelia. La gangrena se extendió, a través de la Operación Cóndor, al conjunto del Cono Sur, sumándose a la Doctrina de Seguridad Nacional profesada por Estados Unidos.

1. *Escuadrones de la muerte*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

2. *La Table Ronde*, París, 1961.

*Periodista. Extractos del artículo “De la guerra colonial al terrorismo de Estado”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2004.

→ que ponen en perspectiva los límites del debate actual. La tortura es un hecho histórico, espantoso, de la guerra de Argelia. Sin embargo, desde los “ahumamientos” de las grutas del Darha por parte de Pélissier en 1844 hasta las sublevaciones de Sétif, Guelma y Kherrata (3) en 1945, abundan los ejemplos, todos igualmente pavorosos, de la increíble crueldad de la represión en Argelia. Los historiadores también saben que esta experiencia no está únicamente tejida con esos dramas, que muchas personalidades generosas, humanistas –incluidos militares– estaban sinceramente convencidas de los beneficios de una “colonización modernizadora, capaz de tener en cuenta la cultura indígena” (4).

Pero todos esos proyectos chocaron, por un lado, con las necesidades de dominación –y por lo tanto de la coerción de los movimientos reformadores y luego nacionalistas– y por otro, con la estructura social argelina (ante todo división socio-racial entre colonos y colonizados), además del imperativo de la hegemonía de los colonos sobre los argelinos, condición esencial para mantener el poder imperial. En eso, Argelia es un caso emblemático de los límites de la reforma colonial.

Primero, el decreto Crémieux, que en 1870 estableció la ciudadanía francesa para los judíos de Argelia. Generoso en su intención –*continuum* de la Revolución– y pragmático en el marco de la estrategia de dominación colonial, ese decreto revelaba por oposición la condición de los musulmanes, que no gozaban de los mismos derechos (jurídicos ni políticos, para no hablar de su proletarización en beneficio de los grandes propietarios franceses), condenados a la exclusión, al margen de la sociedad, extranjeros en su propio país.

Luego, en 1936, el proyecto Blum-Viollette buscó otorgar la ciudadanía francesa a algo más de 20.000 musulmanes (¡sobre varios millones!) seleccionados en función de su “asimilación a la madre Patria” (cultos, comerciantes, condecorados en la Primera Guerra Mundial, etc.), pero sin obligarlos a renunciar a la ley musulmana. Ese modesto proyecto desató una oleada de oposición de toda la sociedad colonial blanca, lo que obligó a retirarlo en 1937 (5).

Por último, el 8 de mayo de 1945 (6) es sin duda el acontecimiento que mejor permite comprender los bloqueos del pensamiento. El día de la victoria de los Aliados sobre el nazismo, estallaron revueltas en Sétif que dejaron 21 muertos europeos. En los días siguientes, se produjeron nuevos levantamientos en Guelma, Batna, Biskra y Kherrata, causando otros 103 muertos entre la población europea. La represión que sobrevino fue de una brutalidad asombrosa: oficialmente se consignaron 1.500 muertos, pero seguramente es más exacto calcular entre 8.000 y 10.000. Por supuesto, no se puede trazar un paralelo entre el colonialismo y el nazismo, pero se ve reforzada la contradicción entre una Francia que festeja la victoria de naciones democráticas sobre un Estado genocida, y el sometimiento de una población dominada desde hace más de un siglo que por

entonces sólo reclamaba –violentamente, es cierto– reformas que no cuestionaban la dominación colonial.

El triunfo de la República, unánimemente celebrado –y con razón– está unido entonces al recuerdo traumático de una espantosa humillación para el pueblo argelino. La conjunción de estos acontecimientos en una misma fecha, extraordinario emblema de las contradicciones entre discurso republicano y práctica colonial, enmarca ese discurso y su mantenimiento a todo precio durante el período de las descolonizaciones, seguido de un oportuno olvido después de 1962, que fue condición de la continuidad de ese discurso y, por lo tanto, de la identidad francesa.

La “joya del Imperio”

Argelia es una concentración, por cierto inédita, de las contradicciones de lo colonial. En efecto, mientras que en otras partes del Imperio pudieron instaurarse dinámicas para, progresivamente, asociar a las “elites indígenas” aculturadas y asegurar la transición entre colonialismo, imperialismo y neocolonialismo, en Argelia la presencia de más de un millón de colonos representaba una fuerza social permanentemente opuesta a cualquier evolución.

Fue esa estructura social inédita en el Imperio la que potenció las contradicciones hasta sus últimas consecuencias. Contradicción, en primer lugar, entre el discurso colonial republicano y la realidad colonial. A la igualdad de principio corresponde la desigualdad de estructura: políticamente, los colonos no votan en los mismos colegios que los nativos; jurídicamente, no dependen de las mismas instancias; económicamente, los colonos dominan la economía monetizada.

Las reformas decisivas iniciadas por De Gaulle en 1958 –sufragio universal, ayuda económica masiva a los nativos, etc.– llegaron demasiado tarde, mucho después de las aplicadas, por ejemplo, en el África negra francesa, considerada sin embargo mucho más “atrásada” que Argelia. El discurso republicano colonial se enredó, en Argelia más que en cualquier otra parte, en el ilusionismo, la deformación y la mentira. Y más que en cualquier otra parte, precisamente porque se trataba de la “colonia modelo”, de “la joya del Imperio”, esas contradicciones fueron las más devastadoras.

Luego, contrariamente a lo que podría hacer suponer una visión simplista, el análisis de la propaganda oficial difundida en la metrópoli –que contribuiría de manera determinante a mantener la ilusión colonial– muestra que el mensaje de la extensión del modelo francés a Argelia (desarrollo económico, higiene, etc.) debe ser invertido. Los franceses contemplaban en las imágenes de propaganda una visión de lo que debía ser Francia: desarrollo económico equilibrado, papel central y protector del Estado y, sobre todo, relaciones sociales e intercomunitarias armoniosas, cooperación de todas las clases y de todas las razas en pos del “bien común”. Un discurso que negaba las profundas fracturas sociales y la profunda división entre colonos y colonizados.



© Bettmann / Corbis / Latinstock

Contrainsurgencia. La lucha urbana en las casbahs argelinas contra el Frente Nacional de Liberación fue una escuela de guerra antisubversiva para las fuerzas represoras occidentales.

Ese espejo argelino de Francia, de una Francia republicana míticamente igualitaria, de una Francia sin conflictos, al quebrarse, se lleva consigo una parte del sueño republicano. Se reconstituyen entonces algunos fragmentos (las conmemoraciones del centenario de 1930, el fracaso del proyecto Blum-Viollette en 1936-1938, el 8 de mayo de 1945, la tortura, el 17 de octubre de 1961, etc.) impresionantes por su violencia, que luego se olvidan. Porque Francia no supo recomponer todos los fragmentos del espejo, lo que permitiría comprender que componía un sistema, que constituía una parte importante de su imaginario colectivo. Argelia fue el símbolo mismo de la máscara colocada sobre la realidad, y constituye aún un poderoso revelador de la amnesia de la gesta colonial republicana. ■

Masacre en París

El 17 de octubre de 1961, las fuerzas de policía dirigidas por Maurice Papon –condenado en 1998 por crímenes contra la humanidad por su actuación en el régimen de Vichy– arrestaron unas 15.000 personas durante una manifestación de inmigrantes argelinos contra el toque de queda por rasgos físicos y provocaron entre 60 y 80 muertos en pleno corazón de la capital. Algunas víctimas fueron tiradas al río Sena.

1. N. Bancel y P. Blanchard, “Le colonialisme, ‘un anneau dans le nez de la République’”, *Hommes et Migrations*, París, N° 1.228, noviembre de 2000.
2. Véase Annie Rey-Goldzeiguer, *Aux origines de la guerre d'Algérie*, La Découverte, París, 2001.
3. Para una visión sintética, véase Alain-Gérard Slama, *La guerre d'Algérie. Histoire d'une déchirure*, Gallimard, París, 1996.
4. Charles-André Julien y Charles-Robert Ageron, *Histoire de l'Algérie contemporaine*, PUF, París, 1969.
5. Nicolas Bancel, Pascal Blanchard y Stéphane Blanchoin, “L'opposition au projet Blum-Viollette”, *Plein Sud*, París, invierno de 1994.
6. Boucif Mekhaled, *Chroniques d'un massacre. 8 Mai 1945. Sétif, Guelma, Kherrata*, Syros, París, 1995; Yves Benot, *Massacres coloniaux*, La Découverte, París, 1994, y Annie Rey-Goldzeiguer, *op. cit.*

*Historiadores, docentes e investigadores. Responsables del grupo de investigación sobre colonización, inmigración y poscolonialismo ACHAC (www.achac.com). Coordinadores en 2001 del programa “Memoria colonial ¿zoológicos humanos? Cuerpos exóticos, cuerpos encerrados, cuerpos medidos”.

Traducción: Carlos Alberto Zito



2

Francia hacia adentro

NEOLIBERALISMO, DESIGUALDAD, HOSTILIDAD

Las políticas económicas de austeridad que avanzan sobre las conquistas sociales de posguerra, llevando a Francia del estancamiento a la recesión, multiplican los levantamientos sociales. Pese a su aparente incoherencia, éstos expresan una deslegitimación profunda de los poderes establecidos. El vacío de esperanza es aprovechado por la extrema derecha representada por el Frente Nacional para sumar adhesiones, fomentando las fracturas sociales y el repliegue identitario.





Crisis política y falso bipartidismo

El tiempo de las revueltas

por Serge Halimi*

Desde hace treinta años, socialismo y derecha liberal se alternan en el poder sin que se modifiquen los lineamientos generales de una política que ha llevado a Francia al estancamiento, haciéndole el juego a la extrema derecha. Es hora de construir una fuerza social audaz, capaz de devolver la esperanza a los ciudadanos.

A primera vista, el contraste es absoluto. En Alemania, las dos principales formaciones políticas, la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y el Partido Social Demócrata (SPD), se reparten los ministerios luego de haberse enfrentado (cordialmente) ante el electorado. En Francia, derecha e izquierda se agravan al punto de hacer creer que se oponen en casi todo: el nivel impositivo, la protección social, la política de inmigración.

Sin embargo, Nicolas Sarkozy y François Hollande podrían inspirarse en la franqueza de Angela Merkel y Sigmar Gabriel. Y juntos formar un gobierno que, salvo algunos detalles, mantendría los lineamientos generales adoptados en los últimos treinta años.

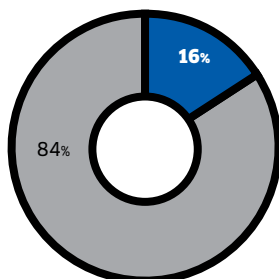
En 2006, en un libro propiamente titulado *Devoirs de vérité* ["Deberes de verdad"], Hollande admitió la convergencia entre socialistas y derecha liberal en materia de política económica, financiera, monetaria, comercial, industrial, europea: "Fue [François] Mitterrand –escribía Hollande– quien junto con Pierre Bérégovoy desreguló la economía francesa y la abrió ampliamente a todas las formas de competencia. Fue Jacques Delors, tanto en París como en Bruselas, uno de los artífices de la Europa monetaria con los cambios políticos que ésta implicaba en el plano de las políticas macroeconómicas. Fue Lionel Jospin quien dio el puntapié inicial a los conglomerados industriales más innovadores, a riesgo de abrir el capital de empresas públicas. Cosa que se le reprochó. Dejemos, pues, de aplicar oropeles ideológicos que no engañan a nadie" (1). Ocho años después, ¿qué se puede agregar?

Es precisamente esta falta de aprehensión de los lineamientos principales la que explica la desafección de los franceses hacia el ruido y la furia de su clase política, donde dos corrientes rivales y cómplices monopolizan la representación nacional. Aun cuando los socialistas y la derecha controlan 532 de los 577 escaños de la Asamblea Nacional y 310 de los 348 del Senado, las decisiones del gobierno generan un profundo rechazo, sin que la oposición parlamentaria pueda sacar ninguna ventaja de ello. Aparentemente, poco importa: respaldado por instituciones que confieren todos los poderes al Presidente de la República, entre ellos el de postergar indefinidamente la aplicación de una disposición fiscal (como la *eco-taxe* [eco-impuesto]) aprobada por casi todos los parlamentarios, el régimen se mantiene en pie.

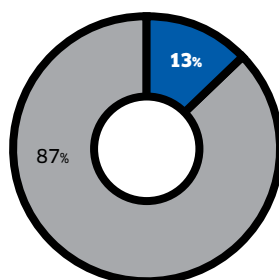
Pero los levantamientos se multiplican. El descrédito del mundo político contribuye a ello, alimentado por su incapacidad para ofrecer al país cualquier tipo de perspectiva. La reivindicada modestia de su ambición no arregla nada, sobre todo porque la prensa renueva y amplifica los chismes y las rencillas personales. Las venenosas "indiscreciones" oídas de Sarkozy cuando menciona a sus "amigos" políticos se convirtieron en una veta periodística más lucrativa que el concurso socialista de maledicencias contra el [ex] primer ministro Jean-Marc Ayrault. Tal clima alimenta un neopujadismo que se despliega cada vez más al margen de las formaciones tradicionales en favor de las ráfagas intermitentes de ira y del incesante zumbido de las redes sociales (2). Empresarios "palomas", pueblo tradicionalista de la "manifestación →

Francia en la Unión Europea (en porcentaje, 2013)

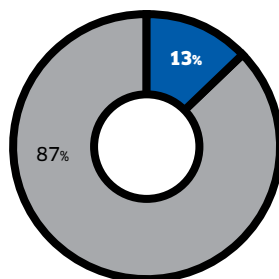
PIB



Población



Territorio



■ Francia
■ Resto de la Unión Europea



© Olga Besnard / Shutterstock

Huelgas generales. La erosión de las conquistas sociales es motivo frecuente de huelgas, como fue el caso del rechazo al aumento de la edad de jubilación de los trabajadores en 2010, durante el gobierno de Nicolas Sarkozy.

→ para todos”, “bonetes rojos” bretones, ¡todo eso en menos de dieciocho meses!

Gira la rueda

La ruptura entre los elegidos y los electores se relaciona por una parte con la norteamericanización de la vida política francesa: la mayoría de los partidos ya no son más que máquinas electorales, carteles de notables locales sin más vena militante que una población que envejece (3). Se entiende fácilmente que los nuevos afiliados no afluyan en masa, a tal punto los instrumentos de una política diferente parecen haber sido guardados para siempre. Protestar contra la educación de género en la escuela u oponerse a un peaje no cambia en nada ni los recursos asignados a la educación nacional ni el monto de la evasión fiscal, pero al menos ofrece la oportunidad de encontrarse todos juntos y la satisfacción de lograr que un ministro ceda. Una semana después, la amargura se vuelve a instalar, a tal punto es evidente que no ha cambiado nada importante, puesto que ya nada importante depende de ningún ministro.

Ni tampoco del Elíseo. Desde un principio, Hollande optó por mantener el rumbo que había prometido modificar. En suma, el estancamiento en lugar de la audacia (4). Por tanto, el resto es teatro, o, para decirlo de otro modo, automatismos políticos. En cuanto la izquierda llega al poder, la derecha la acusa de socavar la identidad nacional, de acoger a todos los inmigrantes y de matar al país a fuerza de impuestos. Y entonces, cuando la derecha vuelve al ruedo, se escandaliza apenas le reprochan que man-

tiene los privilegios. Y recuerda a sus competidores, que vuelven a ser (cuasi) revolucionarios, que en distintas ocasiones impulsaron políticas más liberales que las suyas: “En el fondo –se ofuscaba François Fillon, entonces primer ministro, en un debate con la líder socialista Martine Aubry en febrero de 2012–, me duele cuando oigo decir que hemos favorecido a los ricos. Cuando usted era ministra [entre 1997 y 2000], el capital pagaba diez puntos menos de impuestos que en la actualidad. Cuando usted era ministra, se redujeron los impuestos a la renta. Nosotros ponemos impuestos al capital, hemos tomado decisiones que ustedes nunca tomaron sobre las *stock-options*, sobre las ganancias de los *traders*, sobre las jubilaciones privadas de privilegio. [...] En 2000, Fabius [entonces ministro de Economía] redujo los impuestos a una parte de las *stock-options*” (5).

Diez años antes, Laurent Fabius reprochaba a un ministro de Asuntos Sociales llamado François Fillon por no subir suficientemente el salario mínimo. Y éste ya en ese entonces le respondía: “En 1999, usted no aumentó el salario mínimo. En 2000, usted no aumentó el salario mínimo. Y en 2001, usted le dio un empujoncito al salario mínimo del 0,29%”. Tampoco habrá “empujoncito” en enero de 2014... Mis- mos actores, mismos discursos, misma lógica: para prever, tenga buena memoria. En tres años y medio, el “mundo de las finanzas” probablemente vuelva a ser el “verdadero enemigo” de los socialistas franceses. Pero hoy –y por la propia confesión de un ministro– Bercy [Ministerio de Economía y Finanzas] sirve como guarida para el *lobby* de los bancos.

Sin embargo, en este momento, la derecha no puede admitir que los socialistas se limitan a retomar los lineamientos de Sarkozy y Fillon, lineamientos que se encuentran establecidos por tratados que unos y otros negociaron y firmaron. Por lo tanto, desde hace dieciocho meses, Francia tiene miedo, las cárceles se vacían, los inmigrantes proliferan, los ricos huyen. Si uno lee *Le Figaro*, sabrá que Hollande provocó “el mayor éxodo de fuerzas vivas desde la abolición del Edicto de Nantes por parte de Luis XIV” (27-11-12). También descubrirá que “el gobierno de Ayrault ha decidido abrir de par en par las puertas del asistencialismo a los jóvenes [para] ‘formatearlos’ de manera que esperen todo del Estado y que sean, *ad vitam aeternam*, personas asistidas” (9-10-13). También sabrá que, “como los buenos alumnos, que a menudo son blanco de las burlas de sus compañeritos, el hombre blanco y heterosexual pronto se verá obligado a ocultarse en nuestro país” (13-12-13). ¡Alto el fuego!

Inmersa en este baño maría, la fracción más eruptiva de la derecha se reprocha su falta de firmeza cuando tenía la manija del poder. Y promete enderezar el rumbo apenas la vuelva a conseguir. Una vez más, el escenario es conocido: es el mismo que en los años 1983-1986, que vieron avanzar al Frente Nacional. En ese momento, el giro neoliberal de los socialistas abrumó a una parte de su electorado popular. Interpretando este giro como la confesión de que una política de izquierda había precipitado al país al abismo, la derecha reclamó un volantazo hacia la sociedad de mercado. Los socialistas fustigaron entonces la radicalización de sus adversarios e, incapaces de defender su (magro) balance económico y social, popularizaron el eslogan “¡Socorro, vuelve la derecha!”. Las declara-

El gasto público representa hoy el 57% del PIB [Producto Interno Bruto]. Debemos volver al promedio de la zona euro, de alrededor del 50% del PIB. [...] Esto representaría un ahorro de 130.000 millones en varios años” (6). ¿Busca Copé consumir la hazaña de hacer pasar la política de los socialistas por una política de izquierda?

Éstos no le facilitaron la tarea, porque anunciaron que todo el mandato presidencial estaría marcado por la austeridad: “Vamos a ahorrar 15.000 millones en 2014, y habrá que seguir al mismo ritmo en 2015, 2016 y 2017”, afirmó Ayrault (7). Durante el quinquenio de Sarkozy, el gasto público había aumentado en promedio un 1,6% anual. Los socialistas se fijaron como objetivo limitar su crecimiento al... 0,2% durante los próximos tres años. ¿Tienen otra opción, cuando las autoridades europeas que tutelan Francia no dejan de recordarle que “la recuperación de las cuentas públicas ya no puede apoyarse en un aumento de los impuestos” (8)?

Vacío de esperanza

El cuadro no es más reluciente por el lado de la producción y el empleo. El gobierno francés, como se sabe, quiere restablecer la salud y la competitividad externa de las empresas nacionales en un mercado libre y no falseado. ¿Cómo? Por un lado, favoreciendo la deflación salarial. Por otro, imponiendo al conjunto de la población un aumento del Impuesto al Valor Agregado (IVA) destinado a financiar un Crédito Impositivo para la Competitividad y el Empleo (CICE) tan fastuoso (20.000 millones de euros) como generosamente distribuido entre todas las empresas, sin exigir contrataciones como contrapartida. En resu-

Abstencionismo

La participación de los franceses en las elecciones disminuye a cada escrutinio desde hace treinta años, con excepción de las presidenciales. En las municipales de 2014, la participación cayó al 53,8% en las ciudades de más de 100.000 habitantes. En proporción, los jóvenes votan dos veces menos que los mayores de 50 años.

2,8 millones de desempleados

Un 10,2% de la población activa de Francia se encontraba sin empleo en el segundo trimestre de 2014.

Cuando el único progreso que se reivindica consiste en gastar menos que [Nicolas] Sarkozy, el progresismo se va a la tumba.

ciones xenófobas de algunos caciques conservadores, el escándalo que desataron sus tentaciones de alianzas con la extrema derecha hicieron el resto, saturando el espacio público. Mientras tanto –pero de modo más discreto–, las empresas se deslocalizaban y la brecha de la desigualdad se ampliaba.

Mañana, terapia de choque... En una entrevista con *Les Echos*, Jean-Francois Copé, presidente de la Unión por un Movimiento Popular (UMP, derecha), develó el programa de su partido: “La eliminación de las 35 horas, recortes impositivos masivos sumados a una disminución del gasto público. [...] ¡Nadie puede entender que el régimen de los trabajadores temporarios siga costando 1.000 millones! ¿Realmente se necesitan tantos canales de televisión públicos? Otro ejemplo: con el sistema de salud estatal, somos el único país de Europa que sigue cubriendo el 100% de los gastos médicos de los inmigrantes clandestinos. [...]

men, los trabajadores con salarios más bajos ayudan a sus empleadores. Incluyendo a los gigantes del sector de la distribución, que no tienen competencia internacional y que cosechan fabulosas ganancias (9).

Si realmente se vuelve inútil reprochar a esta política su carácter poco socialista, al menos podemos señalar que no está siendo exitosa. Como no puede devaluar la moneda, Francia está empantanada en una política de austeridad presupuestaria y de reducción del “costo de trabajo” –es decir, de los salarios– (10). Pero la “mejora de la oferta”, penosamente adquirida a costa del poder adquisitivo de los hogares, se volvió a perder rápidamente debido a la revalorización del euro frente a todas las demás monedas (6,4% en 2013). De todos modos, hay que tener la fe encarnada en el cuerpo para imaginar que un país cuyo crecimiento es nulo, con la demanda interna deprimida, varios de los principales clientes europeos en→

EL SOCIALISMO DE HOLLANDE

¿Conversión o convicción?

por Pierre Rimbert*

“Conversión”, “giro”, “cambio rotundo”: al salvar las finanzas, satisfacer a la patronal y agobiar a los trabajadores, François Hollande habría renegado de sus convicciones socialistas. ¿Y si en cambio hubiera manifestado una inflexible constancia?

En octubre de 1985, se publicó *La Gauche bouge* [La izquierda cambia] (1), firmado por “Jean-François Trans”. Este improbable seudónimo reunía, más allá de los conflictos de tendencias, a cinco jóvenes cuadros del Partido Socialista (PS) preocupados por proponer a los militantes desorientados una contribución llamada “corrientes transversales”. Integraba el quinteto... François Hollande.

Era un momento crucial. Elegido cuatro años antes sobre la base de un programa estatista y redistributivo, François Mitterrand optaba finalmente por el mercado y el ajuste. *La Gauche bouge* brindaba una base teórica a la política de Mitterrand. El capítulo “La competencia es de izquierda” explicaba que “el exceso de regulación y burocratización no siempre es el síntoma de un socialismo rampante sino que corresponde la mayoría de las veces a reclamos sectoriales, una preocupación por proteger la renta y los privilegios. Burocratización y corporativismo, ¡la misma lucha! En un contexto semejante, la desregulación cambia de bando. La generalización de las prácticas de competencia se vuelve una exigencia para la izquierda”.

Fundamentalmente, los autores teorizaban un vuelco estratégico. Desde 1972, el PS había apuntado a la constitución de un bloque mayoritario que reuniera a las clases populares y a la clase media. Ahora bien, escribían Hollande y sus amigos, “a fines del siglo XX, ya no se trata de garantizar la representación política de la clase obrera cuando los sectores sociales pierden cohesión y el conjunto de los trabajadores se ha recompuesto profundamente”. Habiendo contribuido debidamente a esta “pérdida de cohesión” liquidando la siderurgia y los astilleros, el PS apostaba a una nueva alianza: la de la clase media instruida, corazón del electorado socialista, y la patronal liberal. En este esquema, la pequeña burguesía intelectual, ayer fracción dominante de las clases dominadas, se volvía fracción dominada de la clase dominante (2).

1. Jean-François Trans, *La Gauche bouge*, Jean-Claude Lattès, París, 1985.

2. Jean-Pierre Garnier y Louis Janover, *La Deuxième droite*, Agone, Marsella, 2014 (1986), pág. 210.

*Jefe de redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Extractos del artículo “Toupie ou tout droit?”, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2014.

→ vías de empobrecimiento, pueda invertir de modo sostenido la curva de desempleo mientras recorta su gasto público. Una apuesta de este tipo ya se había intentado a comienzos de los años treinta (con el éxito que todos conocemos).

Cuando, a partir de 1983, la izquierda depuso las armas en materia económica y financiera, cuando rompió el lazo con su historia revolucionaria, intentó sustituirla con una utopía europea, universalista y antirracista, una mezcla de Erasmus y “Touche pas à mon pote” (11) frenéticamente repetida por una camarilla de artistas y periodistas. Hoy, esas palancas están rotas; resienten el procedimiento. Por lo tanto, con Hollande no queda ninguna esperanza, nada más que un discurso de contador tironeado entre las expectativas de su electorado, que creyó –¿por última vez?– que “el cambio es ahora”, y las exigencias de sus cancerberos financieros, a quienes debe convencer constantemente de que está implementando “una política creíble”, dado que “cualquier señal de debilidad será castigada” (12). Cuando el único progreso que se reivindica consiste en gastar menos que Sarkozy, el progresismo se va a la tumba.

El Frente Nacional se precipita en este vacío de esperanza. Nadie espera que esté en condiciones de mejorar el actual estado de las cosas. Sino que lo dinamite. Su reivindicada exterioridad respecto del sistema, la radicalidad de sus propuestas, vuelven más atractiva su oferta política. Por tanto, no es casual que un ex ministro de derecha y vicepresidente de la Unión por un Movimiento Popular (UMP) –cuyo oportunismo y preocupación por la puesta en escena son bien conocidos por todos– tome a su vez libertades con el consenso de Bruselas. Y proponga reducir a la Europa útil a un “núcleo duro” de ocho miembros “que incorpore a Francia, Alemania, los países del Benelux, Italia, muy probablemente España y Portugal, pero no mucho más”. “Con el Reino Unido, por un lado, los países de Europa Central, por el otro –precisa Laurent Wauquiez–, ya no se logra hacer avanzar a Europa. [...] Hay demasiados países diferentes, con diferentes normas sociales” (13). Ahora bien, la misma observación valdría para el euro, camisa de fuerza única de economías heteróclitas.

Si bien el problema de la moneda única divide a la izquierda anticapitalista (14), no preocupa en lo más mínimo a los socialistas. Sin embargo, incluso entre sus filas, lacera el deseo compartido de encontrar una puerta de salida, una soberanía, una esperanza. Poco antes de convertirse en ministro, Benoît Hamon resumió de manera ambiciosa “el dilema de la izquierda: luchar o traicionar” (15). Y su gobierno no lucha.

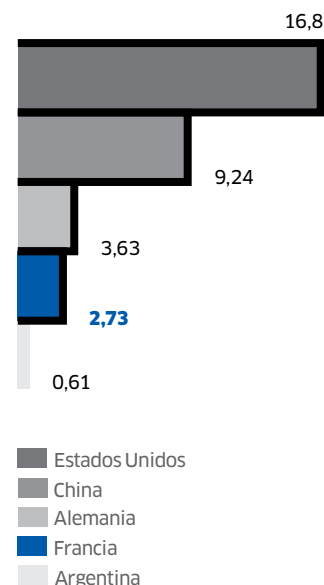
Y es precisamente esto, más aun que su falta de éxito, lo que se le puede reprochar. Porque un equipo más belicoso habría enfrentado enormes dificultades: una Europa en la que las fuerzas progresistas son débiles y están desmotivadas, mientras que las normas liberales y monetaristas son cada vez más restrictivas; un movimiento social que no logra salir



Rechazo. El nivel de popularidad del presidente François Hollande es el más bajo de un Presidente en la V República.

Producto Interno Bruto

(en billones de dólares corrientes)



del limbo; un porcentaje de sindicalización bajísimo (7,6% en Francia); socialistas que gobiernan a derecha, o con la derecha, en más de la mitad de los países de la Unión Europea. Así y todo: esperar que los cuadros dirigentes de los demás países se echen atrás y midan los riesgos económicos y democráticos del camino de la austeridad que impusieron equivale a esperar a Godot. Y escrutar todos los “deslices” de las fuerzas conservadoras para poder acusarlas de “hacer el juego a la extrema derecha” es resignarse a que ésta se adueñe poco a poco del juego.

En los momentos en que el fatalismo y la espera de que se inviertan las corrientes de la historia retra-

Le Monde diplomatique, París, octubre de 2009.

4. Véase Serge Halimi, “Audacia o declinación”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, abril de 2012.

5. “Des paroles et des actes”, France 2, 2-2-12.

6. *Les Echos*, 10-12-13.

7. Entrevista en *Les Echos*, 19-11-13.

8. Entrevista a Mario Draghi, presidente del Banco Central Europeo (BCE), en el *Journal du dimanche*, París, 15-12-13.

9. Véase Martine Bulard, “Social-défaitisme à la française”, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2013.

10. Véase Christine Jaske, “Vous avez dit ‘baissier les charges’?”, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 2012. El 17 de diciembre de 2013, interrogado por RMC-BFM sobre la decisión gubernamental de no revisar el salario mínimo, Benoît Hamon, ministro delegado de Economía Social y Solidaridad y Consumo, explicó: “Para favorecer

El escenario es conocido: es el mismo que en los años 1983-1986, que vieron avanzar al Frente Nacional.

san a la vez el trabajo de reconquista intelectual (16) y el de la movilización política, en definitiva no queda otro recurso que la construcción de una fuerza social confiada y conquistadora. Envalentonada a pesar de todo, porque, como dice Glenn Greenwald, quien asumió el riesgo de publicar las revelaciones de Edward Snowden sobre el espionaje estadounidense, la historia enseña que “la valentía es contagiosa”. ■

1. François Hollande, *Devoirs de vérité*, Stock, París, 2006.

2. Véase Cécile Cornudet, “Ces politiques qui veulent faire oublier qu’ils le sont”, *Les Echos*, París, 10-12-13. Véase también Ramzig Keucheyan y Pierre Rimbart, “Le carnaval de l’investigation”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2013.

3. Véase Rémy Lefebvre, “Faire de la politique ou vivre de la politique?”,

el empleo, hay que hacer de modo que el costo del trabajo no pese demasiado sobre la competitividad de las empresas”.

11. N. de la R.: referencias al programa de intercambio estudiantil europeo y al eslogan de una campaña antirracista de los años 80.

12. Entrevista a Pierre Moscovici, ministro de Economía y Finanzas, en el *Journal du dimanche*, 19-8-12.

13. BFM-RMC, 3-12-13.

14. Véase Frédéric Lordon, “Sortir de l’euro?”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2013.

15. Benoît Hamon, *Tourner la page. Reprenons la marche du progrès social*, Flammarion, París, 2011.

16. Véase “Estrategia para una reconquista”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre de 2013.

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Gabriela Villalba





Señales de una profunda crisis de régimen

Bonapartismo o Constituyente

por André Bellon*

El rechazo del Tratado Constitucional Europeo, el 29 de mayo de 2005, quedará en la historia de Francia como un momento crucial. Una legitimidad democrática intentó afirmarse. Fue ultrajada. Hoy, emergen revueltas sin coherencia, pero en el marco de una voluntad común de impugnación de los poderes establecidos.

Aparente paradoja: justo cuando los principales dirigentes políticos no quieren poner en duda la legitimidad de las instituciones sobre las que descansa su poder, todos se ven forzados a reconocer que los ciudadanos se sienten cada vez menos representados.

La palabra “ilegitimidad” era tabú hasta ese entonces. Pero el 11 de noviembre de 2013, el Presidente de la República era abucheado en su visita a Oyonnax, ciudad símbolo de la Resistencia. Y al día siguiente, el entonces primer ministro Jean-Marc Ayrault, al enfrentar a Christian Jacob, jefe de fila de la Unión por un Movimiento Popular (UMP) durante las preguntas de actualidad en la Asamblea Nacional, lo acusó en estos términos: “Usted quiere hacer creer que hay una crisis institucional. ¿Pero de qué está hablando? ¿Pone en duda la legitimidad de la elección presidencial por sufragio universal?”. Dura acusación, sin dudas. No obstante, la cuestión de la legitimidad había sido planteada.

Hace ya varias décadas que el régimen de la Quinta República se viene debilitando. Basado en un pilar presidencial sin control, reforzado además desde el año 2000 por el quinquenio y la preeminencia de la elección del Presidente respecto de la de los diputados (designados en escrutinio mayoritario uninominal en dos vueltas, lo que refuerza aun más el dominio del partido del Presidente), este poder se aleja cada vez más de los ciudadanos. Y se aleja aun más por la presión de la fuerza reguladora de las instituciones de Bruselas, poderosa aspiradora de toda soberanía nacional y popular. Sólo queda, para creer en el valor

democrático de las instituciones, la alternancia entre la UMP y el Partido Socialista (PS), alternancia que intenta ocultar el acuerdo en lo esencial. Más legal que legítimo, el poder se mantiene gracias a esta regla de juego. De allí la pregunta que crece: ¿cómo poner en duda esta regla de juego?

Inseguridad social

Para una cantidad importante de electores el Frente Nacional (FN) se presenta como el posible instrumento para alcanzar este objetivo, y cada vez más ciudadanos se niegan a salir en defensa del tándem UMP-PS frente al peligro FN en nombre de un hipotético frente republicano. Ver en estas actitudes simples reflejos racistas sólo da cuenta de una parte del fenómeno. La aspiración al orden traduce quizás también una aspiración a la protección frente a la inexorable degradación de la calidad de vida y de los derechos sociales desde hace treinta años. La inseguridad es tanto, si no más, social como física.

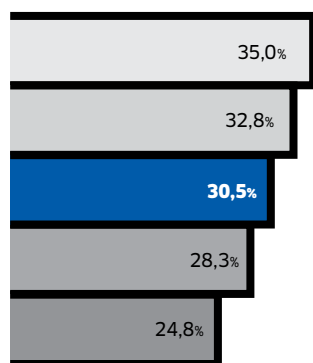
Así es como se construye una opción de gobierno autoritario que, se supone, escucharía a los ciudadanos, comprendería sus dificultades y se desmarcaría de las recetas utilizadas desde hace décadas. El recuerdo de Bonaparte resurge con el del Estado garante de la comunidad nacional. Esta opción no circula sólo en los arcanos del partido de Marine Le Pen. No es casualidad que un movimiento de rehabilitación de Napoleón III haya reunido en los últimos veinte años a personajes como el diputado-intendente de Niza Christian Estrosi –“Soy bonapartista como Napoleón III; es una actitud, es un sentimiento” (1)– →



Parlamento Europeo. El deterioro del nivel de vida genera rechazo hacia las instituciones de la Unión Europea. En 2014, sólo un 40% de franceses consideraban positiva la pertenencia a la UE.

Desigualdad de ingresos

(coeficiente Gini, en porcentaje, 2012)



España
 Gran Bretaña
 Francia
 Alemania
 Suecia

→ o el premio Goncourt Didier van Cauwelaert (2). Ya había aparecido, durante el homenaje a Philippe Seguin, el 12 de enero de 2010, en boca de Bernard Accoyer, presidente de la Asamblea Nacional. Su declaración que llamaba a romper con la “tradición heredera de Victor Hugo”, crítico de Napoleón III, y a magnificar la “visión de un emperador modernista y preocupado por el bien común, que equipó y enriqueció a Francia”, no suscitó en su momento ninguna reacción por parte de la oposición socialista, supuesta heredera de los republicanos víctimas del golpe de Estado de diciembre de 1851 que restablecería el Imperio. Cuando el espíritu republicano ya no es dominante, ¿cabe asombrarse de ver aparecer así la sombra de un 2 de diciembre (3)?

Porque los llamados al orden republicano no tienen ningún sentido si el contrato social y la unidad republicana se disuelven bajo el golpe de los intereses particulares, si la ciudadanía, fundamental en la historia política de Francia, no es más que un argumento de congresos, si los ciudadanos no son actores de su propio destino. Sin dudas perdieron sus puntos de referencia, pero ¿no se debe a que todo lleva a hacerlos desaparecer?

En particular, la voluntad afirmada de revalorizar el rol del Parlamento, víctima expiatoria del sistema, a menudo sólo sirve para enterrar el problema planteado por la vacilante legitimidad de las instituciones. Tras la reforma constitucional del presidente Sarkozy, el 23 de julio de 2008, la comisión Jospin “de renovación y deontología de la vida pública”, nombrada por el presidente François Hollande el 16 de julio de 2012, no derogó ese libreto. Sintomática de los

progresos de la temática del orden, buscó sobre todo “moralizar” a los funcionarios (prohibición de la acumulación de mandatos, levantamiento de la inmunidad penal del Presidente de la República), intentando así hacer creer que la importancia del Parlamento se medía no por su rol institucional o por el control que puede ejercer sobre la actividad política del Presidente, sino por la sola virtud de sus miembros.

Reconquistar el cuerpo político

Poco comentada públicamente desde el 29 de mayo de 2005, la ofensa que sufrió el sufragio universal mediante la firma, el 13 de diciembre de 2007, del Tratado de Lisboa, gemelo del TCE rechazado por los franceses (y los holandeses), sin embargo sacudió los ánimos. En principio porque revela el poco caso que hacen los poderes sucesivos de la soberanía popular. Pero también, y mucho más, porque ese voto del 29 de mayo de 2005, lejos de ser una amalgama de descontentos, había conseguido crear, a través de los debates que lo habían precedido, una verdadera voluntad colectiva: la del pueblo soberano que traza el boceto de un nuevo interés general, fundamento de la República.

Se puede evidentemente lamentar que la dinámica democrática así creada no haya podido desarrollarse. Habría sido necesario usar las palabras coherentes con esa voluntad colectiva, por ejemplo mediante un llamado a la dimisión del jefe de Estado favorable al “sí”, o a la disolución de la Asamblea Nacional, también ultra mayoritariamente partidaria del “sí” –consignas particularmente democráticas–. No se puede, por tanto, sino deplorar las tentativas de recuperación de ese voto con fines únicamente partidarios (por ejemplo, en torno al candidato del “no” de izquierda” en las elecciones presidenciales), tentativas que lo rebajaron a niveles de politiquería, transformando un impulso mayoritario en movimientos parcelarios. De todas formas, el acontecimiento demostró que más allá de todos los discursos fatalistas, de la presión de los medios de comunicación y de los chantajes económicos, la voluntad colectiva podía expresarse organizadamente cuando encontraba la ocasión de hacerlo.

Es en esta voluntad donde debe residir la salida pacífica y democrática a la actual crisis. Y la elección de una Asamblea Constituyente por sufragio universal ofrece una solución.

Esta perspectiva puede parecer demasiado institucional para resolver las dificultades sociales. Ciertamente, el cambio no se logrará sin el movimiento social; pero éste tiene pocas posibilidades de vencer en el marco político que impone actualmente su ley de hierro. Las oposiciones internas a la sociedad no pueden expresarse independientemente de la existencia misma de una sociedad. La primer ministro británica Margaret Thatcher había entendido perfectamente lo que estaba en juego cuando, bajo la égida del economista liberal Friedrich Ha-

yek, dijo de la sociedad que semejante cosa no existe –“There is no such thing as society” (4)–. Si la lucha es más necesaria que nunca frente a los ataques contra las conquistas sociales, al desempleo, la expansión de la miseria y de la precariedad, ¿puede existir de la reconquista del cuerpo político? Tal es el objetivo principal de la Constituyente, esta refundación de la sociedad alrededor de la reapropiación de ese bien colectivo que es la vida pública. La recreación de este ser político es evidentemente necesaria para darle sentido a la Constituyente, y ésta le confiere una meta a dicha recreación.

Reafirmar la democracia

Este debate no es nuevo. En su época, Jean Jaurès desarrolló la idea de que la historia del movimiento obrero era al mismo tiempo la de la participación de los obreros en la construcción del espacio público gracias a su capacidad de autonomía en el seno mismo de la sociedad capitalista. Jaurès insistía en la pertinencia de la democracia como instrumento de liberación y de lucha, estimando que era “el medio en el que se mueven las clases”, revelándose así “en el gran conflicto social una fuerza moderadora” (5).

Este debate no sólo sigue siendo actual, sino que se ve renovado y amplificado por la construcción europea, por la temática de la superación del Estado, por la globalización. Por ejemplo, el abandono de los conceptos de pueblo o nación es presentado como progresista por una figura de una cierta izquierda, Antonio Negri, que no vacila en declarar que “los conceptos de nación, de pueblo y de raza nunca están muy alejados” (6), tesis que le debe encantar a la extrema derecha. Más matizados, otros no ven el movimiento social y la acción política más que a nivel europeo, incluso mundial, sin tener en cuenta el hecho de que las mayores movilizaciones siempre tienen lugar en el marco nacional. Ya el 18 de enero de 1957, el presidente radical del Consejo Pierre Mendès-France, al explicar ante la Asamblea Nacional su voto contra el Tratado de Roma, había denunciado esta probable deriva: “La abdicación de una democracia puede tomar dos formas: el recurso a una dictadura interna mediante la entrega de todos los poderes a un hombre providencial o la delegación de esos mismos poderes a una autoridad externa, la cual, en nombre de la técnica, va a ejercer en realidad el poder político”.

Querer una “globalización social” o una “Unión Europea republicana” no tiene ningún sentido, en la medida en que el objeto ideológico de estas construcciones es justamente la destrucción de los valores republicanos y sociales. ¿Cómo no ver, en cambio, que las dinámicas de contestación al orden dominante desembocaron en constituyentes nacionales tanto en Bolivia o Ecuador como en Islandia, lo que no acarreo ningún tipo de aislamiento, sino al contrario una dinámica internacional intensa, como lo demuestran las nuevas alianzas en América Latina?

La crisis actual en Francia no es sólo la de una mayoría, sino también la de la organización política y social; razón por la cual la confianza entre ciudadanos y responsables políticos se debilita año tras año. Mientras el mundo se encuentra en profunda mutación, tanto geopolítica como económica, Europa y los países que la componen se encierran en certezas –debilitamiento sistemático de los Estados, acuerdo de libre comercio transatlántico (7), etc.– que impiden cualquier capacidad de acción específica. El apoyo activo del pueblo a las elecciones políticas es necesario frente a los desafíos del presente, tanto para movilizar en el terreno nacional como para configurar nuevas solidaridades internacionales. Por ello, sólo se nos abren dos caminos: bonapartismo o elección de una Constituyente. Dos caminos que invocan al pueblo, pero con valores opuestos y con distintas visiones del futuro.

La opción bonapartista se afirmó en la historia como basada en el pueblo, pero en una visión despolitizada, infantilizante para los ciudadanos, eventualmente validada por plebiscitos. La Constituyente, por su parte, sólo tomará su sentido democrático al dejar que se exprese el disenso del que debe emerger de nuevo el interés general. Permite obrar a la reconstrucción del cuerpo político y social que se viene gestando desde hace algunos años, como fue el caso en 1789, en el marco revolucionario, y en 1946, con el programa del Consejo Nacional de la Resistencia (CNR) (8). Esta reconstrucción ya estaba esbozada al momento del referéndum del 29 de mayo de 2005. Presupone la reafirmación del ciudadano libre, humano y social en tanto miembro del cuerpo político, contra el individuo indistinto en el seno de una comunidad unánime. A eso apela George Orwell cuando hace decir al Gran Hermano: “Mientras su objetivo sea seguir estando vivos, y no seguir siendo humanos, nada va a cambiar. Antes que seres humanos, ustedes prefirieron ser seres vivos, confinándose de esta manera a un eterno presente y asegurándose de que yo esté siempre acá. No se quejen” (9). ■

1. Citado por Nice Rendez-vous, 13-6-10, www.nicerendezvous.com

2. Didier van Cauwelaert, “Napoléon III: ‘Victor Hugo m’a tué’”, *Le Point*, París, 12-8-10.

3. Electo Presidente de la República en 1848, Luis Napoleón Bonaparte dio un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851. Un año después, estableció el Segundo Imperio y reinó con el nombre de Napoleón III.

4. Entrevista en *Woman’s Own*, Londres, 31-10-1987.

5. Jean Jaurès, *De la réalité du monde sensible*, Vent Terral, París, 2009.

6. Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002.

7. Véase Lori Wallach, “Un tifón amenaza Europa”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2013.

8. Esto puede ser, por supuesto, un fracaso, como en 1848.

9. George Orwell, 1984 (múltiples ediciones).

*Presidente de la Association pour une Constituante, ex presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Asamblea Nacional de Francia.

Traducción: Aldo Giacometti

EVOLUCIÓN DEL PACTO SOCIAL

1792

I República

Proclamada el 21 de septiembre tras la abolición de la monarquía. Concluye en 1804 al instaurar Napoleón Bonaparte el Primer Imperio.

1848

II República

Nace el 25 de febrero tras la abdicación de Luis Felipe de Orléans. Instaura un régimen presidencial. Concluye con el golpe de Estado de Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851.

1870

III República

4 de septiembre: pone fin al Segundo Imperio tras la derrota contra Prusia. Concluye el 10 de julio de 1940 con el país ocupado por los nazis y la instauración del régimen de Vichy.

1946

IV República

Tras la liberación, una nueva Constitución instauro el 13 de octubre la Unión Francesa, régimen caracterizado por la inestabilidad y las crisis en las colonias.

1958

V República

La guerra de Argelia devuelve a De Gaulle al poder. La nueva Constitución del 4 de octubre fortalece el poder del Presidente.



Las contradicciones del Frente Nacional

por Philippe Baqué*

El Frente Nacional sueña con convertirse en el primer partido entre los agricultores. Para ello, intenta seducir a militantes de las organizaciones sindicales con una ideología afín. Pero sus ambiciones electorales no logran ocultar la brecha entre su discurso “social” anticapitalista y los intereses de su base tradicional, ni la falta de programa. Viaje a Lot y Garona.

“¡Déjennos en paz, déjennos trabajar!”, clama cientos de veces el mismo afiche, a lo largo de las rutas de Lot y Garona. ¿Quién debe sentirse aludido por esa agresiva conminación? La Coordinadora Rural 47 (CR 47), responsable de la propaganda, alimenta el misterio. Esta sección departamental del sindicato de productores agrícolas dirige, desde 2001 (1), la Cámara de Agricultura. Y utiliza a menudo los campos de sus adherentes para difundir sus eslóganes: “You’ll never walk alone!” (“¡Nunca caminarás solo!”, himno de la hinchada del equipo de fútbol de Liverpool), o también: “¡No somos ovejas, no nos dejaremos esquilarse!”.

En este contexto, el Frente Nacional (FN) consigue desde hace dos años resultados históricos. En junio de 2013, en la elección legislativa parcial que se organizó en la circunscripción de Villeneuve-sur-Lot, tras la renuncia de Jérôme Cahuzac –diputado y alcalde de la ciudad y ministro de Presupuesto, involucrado en un escándalo político-financiero–, el 46% de los electores votó al candidato frentista. Etienne Bousquet-Cassagne enfrentó en segunda vuelta a un representante de la Unión por un Movimiento Popular (UMP, derecha). Luego, en mayo de 2014, en las elecciones europeas, el FN obtuvo el

28,9% de los sufragios, alcanzando el 35% en algunas localidades. Aunque la mayoría de los electores se abstuvieron, quedó confirmada su implantación.

Allí, la extrema derecha está en territorio familiar. Sus ideas circulan en un sector de los repatriados de África del Norte, muy presentes en la agricultura. Pero las múltiples poblaciones migrantes sedentarizadas desde hace un siglo en el departamento, cuya identidad forjaron, cultivaban cierta tolerancia. La izquierda controló durante un tiempo las alcaldías de las grandes ciudades, y conserva la de Villeneuve-sur-Lot, al igual que el Consejo General.

Para su partido, del que también es secretario departamental, Bousquet-Cassagne acaricia la esperanza de triunfos electorales rotundos: “Lot y Garona atraviesa múltiples dificultades, y la gente está harta de las políticas de izquierda o de derecha. Esperan otra cosa de nosotros”. Su padre, Serge Bousquet-Cassagne, fue cofundador de la Coordinadora Rural y preside la Cámara de Agricultura. Dirige una explotación de cien hectáreas, con plantaciones de frutales, ciruelas pasa y maíz. Para explicar el voto frentista, señala el afiche del sindicato en la pared de su oficina (“Déjennos en paz...”, etc.). Aunque en el fondo es de derecha,

niega simpatizar con el FN; sin embargo sostiene el mismo discurso que su hijo.

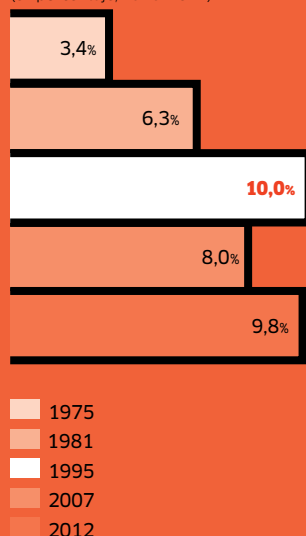
Con Dios y el diablo

Si bien la Coordinadora Rural es el sindicato agrícola que el FN siente más cercano, cultiva una singular afinidad con la CR 47. Esta presenta múltiples semejanzas con el movimiento corporativista de Pierre Poujade, popular en los años 50 entre los comerciantes y artesanos, del que Jean-Marie Le Pen supo ser un tiempo diputado. El programa del sindicato es simple: guerra a la administración y a la clase política, libertad de empresa sin obligaciones ni controles, acciones violentas...

Al igual que los pujadistas, la CR 47 saca partido de la crisis. “El ingreso medio de nuestros agricultores está entre los más bajos de Francia –explica Christian Crouzet, portavoz departamental de la Confederación Campesina, un sindicato de izquierda–. Eso produce un sentimiento de abandono. La CR 47 responde a esta situación con un discurso simplificador e identitario que agrada. Su dirigente gusta compararse con un jefe de manada, y repite sin cesar que los campesinos están solos contra todos. Para él, no se trata de definir una política agrícola: promueve un liberalismo absoluto.” Etienne Bous- →

Tasa de desempleo

(en porcentaje, 1975-2012)



74 mil

afilados

El número de adherentes al partido en 2013, según el Frente Nacional. En 1988, eran 30 mil.



© Huang Zheng / Shutterstock

Productos regionales. La elaboración de productos alimenticios artesanales y locales, con denominación de origen, es muy valorada en Francia, donde existe un fuerte rechazo a las prácticas industriales en ciertos productos.

→ quet-Cassagne es a menudo invitado a las comidas de la organización de su padre. “Constato que mucha gente de la CR está de acuerdo con las propuestas del FN. Yo también comparto sus ideas.”

Sin embargo, el discurso de la CR 47 desentona con la sensibilidad social que expresan actualmente las instancias nacionales del FN, y con su crítica virulenta del ultraliberalismo. El partido aprovecha la desorientación del mundo político francés para atraer simpatizantes y electores, en base a discursos contradictorios. Así, es capaz de unirse a los pequeños empresarios hostiles a la administración y entonar con ellos un himno a la libertad de empresa, mientras por otro lado apoya la causa de las víctimas de la globalización y la guerra económica.

De visita en el Salón de la Agricultura, en París, en febrero de 2014, Marine Le Pen fue recibida con los brazos abiertos por muchos expositores. Si bien alabó los productos regionales y llamó a consumir productos franceses, no divulgó ningún detalle del programa agrícola de su partido. Y con razón: ¡no existe!

En una época, el FN reclamaba abandonar la Política Agrícola Común (PAC) europea, en favor de una “PAF” (política agrícola francesa), basada en un proteccionismo “razonable”. En varias oportunidades, Marine Le Pen intentó que la Coordinadora Rural respaldara esa propuesta. Pero en octubre de 2012, Bernard Lannes, presidente nacional del sindicato, le dirigió una carta abierta en la que le pedía que no lo asociara más a su partido, y le recordaba su desacuerdo con una salida de la PAC (2). Por lo tanto, el FN se limita hoy a promover una reforma orientada a impedir el *dumping* social y garantizar precios

justos, conforme a una de las reivindicaciones de la Coordinadora. Afirma querer imponer una “renacionalización” de la PAC, concepto que no se explicita en ninguna parte (3).

Durante la campaña para las elecciones europeas, Louis Aliot, vicepresidente del FN y candidato por el Sud-Oeste, viajó a Lot y Garona. Visitó el mercado de interés nacional de Agen por invitación de su directora, Annick Solal, productora de manzanas del valle de Lot. Su anfitriona, votante del FN, confiesa, sin embargo, que no conoce su programa agrícola: “¡Pero no pueden ser peor que los otros!”. En el mercado, Aliot fue recibido como un héroe por los vendedores: “Todos le dijeron que iban a votar al FN porque estaban hartos de esta Europa”. Según Solal, este entusiasmo se explica por el desasosiego de una parte de ellos: “Somos cada vez menos. Para ser competitivo, hay que tener un máximo nivel técnico, y endeudarse cada vez más. Son pocos los que salen adelante”.

A los dirigentes del FN siempre les sienta bien denunciar en público el ultraliberalismo y el Acuerdo Transatlántico que están negociando la Unión Europea y Estados Unidos, cuyas consecuencias son consideradas catastróficas para la agricultura francesa (4). No obstante, un abismo separa a ese discurso de las prácticas locales. Para una fracción de los simpatizantes del partido y del electorado que corteja, la implementación del proteccionismo, de las disposiciones *antidumping* e, incluso, de la preferencia nacional, serían calamitosas.

“Pollo de Brasil, carne de buey de Estados Unidos, leche de Alemania, ¡todo se va al carajo!” La CR

© Huang Zheng / Shutterstock



Caza. El segundo deporte más practicado después del fútbol.

47 empapeló con ese afiche los bordes de las rutas, para confortar a su base en el rechazo de una globalización que acelera la desaparición del mundo campesino. Pero se cuida muy bien de admitir que muchos de sus dirigentes y miembros sacan suculentas ganancias de la misma. Entre 2000 y 2010, la cuarta parte de las explotaciones de Lot y Garona desaparecieron. Sobre un fondo de competencia nacional e internacional, las grandes explotaciones industriales, en su mayoría especializadas en la producción de frutas y legumbres, terminan erradicando a las pequeñas granjas familiares de producción diversificada. Exportan parte de su producción a todo el planeta, e importan su mano de obra de Marruecos, Polonia, Rumania o Portugal.

“¡Queremos polacos y marroquíes!”

Aliot también visitó las cinco hectáreas de invernaderos de fresas cultivadas en sistemas sin suelo por Patrick Jouy, director de mano de obra agrícola de la CR 47. “Le dije a Louis Aliot que, sin la globalización y sin Europa, hoy ya no se puede hacer nada”, declara Jouy. El vicepresidente del FN tuvo la oportunidad de extasiarse frente al alto nivel técnico de un establecimiento que produce fresas de febrero a diciembre y envía su producción a toda Francia, Bélgica y Luxemburgo. También vio la obra de las nuevas cuatro hectáreas y media de invernaderos, realizados por una empresa holandesa, cuyo costo –5,5 millones de euros– se encuentra en parte cubierto por subsidios nacionales y europeos.

Aliot no pareció sorprenderse de que ninguno de los cuarenta obreros temporales del establecimiento fuese francés. “Desde que empecé a producir fresas, sólo utilicé mano de obra inmigrante. Contraté a tres franceses, pero fue un fracaso –explica Jouy–. Ahora sólo les doy trabajo a polacos. Estoy completamente satisfecho con ellos. Son esforzados, prolijos y honestos.” Competencia obliga, la utilización de mano de obra extranjera se propaga por los establecimientos del departamento. La libre circulación de productos agrícolas que impulsieron los acuerdos de la Organización Mundial del Comercio (OMC), pone a competir a las cuencas productivas. El trabajador temporal se convierte en la variable de ajuste de los empleadores, que buscan reducir sus costos (5). En los invernaderos de España, el salario por hora de los obreros clandestinos está actualmente establecido en 3 euros; en Bélgica, Alemania u Holanda, oscilaría entre los 4 y 5 euros. Así que para los dirigentes de la CR 47, la mano de obra francesa, que cobra el salario mínimo (SMIC), es demasiado cara.

El 1º de mayo de 2014, en París, Marine Le Pen denunció la situación de los trabajadores desplazados (6). Recriminó a la UMP y al Partido Socialista haber votado las directivas y los reglamentos europeos que incitan “a contratar en territorio nacional a trabajadores cuyos impuestos son entre un 30% y



© Huang Zheng / Shutterstock

Pobreza rural. Los agricultores tradicionales resisten como pueden ante la competencia de la agricultura intensiva. Alrededor de 1,8 millones de pobres viven en las comunas campesinas.

un 60% más bajos que los nuestros” (7). Pero los intereses electorales imponen sin duda excepciones, y el partido no duda en aceptar la contratación sistemática de trabajadores agrícolas temporales extranjeros, en perjuicio de la población local.

En Lot y Garona, el marco jurídico que autoriza ese *dumping* no es el de los trabajadores desplazados. Los trabajadores firman contratos OMI (Oficina de Migraciones Internacionales), devenidos, en 2009, en contratos OFII (Oficina Francesa de la Inmigración y la Integración). Para ingresar al territorio, un trabajador extra-europeo debe obtener de un empleador francés un contrato previo que no exceda los ocho meses. Recibe una visa de residencia por el lapso del contrato, y luego debe regresar a su país. Por su parte, el empleador pide una autorización a la administración y debe demostrar que no puede conseguir mano de obra local (8).

En 2001, la CR 47 ocupó la Prefectura con un eslogan rara vez oído en los círculos del FN: “¡Queremos polacos y marroquíes!”. En efecto, con el argumento de que existían más de veinte mil desocupados en el departamento, el gobierno se negaba a entregar las autorizaciones para los contratos OMI. Los militantes de la Coordinadora, por su parte, se negaban a contratar trabajadores franceses, calificándolos de holgazanes. “Pedíamos gente confiable –recuerda Serge Bousquet-Cassagne–. Es decir, gente que tuviera hambre, ganas de trabajar. Finalmente, obtuvimos mil contratos OMI. Desde entonces, nadie tiene problemas para levantar la cosecha. Sigue habiendo setecientos marroquíes con contratos OFII. Los polacos ya no necesitan contratos: forman parte de Europa. Son unos dos mil. →

Impacto político

El 25 de mayo de 2014, el Frente Nacional ganó por primera vez en su historia un escrutinio nacional al salir primero en las elecciones legislativas europeas. El partido de extrema derecha obtuvo alrededor del 25% de los votos –cuatro veces más que en 2009– en un contexto de alta abstención (57%).

Banalización

Según una encuesta realizada por Ipsos-Steria para el diario *Le Monde* en enero de 2014, sólo un francés de cada dos (51% contra 49%) considera al Frente Nacional como un partido peligroso para la democracia. Un tercio de los encuestados estima que constituye “una alternativa política creíble a nivel nacional” y que “propone soluciones realistas”.



© Huang Zheng / Shutterstock

PAC. Francia es un decidido defensor dentro de la Unión Europea de la Política Agrícola Común, que subvenciona a sus productores, en muchos casos favoreciendo exportaciones desleales que benefician a multinacionales.

© Marius G / Shutterstock



Leche. La desregulación genera resistencias de las cooperativas.

→ Hay rumanos; españoles, que son muchos a causa de la crisis; portugueses también.”

El propio presidente de la Cámara de Agricultura emplea a seis marroquíes y dos portugueses. Sus obreros magrebíes, que vinieron con contratos OMI, tienen hoy un permiso de residencia por diez años. ¿Cómo reacciona su hijo, Étienne, frente a esta llegada de trabajadores inmigrantes? “Aunque los franceses no quieran trabajar, el trabajo debe hacerse igual. Todo el sistema debe revisarse. Muchos marroquíes con contratos OMI se quedaron clandestinamente, consiguieron los papeles y después trajeron a su familia, gracias a la reagrupación familiar. Esa inmigración laboral se convirtió, desgraciadamente, en una migración de poblamiento. Eso es lo que hay que detener.”

Trabajadores sin derechos

El secretario departamental del FN olvida especificar que muchos temporales que consiguieron el permiso de residencia no consiguen empleo en la agricultura, ya que ahora pueden reivindicar sus derechos. O sea que es preferible una inmigración laboral con estatuto precario... En los castillos de la región de Médoc, los vinicultores reemplazan a los vendimiadores inmigrantes que consiguieron permisos de residencia por trabajadores desplazados, proporcionados por agencias de trabajo temporario. En octubre de 2012, unos marroquíes instalados en Francia se enfrentaron durante dos noches con trabajadores temporales saharauis desplazados que llegaron para reemplazarlos.

Según Annie Régojo, controladora del trabajo de la Dirección Regional de las Empresas, la Competencia, el Consumo, el Trabajo y el Empleo (DI-

RECCTE), los trabajadores temporales OFII quedan librados a la buena voluntad de su patrón: “El contrato se renueva cada año. Si el obrero no respondió a las exigencias, si osó reclamar cualquier cosa, corre el riesgo de no volver al año siguiente. Además, está aislado dentro de la explotación, no tiene vehículo, no habla el idioma y no conoce sus derechos: no se va a quejar. Para algunos, emplear marroquíes con contratos OFII es mucho más fácil que dar trabajo a un trabajador residente en el territorio”.

Las relaciones laborales se asemejan a veces al feudalismo. “Yo tomé un marroquí con contrato OFII durante cuatro años –cuenta un productor, miembro de la CR 47 y simpatizante del FN–. Durante el Ramadán, me decía que podía trabajar, sin beber ni comer, con 40 grados... Un día, estábamos sacando los plásticos del invernadero, y se tambaleaba. Me enojé; hasta le di una piña. Si no contrato a esa gente, ¿a quién voy a contratar?” Muchos temporales cobran por tarea: deben recoger un mínimo de veinte kilos de fresas por hora, durante cuarenta y cinco o cincuenta horas semanales, o más. Un “buen” obrero gana 1.200 euros por mes, es decir, tres veces más que el salario medio de Polonia, o cuatro veces el de Marruecos. Las sumas ganadas se convierten en horas de trabajo en la planilla de pago. Para no pagar horas extra ni superar el máximo de horas de trabajo semanal autorizado, algunos patrones declaran pagar a sus obreros un poco más que el mínimo por hora. “Es sólo para mantener una apariencia de legalidad”, afirma Régojo.

Dominique Baudry, militante de la Confederación General del Trabajo (CGT), acaba de defender ante la justicia laboral a dos obreros agrícolas polacos contratados en la región de Marmande: “Trabajaban se-

tenta horas por semana, pero el patrón sólo declaraba treinta y cinco y no les pagaba todo su salario. Según nuestros cálculos, cobraban no más de 5 euros por hora. Eran alojados en una casa rodante insalubre, alquilada por 300 euros. La justicia laboral condenó a su empleador a pagarles el equivalente a cuatro meses de trabajo que no habían sido remunerados. Esos 5 euros por hora son moneda corriente en Lot y Garona, pero los temporales extranjeros no conocen sus derechos o no se atreven a defenderlos”.

Las relaciones entre la CR 47 y la inspección del trabajo son tensas. El sindicato ocupó por la fuerza, en 2013, los locales de la DIRECCTE. Christian Girardi, vicepresidente del sindicato, emplea doce españoles, doce marroquíes y cuatro portugueses en sus plantaciones de fresas y kiwis. “Una mañana cada cuatro, recibimos la visita de inspectores laborales, con plenos derechos. ¡Pero no nos asustan! Vienen con gendarmes, porque tienen miedo.”

Esta medida de protección se explica por el drama ocurrido el 2 de septiembre de 2004 en Saussignac, Dordoña, no muy lejos de Lot y Garona. Ese día, dos controladores de la Inspección del Trabajo fueron fusilados por un productor agrícola que daba empleo a temporales inmigrantes. Poco tiempo después, algunos miembros de la CR 47 expresaron su simpatía por el asesino, en una asamblea general que fue registrada por las cámaras del canal France 2 (9). Al mis-

Por su parte, Etienne Bousquet-Cassagne propone una solución inspirada en Jean-Marie Le Pen: “Hay que subsidiar menos la protección social y bajar las cargas patronales y salariales, para que el salario neto pueda ser más alto. Los franceses serán obreros agrícolas si cobran más por trabajar que por seguir desocupados. Eso puede financiarse suprimiendo la ayuda médica pública que se brinda a los indocumentados”.

Consciente de la contradicción entre los intereses de su base tradicional y su discurso “social”, que apunta a seducir públicos nuevos, Marine Le Pen puede pues recomendar una reducción de los aportes y presentarse, al mismo tiempo, como la número uno de la protección social: “El Frente Nacional llama a otro modelo de sociedad respetuoso de los individuos, en ruptura con la política de austeridad, el ultraliberalismo destructor y la desocupación masiva –declaró en julio de 2014–. Sólo el restablecimiento de un Estado protector, regulador, preocupado por el bien común [...], permitirá no dejar más a los franceses a la vera del camino” (11).

La pesca de votos obliga a su partido a navegar a ciegas: la denuncia del liberalismo se adapta al apoyo de sus partidarios; la condena de la inmigración convive con el apoyo de un modelo económico basado en su explotación... ¿Sobre qué punto de equilibrio se estabilizará el partido, cuando esas contradicciones estallen ante los ojos de sus simpatizantes? ■

En el nombre del padre

Con sus frecuentes provocaciones, la figura de Jean-Marie Le Pen, fundador y presidente honorario vitalicio del Frente Nacional, constituye un escollo para su hija Marine, que busca limpiar al partido de su imagen antisemita. En 1987, Jean-Marie Le Pen había calificado de “detalle de la Historia” a las cámaras de gas del nazismo.

El FN aprovecha la desorientación del mundo político francés para atraer electores, en base a discursos contradictorios.

mo tiempo, la Coordinadora pegaba afiches “¡No a la inquisición!” y otorgaba a una inspectora del trabajo el premio a la funcionaria “más execrable y más dañina para la agricultura de Lot y Garona” (10).

Discurso “social”

¿Cómo se posicionan las instancias directivas del FN en relación a esa violencia y esas violaciones del derecho laboral? No pueden manifestar abiertamente su acuerdo con Serge Bousquet-Cassagne, cuando afirma que hay que poner fin al Ingreso de Solidaridad Activa (RSA, en francés), las asignaciones por desempleo y el salario mínimo, para que los franceses vuelvan a trabajar. Aunque se muestra siempre muy comprensivo en relación a la CR y a su sección de Lot y Garona, Leif Blanc, delegado nacional del FN para el ámbito rural, el medio ambiente y la agricultura, prefiere condenar las normas medioambientales y sociales: “Son demasiado restrictivas e impiden que nuestros agricultores sean competitivos. Pero una mano de obra remunerada igual que los clandestinos en España sería una catástrofe social. Se pueden aligerar ciertas cosas sin cercenar el derecho de los temporales”.

1. Las últimas elecciones sindicales tuvieron lugar en enero de 2013. CR 47: 46,3%; Federación Departamental de los Sindicatos de Explotaciones Agrícolas (FDSEA): 35,9%; Confederación Campesina: 8,9%; Movimiento de Defensa de las Explotaciones Familiares (MODEF): 8,7%.
2. “Lettre ouverte à Marine Le Pen, présidente du Front national”, 9-10-12, www.coordinationrurale.fr
3. “Agriculture : le FN un peu moins intransigent sur la sortie de la PAC”, *Le Monde*, París, 28-2-13.
4. Véase el dossier “Les puissants redessinent le monde”, *Le Monde diplomatique*, París, junio de 2014.
5. Véase Patrick Herman, “Travailleurs saisonniers, la ronde infernale”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 2013.
6. Véase Gilles Balbastre, “Travail détaché, travailleurs enchaînés”, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2014.
7. Citado en *Politis*, París, 8-5-14.
8. Aurélie Darpeix, “Flexibilité interne et flexibilité externe dans le contrat OMI”, *Etudes rurales*, N° 182, París, 2008.
9. *Dans le secret des inspecteurs du travail assassinés*, documental de Jacques Cotta y Pascal Martin, France 2, 2005.
10. Jean-Pierre Rissoan, “Lot-et-Garonne, attention danger!”, 21-6-13, www.jprissoan-histoirepolitique.com
11. “5 millions de Français touchés par la solitude : l'autre visage de la France des oubliés”, comunicado de prensa de Marine Le Pen, 7-7-14.

*Periodista y documentalista, coordinador y autor de *La Bio, entre business et projet de société*, Agone, Marsella, 2012.

Traducción: Patricia Minarrieta





El Partido Socialista rompe todos los tabúes

Purga social

por **Martine Bulard***

Las decisiones económicas y sociales de François Hollande, centradas en el “costo del trabajo” (y de los asalariados), en pos de una mayor competitividad, avanzan sobre las conquistas sociales de posguerra. A pesar de los resultados, demuestran una inalterable convicción en las virtudes de la austeridad, que conduce al país a la recesión, con consecuencias políticas devastadoras.

“Mi verdadero adversario es el salario”. Por supuesto, este tipo de convicción no se declara públicamente, y el Presidente de la República francesa no se expresa así. Para la izquierda, a la hora de ganar una elección, más vale proclamar su rechazo del mundo de las finanzas. Pero, una vez vaciadas las urnas, el dogma del “costo del trabajo” demasiado elevado dictó la conducta de François Hollande, sea cual fuere su primer ministro.

No esperó ni siquiera un mes desde su llegada al Elíseo para demostrarlo. Su primera decisión fue sobre el SMIC [salario mínimo de crecimiento]: limitó el “empujoncito” ritual a... 0,56 centavos brutos la hora. Aparte de Nicolas Sarkozy, que no otorgó nada, ningún Presidente había derogado la tradición de aplicar al salario mínimo un alza superior a la que prevé la ley. Sin siquiera remontarse a 1981, cuando François Mitterrand subió el SMIC un 6,1% (por encima de la inflación), se puede citar el ejemplo de Jacques Chirac en 1995 (+2,9%) o en 2002 (+3%) (1).

Según uno de esos “visitantes nocturnos” que el anfitrión del Elíseo parece estimar, este “aumento limitado” apunta a “preservar a las empresas” (2). Pues va de suyo que el SMIC amenazaría su supervivencia, incluyendo la de los gigantes de la distribución como Carrefour, Intermarché y otros campeones de los bajos salarios. En tal caso, deberían estar satisfechas: entre julio de 2012 y julio de 2014, el poder adquisitivo del SMIC neto (una vez pagadas las cargas sociales) bajó el 1,5%.

“Siempre menos”

Pero el ataque va mucho más allá. Por primera vez desde la posguerra, los empleadores tuvieron las manos libres para bajar los salarios, aumentar las horas

trabajadas u obligar al empleado a cambiar de unidad de producción cualquiera fuese el contrato. El gobierno llamó a eso, con toda seriedad, la “securización del empleo”, haciendo alarde de haber simplemente puesto en marcha un acuerdo firmado por las tres organizaciones patronales, entre ellas el Movimiento de las Empresas de Francia (MEDEF), y por tres sindicatos de empleados, incluida la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT). Único límite a la omnipotencia patronal: hay que obtener el consentimiento de sindicatos que representen al menos la mitad de los empleados. Con el nivel de desocupación actual, no parece muy difícil.

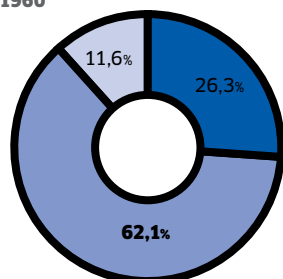
En Renault, por ejemplo, el acuerdo llevó a aumentar el tiempo de trabajo reduciendo el número de días de descanso (un 16% en promedio) y a congelar los salarios según la consigna “trabajar más para ganar menos”, al mismo tiempo que ratificaba una reducción del personal del 15%. No debe sorprender que el grupo haya multiplicado sus beneficios por veinte (3) –aun cuando esos resultados no sólo correspondan a Francia–.

Por otra parte, las experiencias precedentes no dejaban lugar a dudas. En Bosch, en Vénissieux, los empleados habían aceptado en 2004 trabajar treinta y seis horas, pero pagadas treinta y cinco, y renunciar a una parte de las horas extra por trabajo nocturno; sus “sacrificios” sólo sirvieron para volver más presentable la sociedad: la fábrica fue vendida en 2010 y se recortaron más de cien empleados. El mismo panorama en General Motors (Estrasburgo), Continental (Clairoix), Dunlop (Amiens)...

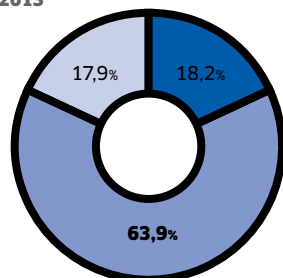
El “siempre menos” salarial se convirtió en la doctrina oficial defendida por Hollande y su mayoría parlamentaria. Primero, a *mezza voce*, durante la puesta a punto del Crédito Impositivo para la Competitividad →

Población por edad (en porcentaje)

1960



2013



■ Hasta 14 años
■ Entre 15 y 64 años
■ 65 años y más

Profesiones de riesgo

Nueve empleados de la empresa de telecomunicaciones Orange (ex France Télécom, estatal), se suicidaron entre enero y marzo de 2014, la mayoría por razones laborales, según un observatorio sindical. Este fenómeno, que se viene repitiendo en los últimos años (alrededor de 60 suicidios entre 2008 y 2010; 11 en 2013), llevó a la renuncia del presidente director general de la empresa en 2011.

→ y el Empleo (CICE), un vasto plan de reducción de las cargas sociales pagadas por la patronal, adoptado en diciembre de 2012. No se trata de un mero detalle: ya en 2013, la masa salarial de todas las empresas (ricas y pobres, grandes y pequeñas) disminuyó en un 4% en promedio, contra un 6% previsto de aquí a 2016. No obstante, este gigantesco regalo bajo forma de crédito impositivo sólo se materializaría verdaderamente en 2014. Hasta entonces, el equipo Hollande podía pues jactarse de sus “esfuerzos a favor del empleo”, sin reivindicar los dogmas liberales. Y la patronal podía continuar vilipendiando las “cargas” insoportables y los impuestos confiscatorios – todos recuerdan la fronda de las “palomas” (4) y las declaraciones altisonantes de Pierre Gattaz, presidente del MEDEF–.

A principios de 2014, el tono cambia. Hollande amplía las ayudas concedidas, que bautiza con el bello nombre de “Pacto de responsabilidad”. Abandona entonces toda máscara ideológica y afirma, durante su conferencia de prensa del 14 de enero de 2014, que el pacto tiene un “principio simple: aliviar las cargas de las empresas, reducir sus obligaciones”. Palabras propias de Gattaz. O de Sarkozy, como prefieran. De paso, el Presidente socialista olvida los fundamentos mismos de la carga social, concebida, desde su origen, como una contribución solidaria de una parte del salario de los trabajadores a los organismos de la seguridad social o al seguro de desempleo, para hacer frente a las vicisitudes de la vida. Esta mutualización no tiene nada que ver con la remuneración del capital (dividendos, tasas de interés) que, por su parte, se vuelve cada vez más voraz. “Un asalariado trabaja hoy alrededor de seis semanas y media para los accionistas, contra dos semanas hace treinta años”, calculó el economista Michel Husson (5). Pero, para Hollande, no hay cargas ligadas al capital...

El poder se avino a reducir, o incluso a hacer desaparecer (para el SMIC para enero de 2015, por ejemplo), las cargas sociales pagadas por el empleador, y a bajar los impuestos sobre las sociedades de 5 puntos para 2020. Obligado a aumentar las cargas para la jubilación, anuncia un alza que promete equitativa entre los asalariados y los empleadores (+0,15 puntos cada uno), pero asegura enseguida que estos últimos estarán exentos, al menos en 2014. El contribuyente pagará por ellos...

Redistribución invertida

Reconozcamos que el Partido Socialista posee un don particular para romper los “tabúes” del modelo social francés. Así, en 1983, apoyándose (ya) en la crisis –monetaria en este caso–, el ministro de Economía Jacques Delors había impuesto la desindexación de los salarios sobre la inflación. Es lo que el economista Alain Cotta llamó más tarde la “donación Delors”, el regalo “más importante que la empresa privada haya recibido jamás de los poderes públicos” (6): 232.000 millones de francos (el equivalente a 76.000 millones de euros) sustraídos de los salarios entre 1983 y 1986. Para la patronal, la victoria fue a la vez financiera e

ideológica: la escala móvil (la indexación) de los salarios, que existía desde 1952, había muerto.

Esta vez, la patronal recibe un maná nada despreciable en estos tiempos de escasez presupuestaria: 40.000 millones de euros. Además, la idea de hacer desaparecer progresivamente las cargas sociales, pagadas por los empleados y los empleadores, en provecho de la Contribución Social Generalizada (CSG), pagada en su mayor parte por los trabajadores y los jubilados, se abre camino. Las empresas están siendo progresivamente desresponsabilizadas de la protección social. E incluso se niegan a comprometerse, como contrapartida, a crear cualquier empleo que sea. Peor aun: siguen despidiendo. En junio de 2014, el número oficial de solicitantes de empleo alcanzaba los 3.398.300, es decir un aumento del 4% en un año.

Por otra parte, no es la primera vez que el Estado alimenta a las empresas con aportes no reembolsables. Lo prueba el crédito impositivo de investigación (CIR, en francés), que representó más de 5.000 millones de euros en 2011 y alcanzará sin duda 6.000 millones de euros en 2014, según las estimaciones oficiales. Las ayudas están dirigidas prioritariamente a los mastodontes ultrarrentables, como Sanofi, Total, L'Oréal, Dassault Aviation, Peugeot, Servier, etc. (7). Además, el dinero consagrado a la investigación y el desarrollo en las empresas bajó un 1,8% entre 2008 y 2011 (últimas cifras conocidas). En cuanto a la investigación pública, por su parte, sus créditos se encuentran estancados o, incluso, bajan: por ejemplo, -3% para el Instituto Nacional de la Salud y de la Investigación Médica (INSERM, en francés).

Como subraya el semanario económico *L'Usine nouvelle*, “las empresas tienen dinero, pero no las ganas de invertir” (18-12-13). No es lo suficientemente rentable. Más aun cuando las salidas se reducen tanto en Europa, primer mercado de Francia, como en el mercado interno. Y con razón: lo que se les da a unos se les saca a otros. No sólo hay que compensar los regalos sociales y fiscales, sino también reducir el déficit público, conforme a la *doxa* europea. Así, el equipo Hollande-Ayrault-Valls aumentó los impuestos, creando una nueva categoría sobre los más altos ingresos –la primera desde hace dos décadas– pero, sobre todo, castigando al resto. Dos millones de hogares que no pagaban impuestos se convirtieron en contribuyentes en 2013. Recién en julio de 2014 el gobierno eximió a las personas que cobran menos de 1.200 euros. Y los bajos ingresos crecieron tanto que esta sola medida provocó una disminución del número de hogares imposables, que pasó de un 53% de las familias en 2013 al 48,5% en 2014. Por otra parte, Hollande prometió fusionar la prima para el empleo y el Ingreso de Solidaridad Activa (RSA, en francés) otorgados a los muy bajos salarios para “mejorar el poder adquisitivo de los asalariados más modestos” (8). Sin más precisiones.

De todas formas, todos los asalariados, modestos o no, financian la reducción de las cargas pagadas por sus empleadores cada vez que consumen, a través del

Impuesto al Valor Agregado (IVA), cuyas tasas treparon desde el 1 de enero de 2014. El IVA “social”, inventado por Sarkozy, fue actualizado. Al igual que la Revisión General de las Políticas Públicas (RGPP), reaparecida bajo el nombre “modernización de la acción pública”. Es cierto que el gobierno creó 24.600 puestos docentes, pero estas creaciones deben ser compensadas con reducciones en los otros sectores.

Los objetivos no variaron: aligerar el “mamut”, señalado como la causa primera, si no la única, del déficit público. Sin embargo, contrariamente a lo que sostienen los dirigentes, la participación de los gastos del Estado en el Producto Interno Bruto bajó dos puntos entre 1978 y 2012 (9). El déficit proviene esencialmente de la reducción del nivel de imposición de las familias más ricas y de los intereses otorgados a los ricos prestamistas, dos decisiones asumidas por los sucesivos gobiernos, tanto de derecha como de izquierda.

Una sola voz

Socialmente injusta, esta política conduce derecho a la recesión, cuyos primeros signos ya se hacen notar. En efecto, la austeridad salarial arrastra en su caída al consumo (-0,5% en el primer trimestre de 2014), que conduce a una reducción de la producción (-1,2% en el segundo trimestre de 2014), a un aplazamiento de las inversiones y a una presión a la baja de los precios: lo que se llama deflación. De allí que los ingresos fiscales se reduzcan y, mecánicamente, el peso de la deuda aumente, incitando a los ideólogos del mercado a exigir una rebaja suplementaria del gasto público y de los salarios. La espiral es conocida. Japón intenta salirse sin éxito desde hace más de quince años.

El razonamiento simplista, según el cual la rebaja de los gastos salariales asegura una mayor competitividad, que permite exportar más e incentivar el crecimiento, es inoperante. Por al menos tres razones: en primer lugar, los clientes de Francia también sufren la austeridad –incluso Alemania, que apostó al “todo a la exportación” a la manera china, se desplomó-. Luego, el euro fuerte devora las disminuciones de costos internos. Por último, la competitividad depende menos del nivel de los salarios que de la innovación y de la calidad de los productos; y, en estos dos terrenos, Francia acusa un retraso que no se podrá compensar sino con la alta calificación de los empleados (y por lo tanto con salarios altos).

Muchos economistas exploran otras pistas. No tienen voz en este asunto. Hollande generalizó el recurso a los especialistas, pero los selecciona con sumo cuidado, con la idea de aparentar objetividad en las decisiones volcadas a favor del capital. El informe sobre la competitividad, que preparó el terreno para el pacto del mismo nombre, fue pensado por Louis Gallois, actualmente presidente del Consejo de Supervisión de Peugeot, después de haber dirigido la SNECMA (aeronáutica y espacial), la SNCF (Sociedad Nacional de Ferrocarriles) y EADS (European Aeronautic Defense and Space), todas empre-



© Lisa-Lisa / Shutterstock

Servicio público. Las reestructuraciones en la empresa nacional de correos ponen en riesgo su función social de integración del territorio y generan crisis en sus empleados.

sas que sufrieron “planes sociales”. El informe de las jubilaciones fue elaborado por Yannick Moreau, miembro del muy selecto club Le Siècle (que reúne dirigentes políticos, patrones y periodistas), así como por Daniel Cohen, consejero del Banco Lazard, y por Sylvie François, directora de Recursos Humanos en La Poste (El Correo) –donde los suicidios de agentes se multiplican– (10).

El mismo escenario para el grupo de especialistas sobre el salario mínimo: comprende a François Bourguignon, vicepresidente del Banco Mundial, o incluso a Stefano Scarpetta, director de Empleo y Políticas Sociales en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que desde hace veinte años hace campaña por una desregulación del mercado del trabajo. Ni un solo disidente, ni una sola voz iconoclasta. ■

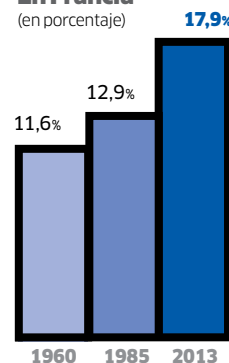
1. En 1997, Lionel Jospin, primer ministro de Jacques Chirac durante la cohabitación, acordó un alza suplementaria del 2,8%.
2. *Libération*, París, 26-6-12.
3. Pierrick Fay, “Un premier semestre encourageant pour les bénéficiaires du CAC 40”, *Les Echos*, París, 8-8-14.
4. Nombre que adoptaron los dirigentes de pequeñas empresas que lanzaron, en el otoño de 2012, una petición en línea contra el alza de los impuestos.
5. Michel Husson, “Le partage de la valeur ajoutée en Europe”, *La Revue de l'États*, N° 64, Noisy-le-Grand, 2010.
6. Alain Cotta, *La France en panne*, Fayard, París, 1991.
7. *Le Monde*, París, 30-9-13.
8. Entrevista con el diario *Le Monde*, 30-9-13.
9. Colectivo para una auditoría ciudadana de la deuda pública, “Que faire de la dette ? Un audit de la dette publique de la France”, 27-5-14, www.audit-citoyen.org
10. Véase Noëlle Burgi y Antoine Postier, “A La Poste, des gens un peu ‘inadaptés’”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 2013.

*Jefa de redacción adjunta de *Le Monde diplomatique*, París.

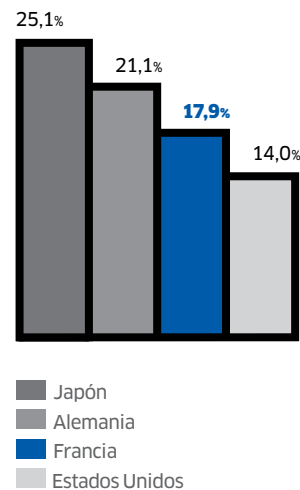
Traducción: Florencia Giménez Zapiola

Mayores de 65 años

En Francia
(en porcentaje)



En los países desarrollados
(en porcentaje, 2013)





De una generación a otra: exclusión, violencia, integrismo

Viaje a los “barrios norte” de Marsella

por Maurice Lemoine*

Cinco distritos de Marsella, situados al norte de la ciudad provenzal, fueron declarados “zonas de seguridad prioritarias” por el gobierno francés en agosto de 2012. En 1987, el autor de esta crónica escribió un libro sobre los habitantes de esos barrios, en su mayoría inmigrantes de la “segunda generación”. Veinticinco años más tarde, volvió a verlos.

“Tengo dos países –murmura Mohamed–, Francia y Argelia. Aquí y allá. Pero el que yo prefiero, es el mío” (1). Estamos en 1987 y Mohamed, atrapado entre dos culturas, pertenece a la famosa “segunda generación” de inmigrantes. Al igual que Djamila, Malika, Fatima, Karim, Brahim o Kader, vive en uno de los “barrios norte” de Marsella: la Solidarité, le Petit Seminaire, la Busserine, los Flamants, la Castellane, el Plan d’Aou, Bassens, etc. Aislados como por un cordón sanitario, una concentración de complejos de viviendas de alquiler módico (HLM, en francés), muy deteriorados, albergan en su mayoría a familias magrebíes que en casi todos los casos pasaron antes por los barrios de tránsito (2).

Pasaron veinticinco años. La decoración es la misma: una jungla urbana que creció sin plan de conjunto, rutas, autopistas y, todos alineados y en damero, los famosos barrios. A primera vista parecen menos vetustos: sería absurdo pretender que no se haya hecho nada en este lugar. En determinadas partes se ha demolido y reconstruido, en otras bajó la densidad. Aquí o allá se ha renovado. Esto no impide que, en una segunda mirada, aparezcan huecos de escalera ruidosos, fachadas descoloridas, balcones oxidados, pequeños comercios cerrados.

Resurge la misma mermelada de gritos y de risas, la misma charla colorida. Pero hablar de “segunda generación” ya no tiene sentido. En el corazón de estos “suburbios en la ciudad” –los “barrios norte” forman parte de Marsella–, ya existe una tercera, incluso una cuarta generación. “Nosotros tenemos todavía la costumbre de volver a casa, sacarnos la ropa y ponernos la gandura [vestimenta del Magreb] –se divierte Fatima Mostefaoui, presidenta de la asociación de locatarios de los Flamants–. Ellos, no. Son realmente franceses. ¿Cómo pueden decirles que son diferentes?”. “Sin embargo todavía se habla de *beurs* [árabes], de inmigrantes, ¡se los sigue llamando extranjeros!”, se conmueve la dinámica Karima Berliche, directora del Agora, el centro social de la Busserine. Sin duda porque, abuelos, padres, hijos y nietos mezclados, siguen viviendo en su mayoría relegados en estos mismos barrios. En cuanto a su reputación...

Portación de cara

En los años 80, se destacaban dos diarios –en el registro “joven magrebí arrebatada una cartera; ¿qué hace el gobierno para poner fin a los delitos de los inmigrantes?”–: *Le Méridional*, de extrema derecha, que le ganaba por un cuerpo a *Le Provençal*, de centro izquierda. Ambos se fusionaron en 1997 y se convirtieron en *La Pro-*

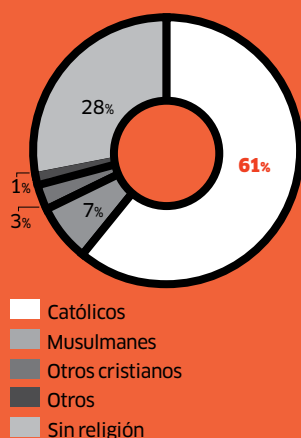
vence. Pero el tono no cambió. Aunque según el ex profesor de Filosofía André Koulberg, trabajador social en el barrio de Malpassé, “nuestro principal obstáculo es la imagen. Los sucesos con los que alimentan a sus lectores existen, no lo negamos, pero está todo lo demás... Y lo ignoran deliberadamente”.

“Pasar de las villas de emergencia a los barrios de tránsito y luego a la vivienda social, crea barrios un poco monocordes, –recuerda como una verdad de Perogrullo la directora de la asociación Ancrages, Samia Chabani–. Pero ahora, incluso las escaleras lo son.” Les Rosiers, Bon Secours, la Savine, el Plan d’Aou, albergan a comorenses y, en distintos grados, a familias de patronímicos norte-africanos; la Castellane, a los magrebíes; en la Renaude se amontonan árabes, gitanos y comorenses. Más fuerte aun en la Savine: “Hace quince años los recién llegados fueron reagrupados por su origen –relata Anne-Maire Chovellon, que trabajó allí–. Unas torres para los asiáticos, otras para los magrebíes, otras para los comorenses. Entonces, los primeros problemas se presentaban en primer grado con los niños: no querían trabajar juntos, había racismo entre ellos”.

“Quieren irse –podíamos escribir en 1987–. Al mismo tiempo, un profundo arraigo los ata al barrio. Allí crearon redes, sus apoyos afectivos y financieros.” De regreso al mismo ➔

Principales religiones

(en porcentaje, 2012)



Reorganización regional

Con el objetivo de simplificar estructuras, reducir costos y fortalecer la competencia, en junio de 2014, el presidente Hollande presentó una propuesta para reformar el mapa de Francia, que pretende “transformar por décadas la arquitectura territorial de la República”. Un mapa adoptado en julio en Diputados reduce el número de regiones de 22 a 13, ocho de ellas con más de 100.000 millones de PIB.

lugar nos preguntamos: ¿Qué ha cambiado? ¡Nada! Estos monobloques funcionan como una aldea, todo el mundo se conoce. Al bajar a recibir al cartero, siempre hay un vecino, una vecina que vuelve de hacer las compras. Un sistema de relaciones, de complicidades, de favores. En verano, bajo los balcones llenos de ropa secándose, viejas heladeras, cochecitos para niños y bicicletas, se sacan las sillas, se conversa afuera. Y si a todos les gusta esta vida comunitaria, es más que nada porque allí se sienten protegidos.

Incluso los jóvenes, que parecen muy seguros de sí mismos. Ir al Puerto Viejo o la Canebière se traduce en: “Bajo a Marsella” (cuando ya están allí). Pocos cruzan el Rubicón. “Si vas a una discoteca, te rechazan; si buscas trabajo, te rechazan; los canas te controlan porque tenés cara de árabe...” “Objetivamente, hay frenos para la movilidad –constata Florence Lardillon, en la Universidad del Ciudadano–. Aunque sólo fuera a causa del transporte público, mal organizado. Pero también existe la movilidad en la mente, ligada a esta cuestión de la imagen: cuando salga de mi barrio, ¿cómo me van a mirar? Creen llevar estigmas que hacen que no sean bienvenidos.”

Conviene precisar que la asignación de residencia no favorece en absoluto el movimiento. “Los de vivienda social nos hacen creer que nos abren los cupos –se indigna la señora Mostefaoui–. Pero si nos queremos ir de los Flamants, sólo nos proponen lugares equivalentes: los Clos, la Bégude Nord, y de vez en cuando la Bégude Sud. Nos mandan en masa a los Aygaldes y a las Hironnelles, pero no nos ofrecen el Merlin –¡soberbio!–, los Chartreux, Palmeri, Val Plan; a lo sumo a uno o dos. ¡No somos salvajes, somos educados!”

“Estás frente a un espejo que te refleja permanentemente tu imagen –deplora Berriche–. El problema, en un medio popular precarizado, es que esta exclusión resulta pesada. No tenés otra red en la cual apoyarte.”

Una situación tanto más delicada considerando que Marsella, en materia de empleo, “es la muerte”. Nada muy original, se objetará. En 1987, burlón y desengañado, Mustafá interpelaba a sus amigos: “Si conocés a alguien que quiera un CAP [Certificado de Aptitud Profesional], se lo doy. Tengo tres. De pintor, de albañil y de plomero. ¡No me sirven para nada!” Se acababan de cerrar las fábricas de tejas, las industrias mineras; se reestructuraba la fábrica química de Penaroya, las jabonerías, las aceiteras. La desocupación estallaba, de 3,9% en 1973 a 26% en 1999 –con picos de hasta el 40% en algunos barrios populares–, para volver a bajar en 2012 al 14,1% (3). A la “segunda generación” de inmigrantes le sucedió la segunda o tercera generación de desocupados. En Busserine, Benaziza Lahouaria está angustiada: “Mi marido es marmolero, diplomado, tiene experiencia; mi hijo tiene un título de bachiller profesional como agente de seguridad pública y privada, ni uno ni otro encuentran trabajo”. A pocos pasos de allí, con la gorra al revés sobre la cabeza, un joven de origen comorense estalla en una risa incierta: “A mis amigos los veo cuando van a fichar”.

Sin embargo, Marsella es una obra a cielo abierto. En 1995 fue lanzado el proyecto Euromediterráneo que pretendía fusionar, en veinte años, desarrollo económico y reorganización urbana. El intendente Jean-Claude Gaudin (Unión por un Movimiento Popular, UMP) renovó el centro de la ciudad, erigió torres de vidrio y de metal en la Joliette para convocar cuadros y crear empleos de alto valor agregado –para los cuales la inmensa mayoría de los jóvenes de los barrios no tiene ni la formación escolar, ni el nivel profesional adecuado–. A esto hay que agregar una gran renovación de la costanera y de la “city”, y –¡prioridad de prioridades!– el techo del estadio Vélodrome (273 millones de euros).

“A priori, hay laburo –constata el psiquiatra infantil Djamel Bouriche–, pero en las obras sólo hay personas llegadas del Este, nadie de los barrios. ¡Es lamentable, es un escándalo! Ikea se instaló en la zona de la Valentine y sólo tomó blancos, chicos de la Côte Rouge, ninguno de Saint-Marcel”. Franceses, pero que se llaman Mohamed o Brahim. “Decir que venís del barrio de los Cedros –suspira un joven– es peor que anunciar que venís del extranjero.”

Resultado: “Algunas familias sólo sobreviven –constata con furia contenida un educador especializado–. Antes se decía ‘Está difícil’ a partir del 15 del mes. Ahora es a partir del día 7. Ya no es una brecha, es un abismo el que separa los diversos estratos de la sociedad”.

Consecuencia, ya en 1987, se decía: “Ahora los jóvenes tienen otra mentalidad. Arrebatan las carteras de las viejas, arrancan las cadenas, rompen las farmacias, hacen cualquier cosa”. Un cuarto de siglo más tarde, nada nuevo bajo el sol. Ante la desesperación, sólo queda arreglárselas, todo el mundo lo sabe. Robos de autos, robos al voleo –llamados “robos express”–, robos de tarjetas por los “dabeurs” (4), lanzamiento de piedras y actitudes incivilizadas de los usuarios cada vez más jóvenes en el interior de los autobuses... Una violencia omnipresente, multiforme, plural, pero que es necesario también, sin caer en el relativismo... relativizar. “Como en cualquier parte, hay una pequeña minoría que jode la vida de los otros –comenta Lardillon–. Dicho esto, en tanto que trabajadores sociales, cuando vamos a los barrios, nunca nos sentimos inseguros.” En la Busserine, el franco-comorense Daouda Damanir matiza otro tanto: “Es difícil hablar del asunto porque todo esto para mí es banal. Robos al voleo existen. Yo los he visto. Pero decir que hay todo el tiempo, es un abuso. ¡No vivimos en una favela!”.

Jóvenes en peligro

Aunque son más repetitivos que graves, estos actos terminan desgastando a la población. En los últimos años, después de haber sido reducida, la policía de proximidad desapareció por completo.

De manera que... “Cuando éramos jóvenes, había pequeños robos. Hoy, pasan cosas más peligrosas y más graves.” “Cuando eran jóvenes”, Djamil se acercaba a sus amigas: “No le digas a nadie... ¡Mi her-

mano se droga!”. El “business” llegó en ese momento, de manera artesanal, individual, “cuestión de ganar algo de plata”. Con una tragedia, que pasó desapercibida, debido al cocktail heroína-sida: “La droga destruyó a esta juventud –gesticula Bouriche, mientras viejas imágenes bailan ante sus ojos–. Un período sombrío, como en los barrios negros e hispanos de Estados Unidos: perdí a la mitad de mis amigos”.

“En esa época, se hacía a escondidas –nos confiesan en Malpassé–. Hoy, es un tráfico a cielo abierto.” Los *dealers* de 18-20 años fueron reemplazados por niños, dirigidos por adultos, que son verdaderos empresarios. De allí “el baile de las Kalachnikovs” y los arreglos de cuentas entre “mafiosos de origen magrebí” que están a la orden del día –veintinueve muertos entre principios de 2011 y septiembre de 2012–. A pesar de la gravedad de los hechos, nos permitimos sonreír ante quienquiera que ose pretender que mafias y vandalismo no existieron nunca bajo el cielo azul marsellés. Sólo que hasta hoy no se etnicizaba el fenómeno (salvo, quizás, tratándose de los corsos, en un registro “folklórico”).

Aun cuando no implica más que a una franja ínfima, esta vida paralela tiene un impacto en la vida cotidiana de algunos barrios: el Clos la Rose, Font-Vert, la Visitation, la Castellane, Bassens, les Micocouliers, Malpassé. ¿La red? Una docena de personas, entre 13 y 25 años: los *choufs* (campanas), los que enganchan a los clientes, los que preparan la mercancía, los “*charbon-neurs*” (vendedores), instalados delante de los blocs, bajo el hueco de las escaleras. De allí que, siempre en Malpassé, “las idas y venidas de los habitantes y de los visitantes se vuelvan muy complicadas”, observa un residente. En este barrio enfrentado a un grave problema de deserción escolar, los niños están atrapados. “Todo empieza por ‘andá a comprar una latita y un sándwich’ para el que está vendiendo y después, poco a poco, sigue una forma de promoción social que los pibes no encuentran ni en la escuela, ni en la sociedad”.

A la mañana, en determinados lugares, como en Font-Vert, los “boss” contratan a los traficantes mal pagos que, “contrariamente a lo que se dice, ganan muy, muy poco”. En la Castellane resulta difícil circular para un desconocido sin que los muy jóvenes campanas le pidan explicar qué hace ahí. Como *habitués*, los clientes pasan tranquilamente. Gente común, todas las clases sociales y todos los colores de piel confundidos.

No debe subestimarse el problema bajo pretexto de que los medios de comunicación sacan provecho del mismo: los modos operativos se tornan cada vez más violentos. “Cuando pertenecen a una red, si no tienen un padre o un hermano particularmente respetados, o una familia muy piadosa, los chicos están atrapados. Sufren malos tratos corporales; al menor error, palos y encierro. La cosa puede ir incluso mucho más lejos.” ¿Jóvenes delincuentes? Jóvenes en peligro, sobre todo. Y cuando las familias tratan de resistir, “son agredidas; les saquean el departamento, les queman el auto... Resultado: todo el mundo se calla y soporta”. Otros



© Pascal Parrot / Sygma / Corbis / Latinstock

Islam. Marsella es la ciudad de Francia con mayor cantidad de musulmanes. Para 2016, está prevista la finalización de la principal mezquita del país, con capacidad para 7.000 personas.

cierran los ojos: entra dinero a la casa, alivian la indigencia. La pregunta es si son realmente poblaciones salvajes o grupos sociales abandonados.

Reconstruir más que edificios

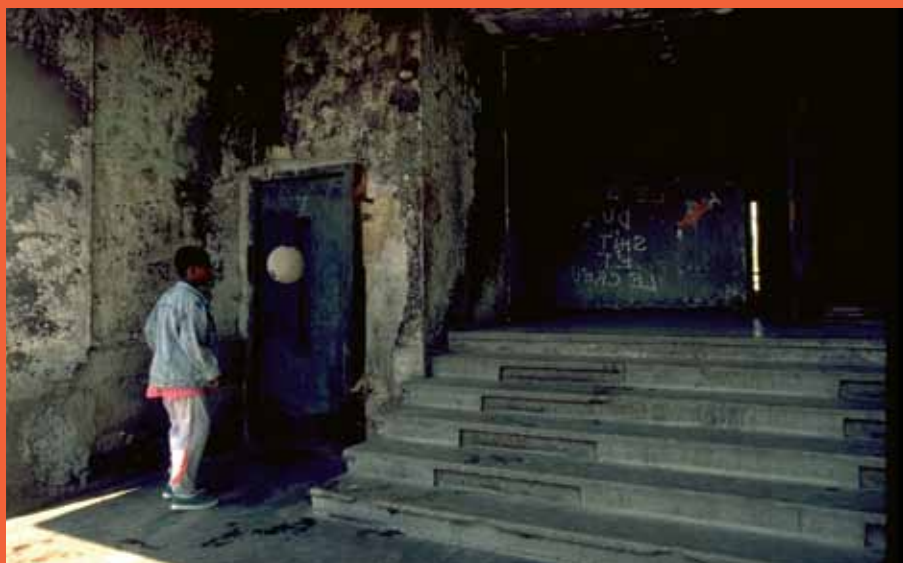
Y ya que hablamos de inseguridad... Los Flamants reclamaron durante quince años para que, por fin, el poder público se decidiera a instalar un semáforo en la vía de gran circulación que separa el barrio del modesto centro comercial vecino. “Hace algunos años una mujer murió atropellada cuando iba a la panadería –se indigna Hadda Berrebouh–. Los autos circulan a 200 kilómetros por hora, y casi todos los meses había un accidente.” A raíz de esto, el 24 de marzo de 2012, un pequeño grupo de gente contenta puede disfrutar del discurso del alcalde del sector, Garo Hovsepien (Partido Socialista), acompañado de un puñado de notables: “Queridos amigos... ¿La inauguración de un semáforo es acaso un acontecimiento excepcional? La respuesta es no. Pero en este caso se vuelve excepcional. Porque, desde hace años, no se tomó en cuenta lo que pedían los vecinos. Hoy, con mucha buena voluntad [sic], hemos logrado resolver este problema. Entonces yo, digo: hay que ser optimista, todos juntos, codo a codo”. Se acercaban las elecciones, claro está.

Desde hace treinta años, se están “rehabilitando”, cosa de nunca acabar, los reductos más deteriorados. Sin embargo... “El ascensor nunca anda –refunfuña el muy digno Lounes Agouminelcha, de 70 años–. Conozco una mujer discapacitada, con una niña de 8 años que tienen que subir regularmente dieciocho pisos a pie. No somos perros, no es normal. El propietario sólo se preocupa por el alquiler.”

Esta vez, sin embargo, prometido, “la mano viene en serio”. Iniciada en 2006, en el marco del Gran→

Cultura mediterránea

A lo largo de 2013, Marsella fue la Capital Europea de la Cultura, un lema lanzado en 1985 para promover las ideas europeas a través de la cultura pero que también busca renovar la imagen de una ciudad y fortalecer un polo regional. En ese contexto la ciudad recibió 2 millones más de turistas que el año anterior e inauguró el Museo de las Civilizaciones de Europa y del Mediterráneo.



Juventud en peligro. La ausencia de porvenir lleva a muchos jóvenes tentados por el dinero fácil a caer en manos de redes mafiosas y de narcotraficantes, en las que quedan atrapados.

5 millones de musulmanes

El islam es hoy la segunda religión en Francia, creando una legítima necesidad de lugares de oración.

→ Proyecto de Ciudad (GPV, en francés) que se extiende sobre un territorio en el que viven 210.000 habitantes, la más vasta de las reestructuraciones comprende seis barrios (5). Se demuele, se reconstruye, se abren nuevas vías “para hacer ingresar la ciudad en los barrios [particularmente, en caso de hipotéticas revueltas, las fuerzas policiales] y los barrios en la ciudad”.

Sin discutir la necesidad de esta obra, Lardillon expone ciertas inquietudes: “La promesa es que por cada vivienda destruida, otra será construida. ¡Pero no necesariamente en el mismo lugar! Los alquileres, teóricamente, no deberían aumentar. Pero los más pobres seguramente no podrán quedarse”. Por otra parte, los primeros interesados expresan una evidente frustración: “Quisiéramos un mínimo de concertación, pero los proyectos ya vienen acordados”.

Un detalle: en los llamados alicitación para la atribución de estas obras, existe una cláusula de inserción; el 5% de las horas trabajadas debe ser reservado a los jóvenes del barrio de que se trate. En los Flamants, Mostefaoui no oculta su disgusto: “Las empresas nos dicen: ‘No los tomamos en el barrio, los reclutamos en otra parte, esto los obliga a salir’. ¡Como si nuestros muchachos fueran a bajar en pijama, con su medialuna y un café, para ir a trabajar!”. Argumentos ridículos que ofrecen a gente cansada de luchar, pero no por ello tontos. Los capos del BTP (edificios y trabajos públicos) cobran subvenciones del Estado y, burlando la ley, van a la Porte d’Aix o a otros lados a reclutar trabajadores clandestinos, que trabajan a voluntad y no pagan cargas.

Según la opinión general, reacondicionar los edificios no servirá de nada si no hay progresos en el empleo, la educación, la salud, los servicios públicos; todo lo que hace al fundamento de la cohesión social.

¿La escuela? “Chicos que vienen del mismo barrio, que se conocen, que viven todo el día juntos y que van a la misma clase, donde son 32: ¿cómo quiere usted que haga un profesor, que ya ni siquiera va al IUFN [Instituto Universitario de Formación de Maestros de Escuela], que tiene 21 años! ¡Es mandarlo al matadero!”, afirma fulminante nuestro educador. A los padres, que se encuentran a su vez en situación precaria, les cuesta transmitir su convicción respecto de la utilidad de la enseñanza. “Son muy sensibles a la cuestión escolar y al éxito de sus hijos; no son en absoluto derrotistas o invisibles –precisa Berriche–. Se trata simplemente de gente en dificultad.”

En los colegios vetustos, los profesores, desamparados, cambian todos los años. Los liceos, como Diderot –2.000 alumnos y 250 docentes– o Saint- Exupéry, están también expuestos a la eliminación de cargos, al avance del empleo precario, la degradación de las instalaciones... los tiempos que corren. “Los últimos años las relaciones con los alumnos se tensaron mucho –asegura Cathy Bourgoin, profesora en Diderot–. Nos critican porque somos mujeres; las relaciones entre los sexos se degradaron notablemente.” Abordar cuestiones como la religión o el aborto se vuelve delicado. Nordine Hossine, que proviene del barrio “sensible” de la Calade, y es profesor de Letras e Historia en la sección de Enseñanza Profesional, se rebela: “¿Pero de dónde salió su imam? ¡Nunca oí hablar de eso!”.

Repliegue sobre la fe

Fue de Marsella que partió La Marcha por la Igualdad de 1983. La “segunda generación”, sentimentalmente ligada al país de origen, pero muy “libertad, igualdad, fraternidad”, era un hervidero: militancia asociativa, lucha antirracista, reivindicaciones sociales... Sin renegar de sus padres, que traían del pueblo su cultura, algunos grupos de mujeres jóvenes quisieron emanciparse. En ese entonces, Zohra no dudaba en confesar: “Preparamos todo en la cocina mientras los hombres hablan... ¿Y a la tarde? Nosotras en una pieza, los hombres en otra. ¿Por qué no nos ponemos el chador, ya que estamos?”.

De esta generación, muchos emergieron gracias a su coraje y a su talento. Aquellos de los que se habla demasiado, para esconder la miseria de los otros, o aquellos de los que no se habla nunca, so pretexto... de que se habla demasiado. Podrían multiplicarse los nombres y las funciones: Samia Ghali, alcalde de los distritos 15 y 16 de Marsella, senadora de Bouches-du-Rhône; Karim Zéribi, presidente del Consejo de Administración de la Dirección de los Transportes de Marsella (RTM, en francés); Karima Berriche, Yamina Benchenni y muchas otras, responsables de centros sociales. Qué orgullo en la voz de Agouminelcha, cuando confía: “Tengo una hija que trabaja con un médico, otra en el Consejo Jurídico, otra es oficial de policía en Clermont-Ferrand; tengo también un hijo varón en la Marina Nacional. Y me ocupo de mis nietos como me ocupé de mis hijos, ¡Inch Allah!”.



Merguez. La cocina magrebi integra el paisaje culinario.

Pero muchos, demasiados quedaron al borde del camino, teniendo que soportar la discriminación y, al mismo tiempo, ser fieles. A tal punto se los ha remitido a sí mismos –“árabes-musulmanes”– que algunos han terminado por decir: “Yo soy ‘eso’; ya que me rechazan, voy a afirmarme”. Para no solucionar nada, surgieron hogares de integrismo. Aquí, allá, en Malpassé, “tenemos un lugar de oración muy, muy radical; hay un lavado de cerebro en los jóvenes, se siente una presión enorme sobre el barrio”. Aquí, como en otras partes, en Malpassé, se inquieta Chabani, “se ven aparecer una cantidad de prácticas ‘folklorizantes’ del islam, con personas, en particular mujeres, que dan la impresión de disfrazarse, que llevan vestimentas que no están ligadas ni a su historia migratoria ni a su historia familiar, y que reducen la práctica religiosa a prohibiciones alimentarias o vestimentarias absurdas”.

Hay por tanto un repliegue sobre la fe. Sin embargo, pretender que se trata de un maremoto equivale a una manipulación. Muy republicana, la inmensa mayoría practica –cuando lo practica– un islam tradicional. Y las relaciones serían más tranquilas si la construcción de la Gran Mezquita de Marsella no se remitiera permanentemente a las calendas griegas, si el gobierno de Sarkozy no hubiera humillado a esos franceses con debates ineptos sobre la “identidad nacional” y si nos acordáramos de que cuando los tiradores argelinos liberaron Marsella nadie se preocupó por saber si comían *halal*. “En nuestro barrio –observa Moustefaoui– tenemos mujeres con velo que dan cursos a los niños; ¡no cursos de árabe, de francés! Mejoran su nivel. Se las ha tratado de integristas... No tenemos fanáticos aquí.”

caldías, etc. ¿Impartir educación popular? Además, habría que tener tiempo: en una coyuntura general donde el dinero escasea y donde, para obtener las subvenciones de unos hay que habérselas quitado a otros, en fin, una verdadera carrera de obstáculos. “Pasas más tiempo llenando el papelerío y pidiendo subvenciones que trabajando realmente.”

Y, sin embargo... Esta tarde de marzo, se prende la luz en la sala llena del Teatro del Merlan, prestigioso escenario nacional avalado por el Ministerio de Cultura. En el marco del “Cine de al lado”, iniciativa mensual lanzada en sociedad con el Agora –la Busserine se encuentra justo en frente, del otro lado de una ruta– y otras asociaciones, termina la proyección de *Detroit, ciudad salvaje* (6). Un documental sobre esta ciudad estadounidense, antiguamente cuna de la industria nacional que, alcanzada por la desindustrialización, pasó de la prosperidad a la pesadilla de la crisis (7).

El primero en tomar la palabra, una vez lanzado el debate, es un joven de origen africano: “No quisiera ofender, pero ¿por qué vimos este film? Todo el tiempo se busca el lado podrido de la manzana, los edificios destruidos y eso... Vine contento, me voy deprimido”. Un estallido de risa general saluda la intervención. La velada reúne a los vecinos del barrio, particularmente a los jóvenes, chicas y chicos, pero también otros marseleses venidos de los cuatro puntos de la ciudad. En una perfecta diversidad social, cada uno toma la palabra y se habla de todo: de la droga, del crack, de la música hip-hop, del capitalismo, de las fábricas cerradas, de las empresas deslocalizadas... Un intercambio de tal riqueza que al final de una de estas sesiones, unos

Estigmas hereditarios

El sociólogo Robert Castel sostiene que las expresiones “inmigrantes de la segunda generación” o “de la tercera generación” resultan cuanto menos curiosas, para no decir abiertamente racistas, ya que naturalizan y transmiten rasgos culturales a la descendencia, convertidos en estigmas hereditarios que se adhieren a la piel.

“Algunas familias sólo sobreviven. Ya no es una brecha, es un abismo el que separa los diversos estratos de la sociedad.”

En el Agora, Berriche reflexiona: “¿Por qué este crecimiento del islamismo? Porque hubo ausencias, en particular entre los trabajadores sociales. No fuimos los suficientes a trabajar en la educación popular, tanto para niñas como para varones. ¿Pero dónde estaban la izquierda y la extrema izquierda?”. De una generación a otra la transmisión política se interrumpió.

Fisuras en la estructura social

Mientras que toda la antigua estructura social se resquebraja, los centros sociales y las asociaciones no dejan de luchar valientemente. Aun cuando, unos y otras, antaño animados por militantes libres, a menudo benévolo, caídos bajo la órbita de la política de la ciudad y de su ministerio, se hayan institucionalizado. “Ligados a los poderes públicos –explica Koulberg–, ya no pueden tener la misma fuerza de proposición, de reacción y sobre todo de confrontación que antes.”

Su financiamiento proviene de los ministerios, del Consejo General, del Consejo Regional, de las al-

marseleses que viven en el centro tomaron a Koulberg por el brazo: “Es increíble, se expresan normalmente, hablan de los problemas de todo el mundo. ¡No pensábamos que fueran como nosotros!”. ■

1. Todas las citas que se refieren a los años 80 fueron extraídas de la obra del autor, *Les Cités interdites. Marseille : filles et fils de l'immigration au quotidien*, Encre, París, 1987.

2. Barrios de viviendas provisionarias, a la espera de la atribución de viviendas del tipo HLM.

3. Françoise Lorcerie y Vincent Geisser, “Les Marseillais musulmans”, Open Society Foundations, Nueva York, 2011; y, para 2012, www.linternaute.com/ville/ville/accueil/154/marseille.shtml

4. Por los distribuidores automáticos de billetes (DAB).

5. La cañada de Malpassé y los Cedros; Saint-Paul; Flamants-Iris; Saint-Barthélemy III-Busserine - Picon; Sainte-Marthe.

6. *Detroit, ville sauvage*, de Florent Tillon, Ego Productions, París, 2010.

7. Véase Allan Popelard y Paul Vannier, “Detroit, la ciudad que se encoge”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2010.

*Periodista.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

El (no) voto de la antipolítica

Dos fenómenos dominan el actual escenario electoral francés. Por un lado, el avance de la extrema derecha, representada por el Frente Nacional (FN). Por otro, las tasas récord de abstención, que crecen sistemáticamente desde hace treinta años.

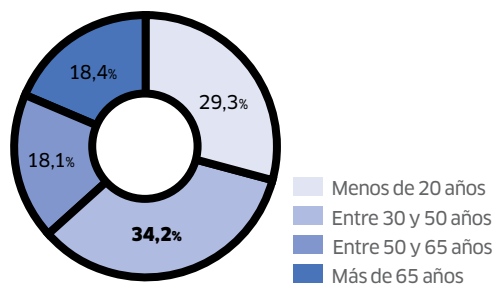
Extraños resultados

La crisis en la participación electoral desvirtúa resultados al generar la sobrerrepresentación de ciertos sectores de la población (por lo general, los menos afectados por la precariedad laboral), no representativos del conjunto. En las elecciones municipales de marzo de 2014, en Bobigny, feudo histórico del Partido Comunista, el nuevo alcalde de centro-derecha fue elegido por sólo el 12,3% de los residentes.

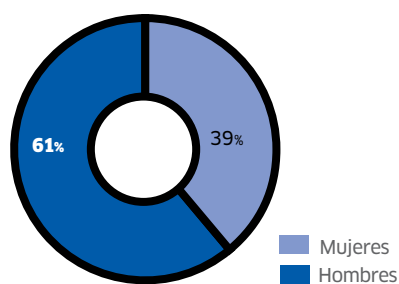
Afiliados al Frente Nacional

(en porcentaje, 2013)

Edad



Sexo

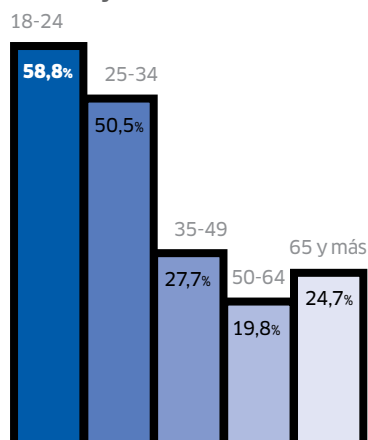


Fuente: Nicolas Lebourg, en "Le Front National expliqué à mon père", número especial de *Charlie Hebdo*, París, enero de 2014.

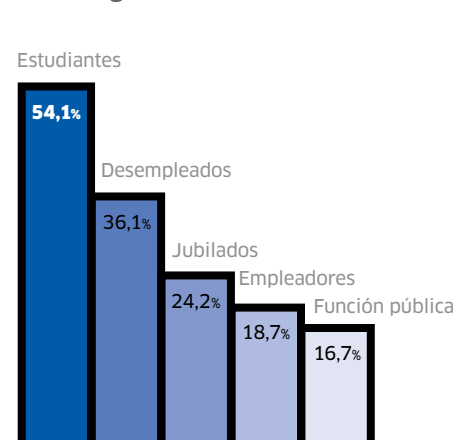
Cada vez menos votantes

(tasa de abstención en las elecciones municipales francesas de 2008, en porcentaje)

Por franjas etarias



Por categorías sociales

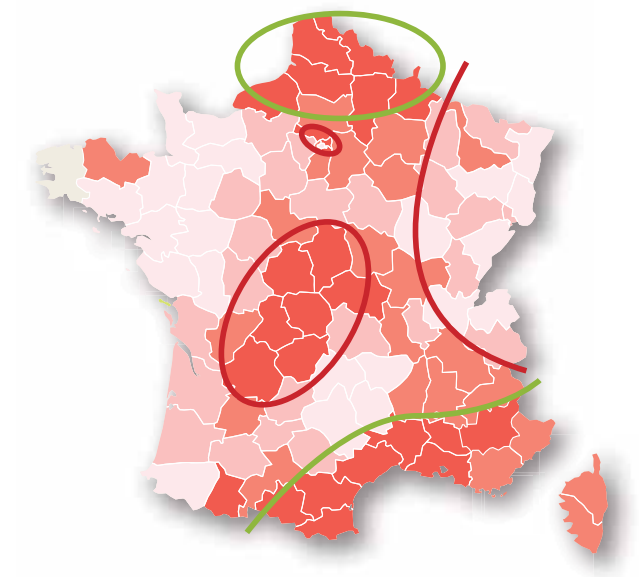


Fuente: Institut National de la Statistique et des Etudes Economiques (INSEE), París, 2008.

De un extremo a otro

Zonas de fuerza comunistas

Voto para Georges Marchais en primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1981



en % de los inscriptos

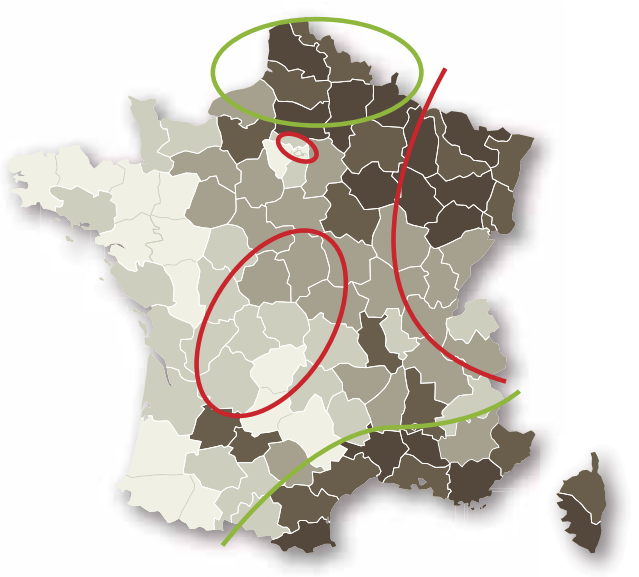
4,5	11,5	14,5	19	27,5
-----	------	------	----	------

- Convergencia entre los votos PC y FN
- Divergencia entre los votos PC y FN

Fuente: Centro de Datos Socio-Políticos de Sciences-Po: www.cdsp.science-po.fr

Zonas de fuerza frentistas

Voto para Marine Le Pen en primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2012



en % de votos expresados

6	15	18	21	24	27
---	----	----	----	----	----

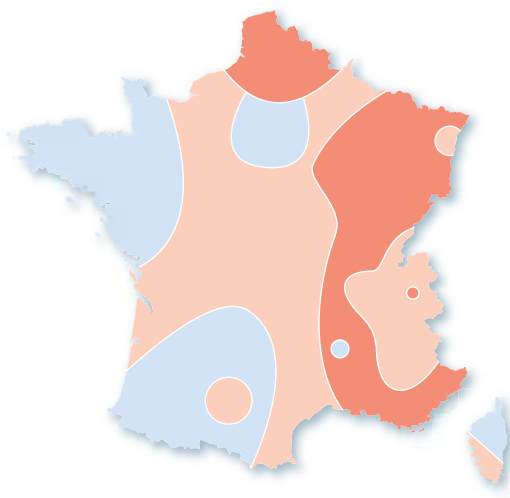
- Convergencia entre los votos PC y FN
- Divergencia entre los votos PC y FN

Fuente: Ministerio del Interior de Francia.

Propensión a votar al FN

Voto de los obreros

para Marine Le Pen en 2012

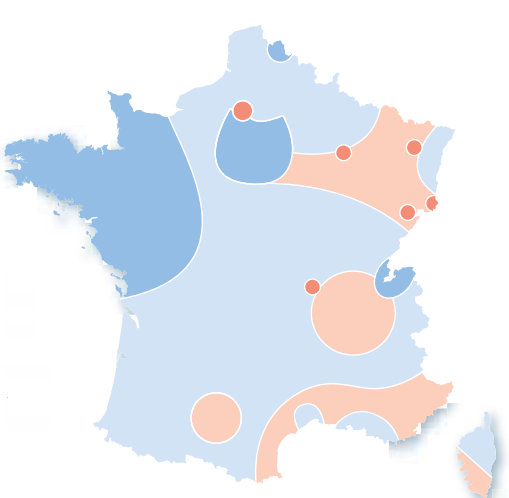


Mucho más Más Menos ...que el promedio

Lectura: en una amplia zona al este, el voto de los obreros para el FN es mucho más alto que el voto promedio para el FN en el conjunto del territorio.

Voto de los ejecutivos

para Marine Le Pen en 2012



Mucho más Más Menos Mucho menos ...que el promedio

Según cálculos de Joël Gombin



3

Francia hacia afuera

UNA BRÚJULA PARA EL NUEVO MUNDO

La agresividad de la actual política exterior de Francia es un reflejo de las mutaciones que vivió el país en las últimas décadas. Tras sus derrotas coloniales, se enfrentó a Estados Unidos en la búsqueda de un orden internacional más equilibrado. Hoy, acosada por el crecimiento de las potencias emergentes en su antiguo patio trasero, regresa al redil atlántico y se subordina a la “guerra contra el terrorismo”, al tiempo que busca apagar los incendios que atizó en África a lo largo del siglo XX.



De espaldas al futuro

El regreso al redil atlántico

por Régis Debray*

A fines de 2012, Hubert Védrine, ex ministro de Relaciones Exteriores francés, presentó al presidente Hollande un informe sobre “las consecuencias del retorno de Francia a la OTAN”. En esta carta abierta, el filósofo Régis Debray rechaza su posición y ensaya una opinión sobre el actual lugar de Francia en el mundo.

Querido Hubert, Las opiniones emitidas por un “gaullista-mitterrandista” –audaz oxímoron– conocido por su capacidad para desinflar globos tienen mucho peso. Como lo demuestra tu informe sobre el regreso de Francia a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que te había encargado en 2012 el presidente François Hollande, confiando –quién no lo haría– en tu conocimiento y experiencia. Al ser el ruido mediático inversamente proporcional a la importancia del tema, no debe sorprender la relativa discreción que lo rodeó. Los problemas de defensa no movilizan demasiado a la opinión pública, y el lugar de Francia en el mundo no podría causar tanto alboroto como Baby y Népal, las elefantas tuberculosas del zoológico de Lyon. Excepto cuando una batalla de Austerlitz nos llena de orgullo, como sucedió recientemente con esa heroica avanzada en el desierto maliense que, sin muertos ni disparos, hizo retroceder en la montaña a bandas errantes de yihadistas odiosos.

Este informe me enseñó mucho, al mismo tiempo que me dejó perplejo. Eximís indirectamente de responsabilidad a Nicolas Sarkozy, con una suerte de *sí pero*, por haber regresado al redil atlántico. Reincorporación que en su momento no hubieras aprobado, pero que sería más difícil cuestionar que ratificar. En la Unión Europea, nadie nos seguiría. A Francia sólo le quedaría retomar firmemente la iniciativa, de lo contrario tendría lugar una “normalización y banalización” del país. Esto me incita a continuar contigo un diálogo ininterrumpido

desde mayo de 1981, cuando nos encontrábamos en el Elíseo en dos oficinas vecinas y afortunadamente comunicadas (1).

El sistema piramidal se habría vuelto un foro que ya no compromete demasiado, un campo de maniobras donde cada miembro tiene su oportunidad, con tal que sepa hablar fuerte. En síntesis, esta OTAN debilitada ya no merecería el oprobio de antaño. A la distancia, la consideraba más floreciente que eso. Considerablemente ampliada. Doce países en 1949, veintiocho en 2013 (con 910 millones de habitantes). El pastor duplicó su rebaño. La Alianza era atlántica, hoy se la encuentra en Irak, en el Golfo, en las costas de Somalia, en Asia Central, en Libia (donde se hizo cargo de los ataques aéreos). Militar al principio, se volvió político-militar. Era defensiva, hoy carece de enemigo pero está a la ofensiva. Es el nuevo *benign neglect* de Estados Unidos que, desde tu punto de vista, habría modificado la situación. Washington cambió de rumbo, hacia el Pacífico, con Pekín y no Moscú como adversario-aliado. Cambio de itinerario general. De ahí los juegos escénicos a la Marivaux: X ama a Y que ama a Z. Europa enamorada fija su mirada en el estadounidense que, fascinado, gira la suya hacia Asia.

El Viejo Continente parece tonto, pero el cornudo no se preocupa demasiado. Sólo reclama algunas atenciones. Nosotros, franceses, deberíamos conformarnos con algunos puestos honoríficos o técnicos en los Estados Mayores, en Norfolk (Estados Unidos), en Mons (Bélgica), promesas vagas →

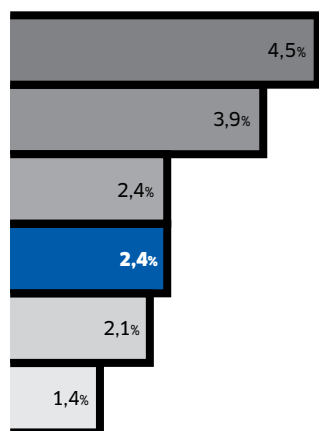




Kosovo. Desde 1999 hasta 2014, un numeroso contingente de soldados franceses integró la KFOR, las fuerzas de la OTAN para el mantenimiento de la paz y el orden en Kosovo.

Gasto militar

(en porcentaje del PIB, promedio anual 2009-2013)



Estados Unidos
Rusia
Gran Bretaña
Francia
China
Alemania

→ de contratos para nuestra industria, y algunos cientos de funcionarios en oficinas, reuniones e innumerables fiestas.

El dolor de ya no ser

La relación transatlántica tiene su dinámica. Es evidente el relativo ocaso de la potencia estadounidense en el sistema internacional, pero el nuestro parece haberse producido aun más rápido. ¿La OTAN ya no es lo que era en 1966 (2)? Tal vez, pero Francia tampoco.

Nuestros compatriotas ya son lo suficientemente pesimistas como para evitarles la crueldad de un antes y un después en términos de potencia, influencia internacional y aires de independencia (“independencia”, el *leitmotiv* de ayer, fue reemplazado hoy por “democracia”). Empleo, servicios públicos, ejército, industria, francofonía, índice de traducciones, grandes proyectos: las cifras son conocidas, pero pasemos. En tamaño y en volumen, la relación sigue siendo la que era: de uno a cinco. En términos de energía y vitalidad, se volvió de uno a diez.

Estados Unidos: una nación convencida de su excepcionalidad donde la bandera de estrellas se iza cada mañana en las escuelas y se pasea en pines en la solapa de los sacos, y cuyo Presidente proclama alto y fuerte que su único objetivo es restablecer el liderazgo mundial de su país. “Incentivada” por la revolución informática que lleva sus colores y habla su idioma, en el centro, gracias a sus empresas, del nuevo ecosistema digital, lejos está de conformarse. Sin duda, con sus latinos y sus asiáticos, se puede hablar de un país post-europeo en un mundo post-occidental, pero si bien ya no está solo, con la mitad de los gastos

militares del mundo, puede mantener la cabeza en alto. E implementar su nueva doctrina: *Leading from behind* (dirigir sin mostrarse).

Francia: una nación normalizada y enojada, cuyos bellos frontones –Estado, República, Justicia, Ejército, Universidad, Escuela– han sido vaciados por dentro como esos nobles edificios deteriorados que sólo conservan su fachada. Donde la desregulación liberal socavó las bases de la potencia pública que conformaba nuestra fuerza. Donde el Presidente debe desenrollar la alfombra roja ante el director ejecutivo de Google, actor privado que antes habría sido recibido por un secretario de Estado. Pasmosa *diminutio capitis* (3). Hemos salvado a nuestro cine, afortunadamente, pero el resto, los derechos soberanos...

El francés de 1963 (4), si era de izquierda, confiaba en un futuro promisorio; y si era de derecha, tenía razones para creerse el eje de la construcción europea, con el agregado de las casas de la cultura y la bomba termonuclear. El de 2013 no cree en nada ni nadie, se arrepiente y teme tanto a su vecino como a sí mismo. Su futuro lo angustia, su pasado lo avergüenza. ¿Es triste el francés medio? Es su resiliencia lo que debería asombrar. La ausencia de suicidio colectivo: un milagro.

¿Conservar una capacidad propia de reflexión y previsión? Indispensable, en efecto. Cuando nuestro ministro de Defensa, para explicar la intervención en Malí, invoca la “lucha contra el terrorismo internacional”, absurdo que ya ni siquiera está vigente del otro lado del Atlántico, debe constatarse un estado de fagocitosis avanzada, aunque tardío. Colocar en la misma bolsa de “terrorismo” (un modo de acción universal) a los salafistas wahabitas que perseguimos en Malí, cortejamos en Arabia Saudita y socorremos en Siria lleva a preguntarse si a fuerza de ser interoperable, uno no se vuelve interimbécil.

El desafío que propones –actuar desde el interior– exige capacidad y voluntad.

1. Para mostrar “exigencia, vigilancia e influencia”, se necesitan medios financieros y *think tanks* competitivos. Se necesitan sobre todo mentes originales, con fuentes de inspiración y lugares de encuentro que no sean el Center for Strategic and International Studies (CSIS) de Washington o el International Institute for Strategic Studies (IISS) de Londres. ¿Dónde están los equivalentes a los artífices de la estrategia nuclear francesa, los generales Charles Ailleret, André Beaufre, Pierre Marie Gallois o Lucien Poirier? A estos estrategas independientes, si existen, les cuesta aparentemente darse a conocer.

2. Se necesita voluntad. Ésta a veces puede sacar partido de la indiferencia general, que no sólo tiene aristas negativas. Permitió a Pierre Mendès-France, en 1954, y a sus sucesores lanzar y fabricar secretamente una fuerza de ataque nuclear. Ahora bien, la actual democracia de opinión lleva en primera línea, tanto a la izquierda como a la derecha, a hombres-barómetros más sensibles que la media a las presiones atmosféricas. Se gobierna a la marchanta, con la úl-

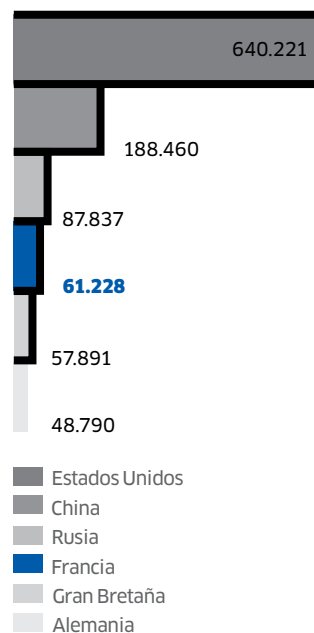
tima encuesta como brújula y el rumbo puesto en las elecciones cantonales. Pelearse en la arena con miserables aislados y desprovistos de Estado-santuario, con un baño de multitud a la postre, todos nuestros presidentes, después de Georges Pompidou, se regalaron una cabalgata fantástica de este tipo (suba de la popularidad garantizada). Enfrentar en cambio a la primera potencia económica, financiera, militar y mediática del mundo significaría tomar el toro por las astas, lo que no está dentro de las costumbres de la casa. La creencia en el derecho y en la bondad de los hombres no conduce a la *virtu*, sino que desemboca con frecuencia en la obediencia a la ley del más fuerte. El socialista de 2013 toma contacto con el Departamento de Estado tan espontáneamente como en 1936 lo hacía con el Foreign Office. Las costumbres perduran. WikiLeaks nos enseñó que poco después de la segunda guerra de Irak, el [ex] ministro de Economía y Finanzas Pierre Moscovici, encargado entonces de las relaciones internacionales del Partido Socialista (PS), fue a tranquilizar a los representantes de la OTAN respecto de los buenos sentimientos de su partido hacia Estados Unidos, prometiendo que si ganaba las elecciones, no se conduciría como un Jacques Chirac. Michel Rocard ya había manifestado ante el embajador estadounidense en París, el 24 de octubre de 2005, su cólera contra el discurso del

comunicación masivos. El sobresalto que preconizás exigiría una conexión de los aparatos de Estado y las costumbres, con salida del clóset, de los malpensantes, que serán acusados de locos o traidores (los nuevos perros guardianes están mejor integrados que los antiguos). Choca con el “pasar entre las gotas de lluvia” que es ley en un medio donde todo “no estadounidense” es bautizado antiestadounidense. Más aun cuando “los estadounidenses consideran un insulto que no aceptemos ser sus satélites” (De Gaulle, nuevamente). Sobre todo cuando la relación de fuerzas se pierde en la distensión, el nombre de pila, el tuteo y las palmadas en la espalda.

“¿Clarificar –decís– nuestra concepción de la Alianza?” Sí, lo que se concibe bien se enuncia claramente. Hablás claro, con hechos y cifras. Pero es el lenguaje diplomático el que impera, melaza de eufemismos en los que nos enredan las tecnoestructuras atlántica y bruselese, con sus supuestos expertos. Hablamos por ejemplo de mando integrado, cuando es el líder el que integra a los demás, pero conserva a su vez su libertad plena y total. La integración nada tiene de recíproca. Así, Estados Unidos tiene derecho a espiar (sobornar, interceptar, escuchar, desinformar) a sus aliados, quienes, en cambio, lo tienen prohibido; sus soldados y sus oficiales no tienen que rendir cuentas ante la justicia internacional, de la cual sólo sus alia-

Gasto militar

(en millones de dólares corrientes, 2013)



“Influir significa tener peso en una decisión. ¿Cuándo los franceses tuvimos peso en una decisión estadounidense?”

[entonces] primer ministro Dominique de Villepin en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), precisando que de haber sido Presidente, habría permanecido callado (5). Pedirle a la ex “izquierda estadounidense” rebelarse es una apuesta arriesgada. Napoleón en 1813 no les pidió a sus sajones que regresaran a sus puestos bajo la metralla (6).

Recuperar los valores

En el ADN de nuestros amigos socialistas hay un gen colonial y un gen atlantista. Nadie es perfecto. Se puede escapar a la genética, por supuesto, ¿pero a su generación? Se tienen los valores de sus desafíos. François Mitterrand y Gaston Defferre, Pierre Joxe y Jean-Pierre Chevènement tenían la experiencia de la guerra, de la Resistencia, de Argelia. El AMGOT (7), Robert Murphy (8) en Vichy y las zancadillas de Franklin Delano Roosevelt aún flotaban en las cabezas, junto al Desembarco y los Libertadores de 1944. La generación actual tiene poca memoria y nunca recibió golpes en la cara. Crecida en una burbuja, no transgrede los límites. Y padece la obligación de ser simpática. Los exitosos nunca son simpáticos. Cada vez que Francia fue “la fastidiosa del mundo”, se puso en su contra a todo lo que hay de importante en ella, grandes patrones, grandes estamentos y medios de

dos serán pasibles; y nuestras compañías aéreas están obligadas a brindar todo tipo de información sobre sus pasajeros a autoridades estadounidenses que considerarían la reciprocidad insostenible.

Así, cada estereotipo debe traducirse. “Aportar su contribución al esfuerzo conjunto”: proveer las fuerzas complementarias requeridas en escenarios elegidos por otros. “Suprimir la duplicación inútil en los programas de equipamiento”: europeos, compren nuestras armas y nuestros equipos y no desarrollen los suyos. Somos nosotros los que fijamos los estándares. “Compartir mejor la carga”: financiar sistemas de comunicación y control concebidos y fabricados por la metrópoli. “La Unión Europea, ese aliado estratégico que ocupa un lugar único a los ojos de la administración estadounidense” –siempre y cuando la hipopotencia europea no sea un aliado, sino un cliente y un instrumento de la hiperpotencia–. Sólo hay una y no dos cadenas de mando en la OTAN. El comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa es estadounidense, y estadounidense es la presidenta del grupo de reflexión encargado de la prospectiva (Madeleine Albright, ex secretaria de Estado).

Esta neolengua pegajosa es indigna de una diplomacia francesa que, de Chateaubriand a Romain Gary, rindió culto a la palabra justa y al gusto por →

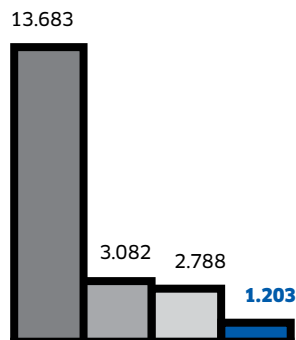
Bases en el mundo

A principios de 2014, Francia contaba con 11.600 efectivos en nueve bases permanentes alrededor del mundo, cuatro fuera de su territorio. La más importante, con unos 2.000 efectivos, se encuentra en Djibouti. En 2009, inauguró una base en los Emiratos Árabes Unidos, con cerca de 750 efectivos.

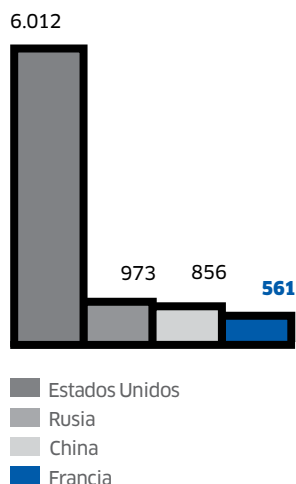
Fuerza bélica

(2014)

Aviones



Helicópteros



Nueva guerra antiterrorista

El 19 de septiembre de 2014 Francia entró en guerra con el autoproclamado Estado Islámico (EI) al bombardear objetivos de este grupo en la región de Mosul, en Irak. Francia se sumó así a la coalición liderada por Estados Unidos que pocos días después bombardeó objetivos en Siria. La respuesta de EI fue un llamado a asesinar ciudadanos franceses.

→ la literatura, que es el arte de llamar gato a un gato. El primer momento de una acción externa es la palabra. La expresión que despierta. La palabra cruda. De Gaulle y Mitterrand las practicaban alegremente. Conociste al segundo de cerca. Y el primero, en privado y a partir de 1965 en público, calificaba a la OTAN de protectorado, hegemonía, tutela, subordinación. “Aliado, no alineado” significa ante todo: recuperar su idioma, sus huellas y sus valores. “Seguridad” unido a “defensa”, fetichismo tecnológico y aspiración a dominar el mundo (de matriz teológica) desentonan con nuestra personalidad laica y republicana. ¿Por qué la izquierda en el gobierno debería pues ratificar lo que condenó en la oposición?

En lo que a mí respecta, me remito a la apreciación de Gabriel Robin, embajador de Francia, representante permanente ante la OTAN y el Consejo Atlántico entre 1987 y 1993. Lo cito: “La OTAN contamina el paisaje internacional en todas sus dimensiones. Dificulta la construcción de Europa. Dificulta las relaciones con la OSCE [Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa] (pero eso no es lo más importante). Dificulta las relaciones con Rusia, lo que no es insignificante. Dificulta incluso el funcionamiento del sistema internacional porque, al ser incapaz de firmar una convención renunciando al derecho de utilizar la fuerza, la OTAN no se ajusta al derecho internacional. El no-recurso a la fuerza es imposible para la OTAN porque fue precisamente concebida para recurrir a la fuerza cuando le parezca conveniente. De hecho, no se privó de hacerlo, sin consultar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En consecuencia, no veo muy bien qué puede esperar un país como Francia de la OTAN, una organización inútil y perjudicial, que no sea que desaparezca” (9).

Inútil, porque es anacrónica. En momentos en que cada gran país juega su propio juego (tal como se observa en las conferencias sobre el clima, por ejemplo), en que se afirman y exasperan orgullos religiosos e identidades culturales, alistarse no equivale a construir el futuro. El orden del día incluye coaliciones *ad hoc*, cooperaciones bilaterales, acuerdos prácticos, y no un mundo dicromático y maniqueo. La OTAN es una sobreviviente de una era pasada. Las guerras clásicas entre Estados tienden a desaparecer en beneficio de conflictos no convencionales, sin declaraciones de guerra ni líneas de frente. En momentos en que las potencias del Sur se liberan de la hegemonía intelectual y estratégica del Norte (Brasil, Sudáfrica, Argentina, China, India), le damos la espalda a la evolución del mundo.

¿Por qué nociva? Porque es desresponsabilizante y anestesiante. Tres veces perjudicial. Para la ONU primero, y para el respeto del derecho internacional, porque la OTAN se desvía en su beneficio, o elude e ignora las resoluciones del Consejo de Seguridad. Perjudicial para Francia, luego, cuyas ventajas comparativas adquiridas con mucho sacrificio tiende a anular, incitándola a hacer suyos mediante toda

clase de automatismos enemigos que no son los nuestros, disminuyendo nuestra libertad de hablar directamente con todos, sin un veto exterior, arruinando su capital de simpatía frente a numerosos países del Sur. Estamos orgullosos de haber obtenido complacientes declaraciones sobre el mantenimiento de la disuasión nuclear junto con la defensa antimisiles balísticos, cuyo despliegue, en realidad, no puede sino marginar a término la disuasión del débil al fuerte, cuyas herramientas y conocimiento tenemos. Pero quizás nos convenzan de que en París, Londres y Berlín vivimos bajo la terrible amenaza de Irán y Corea del Norte...

Perjudicial, por último, para cualquier proyecto de Europa-potencia, a la que la OTAN condena al adiós a las armas, la disminución de los presupuestos de defensa y el estrechamiento de los horizontes. Si Europa quiere tener un destino, deberá tomar un camino diferente del que la fija a su estatuto de *dominion* (el Estado independiente cuyas política exterior y defensa dependen de una capital extranjera). Se entiende que ello sea un bien para la Europa Central y balcánica (nuestra América del Este), ya que de dos hermanos mayores es preferible el más lejano, y no quedarse solo frente a Rusia. ¿Por qué olvidar que todo Estado tiene la política de su geografía y que nosotros no tenemos la misma que la de nuestros amigos?

El mito de la “familia occidental”

Volver al redil para viabilizar una defensa europea, el gran pensamiento del reinado anterior, refleja una curiosa inclinación por los círculos cuadrados. Nueve de cada diez europeos tienen como estrategia la ausencia de estrategia. Ya no hay dinero y ya no quieren jugarse el pellejo (ya hicieron lo suyo). De ahí el engaño de un “pilar europeo” o de un “Estado Mayor europeo en el seno de la OTAN”. El único Estado apto para acuerdos de defensa consecuentes con Francia, el Reino Unido, los condiciona a su aprobación por Washington. Acaba además de abandonar el portaa-viones común. La Alianza Atlántica no suple la debilidad de la Unión Europea (su “política de seguridad y de defensa común”); la alimenta y la acentúa. Esperando a Godot, nuestros jóvenes y brillantes diplomáticos marchan hacia un “servicio diplomático europeo” ricamente dotado, pero encargado de una tarea sobrehumana: asumir la acción exterior de una Unión sin posiciones comunes, sin ejército, sin ambición y sin ideal. Bajo la égida de una no-personalidad.

En cuanto al lenguaje de “la influencia”, huele a la IV República. “Quienes aceptan convertirse en subalternos detestan decir que son subalternos” (De Gaulle nuevamente, en esa época). Aseguran que tienen influencia, o que la tendrán mañana. Producir efectos sin disponer de las causas es propio del pensamiento mágico. Influir significa tener peso en una decisión. ¿Cuándo tuvimos peso en una decisión estadounidense? Que yo sepa, Barack Obama nunca consultó a nuestras influyentes autoridades nacionales antes de decidir un cambio de estrategia o de táctica.

tica en Afganistán, donde no teníamos nada que hacer. Él decide, nosotros nos acomodamos.

Puesto que el lugar del brillante segundo está lógicamente cubierto por el Reino Unido, y ubicándose actualmente Alemania en el tercero, a pesar de la ausencia de un escaño permanente en el Consejo de Seguridad, nosotros seremos pues el apuntador N° 4 de nuestro aliado N° 1 (y en Afganistán, fuimos efectivamente, con nuestro contingente, el cuarto país contribuyente). Evocar, en estas condiciones, “una influencia destacada en el seno de la Alianza” equivale a hacer quiquiriquí debajo de la mesa.

Me dirás que hace mucho tiempo que nos deslizábamos por el techo, y que Sarkozy no hizo más que concluir un abandono iniciado bajo sus predecesores. Desde luego, pero él le dio su remate simbólico con esta frase: “Nos reencontramos con nuestra familia occidental”. No es la primera vez que un campo de batalla o un sistema de dominación se disfraza de familia. Vieja mistificación que uno creía reservada a la “gran familia de los Estados socialistas”. De ahí el interés de tener varias familias, naturales y elegidas, para compensar unas con otras.

Sentimentalmente, pertenezco a la familia francófona, y siento más afinidad con un argelino, un marroquí, un vietnamita o un malgache que con un albanés, un danés o un turco (estos tres, miembros de la OTAN). Culturalmente, pertenezco a la familia latina (Mediterráneo y América del Sur). Filosóficamente, a la familia humana. ¿Por qué debería encerrarme en una sola? ¿Por qué desempolvar la querida noción de la cultura ultraconservadora (Oswald Spengler, Henri Massis, Maurice Bardèche, los esbirros de Occidente) (10), que no figura, por otra parte, en el Tratado del Atlántico Norte de 1949, que casi nunca aparece bajo la pluma de De Gaulle y que no recuerdo haber escuchado en boca de Mitterrand.

En realidad, si a los ojos del mundo Occidente debe identificarse con el Imperio estadounidense, recogerá más odios que amores, y suscitará más rechazo que respeto. Le correspondía a Francia impulsar otro Occidente, darle una cara distinta a la de Guantánamo, los drones sobre los pueblos, la pena de muerte y la arrogancia. Renunciar a ello significa a la vez comprometer el futuro de lo mejor que tiene Occidente, y desdecir su propio pasado. En síntesis, perdimos la oportunidad.

Pero en el fondo, ¿para qué enfurecerse? Podría suceder que la metamorfosis de la ex “gran nación” en “bella provincia” hacia la cual nos dirigimos (sin mirar hacia Quebec, lamentablemente, donde unos cursos de formación serían bienvenidos) contribuya finalmente a nuestra felicidad y nuestra prosperidad. ¿De qué nos quejamos? Intervenir *manu militari* en la antigua Sudán [Malí], sin una colaboración europea importante, con una ayuda técnica estadounidense (cuyos satélites de observación militares, a diferencia de los nuestros, no son localizables ni rastreables en Internet), ¿no es acaso, para un país muy mediano (1% de la población y 3% del Producto Interno Bruto del planeta), amplia-



© Hubert Isselee / Shutterstock

Mirage. El avión de combate supersónico francés fabricado por el constructor aeronáutico Dassault Aviation es utilizado por las fuerzas aéreas de numerosos países, incluida Argentina.

mente suficiente para el amor propio nacional? ¿Qué más se puede pedir, más allá de una retirada rápida de nuestras tropas para evitar el atascamiento?

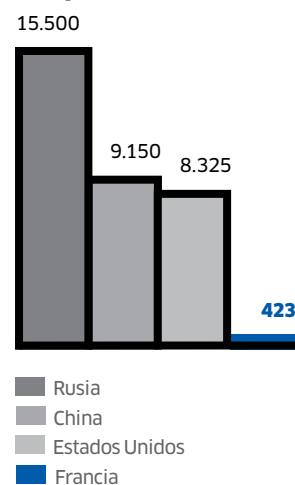
Soy consciente de que un discípulo de Raymond Aron, ex fiscal de la “fuerza de ataque” y jefe de la escuela euro-atlántica, pueda reconocer como un buen gesto hacia nuestro viejo aliado el hecho de sumarse a su bandera en un mal momento. Esta justa devolución de gentilezas, después de 1917 y 1944, pudo marear a un niño criado con la televisión y John Wayne, orgulloso de poder hacer *jogging* en las calles de Manhattan con una remera NYPD (11).

Y si se toma un poco más de distancia, siempre detrás de Hegel, podría ser efectivamente que la americanización de los modos de vida y de pensar (apisonadora que no necesita de la OTAN para seguir su camino) no sea sino el otro nombre de un avance del individuo iniciado con el advenimiento del cristianismo. Y por ende una extensión del terreno de la tolerancia, una buena noticia para las minorías y disidencias de todo tipo, sexuales, religiosas, étnicas y culturales. Una etapa más en el proceso de civilización, como pasaje de lo rudimentario a lo refinado, de la escasez a la abundancia, del grupo a la persona, que merece que renunciemos a la vanagloria local. Lo que pueda quedarnos de una visión épica de la historia, ¿no deberíamos enterrarlo rápidamente si queremos vivir felices en el siglo XXI de nuestra era, y no en el XIX?

Verdún, Stalingrado, Hiroshima... Argel, Hanoi, Caracas... Millones de muertos, infinidad de sufrimientos indescriptibles, ¿con qué objetivo finalmente? A veces pienso que nuestra indiferencia al destino colectivo, el repliegue sobre la esfera privada, nuestra lenta salida de escena no son sólo un cobarde alivio, sino la concreción de la profecía de Saint-Just, →

Fuerza bélica (2013)

Tanques





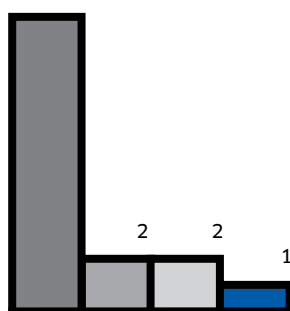
Nave insignia. El portaaviones Charles de Gaulle, orgullo de la marina francesa, se encuentra operativo desde el año 2000. Propulsado por energía nuclear, es el más poderoso de Europa.

Fuerza bélica

(2013)

Portaaviones

10



■ Estados Unidos
■ Italia
■ India
■ Francia

→ “la felicidad es una idea nueva en Europa”. Con lo cual, hay más sentido y dignidad en las luchas por la calidad del aire, la igualdad de derechos entre homosexuales y heterosexuales, la salvaguarda de los espacios verdes y las investigaciones sobre el cáncer que en estúpidas y vanas discusiones por el orgullo en un teatro de sombras.

Venus después de Marte. ¿Venus superior a Marte? Después de todo, si la mujer es el futuro del hombre, la afeminación de los valores y las costumbres que caracterizará mejor la Europa de hoy a los ojos de los historiadores de mañana es una buena noticia. Se ubicarán bajo esta rúbrica, además de las bellas victorias del feminismo y la paridad, el debilitamiento del apellido del padre en la transmisión del apellido, el reemplazo de lo militar por lo humanitario, del héroe por la víctima, de la convicción por la compasión, del cirujano social por la enfermera, de la *cure* por el *care* tan apreciado por Martine Aubry. Adiós a la hoz y el martillo, bienvenidas las pinzas y compresas.

“No es con la escuela ni con el deporte que tenemos un problema; es con el amor”. Así hablaba no Zaratustra sino Sarkozy, jefe de Estado (a Montpellier, 3 de mayo de 2007). Nietzsche hubiera puesto el grito en el cielo, pero Ibn Jaldún se habría mostrado satisfecho. Como sabrás, en su *Discurso sobre la historia universal*, este filósofo árabe y perspicaz (1332-1406) señala que los Estados nacen gracias a las virtudes viriles y desaparecen con su abandono. Puritanismo de beduino que no puede ser más incorrecto, pero descripción interesante de la entropía de las civilizaciones. “Como el gusano hila su seda, y luego muere enredándose en sus hilos...”.

Un Ibn Jaldún festejaría quizás el talento de Estados Unidos para frenar el proceso y postergar el fin. Al tiempo que empuja fuera del perímetro, con su tecnología y sus imágenes, hacia las alegrías del hiperindividualismo y la suficiencia festiva, conserva las angustias y los logros mezclados de la virilidad: culto a

las armas, gas de esquisto, presupuesto militar abrumador, masacres en las escuelas, patriotismo exacerbado. Falócratas y soberanistas en lo que les atañe, pero apoyando por otra parte lo que podría llamarse la feminización de los marcos y valores. Las torres de perforación para ellos; las eólicas para nosotros. De ahí una Europa más ecológica y pacífica y paradójicamente menos tradicionalista que el propio Estados Unidos. Mientras que nuestra literatura y nuestro cine cultivan lo íntimo, los suyos cultivan el fresco histórico y social. Steven Spielberg levanta una estatua a Lincoln, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) nos emociona con sus agentes (véase *Argo*). OSS-117, con Jean Dujardin, nos hace llorar, pero de risa.

En síntesis, si el problema es Hegel, y la solución Buda, mis objeciones hacen agua. A priori, no lo descarto. Pero es otra discusión. Mientras tanto, celebro saber que estás a disposición de la República y, en lo que a mí respecta, espectador liberado, me alegro de retornar a mis queridos estudios. Sin relación con la actualidad, me preservan del mal humor. Cada uno tiene sus defensas (12). ■

Te saludo muy cordialmente,

Régis Debray

1. En 1981, Régis Debray fue nombrado asesor en Relaciones Internacionales del presidente François Mitterrand. Ese mismo año, Hubert Védrine fue designado asesor de la célula diplomática del Elíseo. (Las notas al pie son de la redacción.)
2. En 1966, Francia anunció su retiro del mando integrado de la OTAN.
3. En Derecho Romano, reducción de la capacidad cívica que puede llegar hasta la pérdida de libertad y de ciudadanía.
4. En 1963, el general De Gaulle se opuso al ingreso del Reino Unido a la Comunidad Económica Europea (CEE), por considerarlo demasiado cercano a Estados Unidos (país respecto del cual el Presidente francés subrayaba la autonomía de la defensa nuclear francesa).
5. *Le Monde*, París, 2-12-10.
6. N. de la R.: referencia a la traición de los sajones contra Napoleón durante la Batalla de Leipzig.
7. El Allied Military Government of Occupied Territories (AMGOT), o Gobierno Militar de los Territorios Ocupados, dirigido por oficiales estadounidenses y británicos, se encargaba de administrar los territorios liberados durante la Segunda Guerra Mundial.
8. Encargado de Negocios estadounidense ante el régimen de Vichy (1940-1944).
9. “Sécurité européenne : OTAN, OSCE, pacte de sécurité”, coloquio de la fundación Res publica, 30-3-09.
10. Respectivamente, filósofo alemán, autor del ensayo *La decadencia de Occidente* (1918), asociado a la “Revolución Conservadora” alemana; ensayista y crítico literario francés que participó del régimen de Vichy; escritor francés colaboracionista que denunció la Resistencia como “ilegal”, y grupúsculo francés de extrema derecha (entre cuyos miembros figuran Patrick Devedjian, Gérard Longuet y Alain Madelin).
11. N. de la R.: referencia al ex presidente Nicolas Sarkozy, quien en 2007 fue visto corriendo con una remera con la inscripción del Departamento de Policía de Nueva York (NYPD).
12. Véase la respuesta de Hubert Védrine, “L’OTAN, terrain d’influence pour Paris”, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2013.

*Escritor y filósofo. Su última obra publicada es *Modernes Catacombes*, Gallimard, París, 2013.

Traducción: Gustavo Recalde

Triste aniversario para la amistad franco-alemana

¿Una asociación indispensable?

por Anne-Cécile Robert*

Hace más de cincuenta años, el general Charles De Gaulle y el canciller alemán Konrad Adenauer firmaban en el Palacio del Elíseo un pacto de amistad franco-alemán. Antaño motor de Europa, en la actualidad esa asociación parece haber perdido su sentido de ser. Berlín es cada día más autónoma.

“Alemania es un socio indispensable y complaciente”, estimaba en privado el general De Gaulle, tras la firma del Tratado de Amistad y Cooperación entre París y Bonn (1), el 22 de enero de 1963, llamado “Tratado del Elíseo”. Ambos calificativos, ¿siguen siendo pertinentes hoy?

Hace cincuenta años, el presidente francés intentaba conjurar la amenaza de aislamiento consiguiente al fracaso del Plan Fouchet. Con el nombre del diplomático Christian Fouchet, el plan proponía a los socios de la Comunidad Económica Europea (CEE) –Francia, Alemania, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Italia– una cooperación diplomática, militar y cultural, entre los Seis. Liderados por La Haya, que veía allí una operación antiestadounidense, Bruselas, Luxemburgo y Roma rechazaron el proyecto, hundiéndose a Europa en uno de esos psicodramas de los que tiene el secreto. Sólo el canciller Konrad Adenauer, ligado al general francés por una fuerte amistad personal nacida en la lucha contra el nazismo, apoyó a París.

El Tratado del Elíseo retomaba las principales disposiciones del Plan Fouchet limitándolas a los dos países: cumbre anual del Canciller y del Presidente de la República, reuniones y consultas regulares de los ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores. Con el objetivo de favorecer la comprensión mutua de ambos pueblos, se creó la Oficina Franco-Alemana de la Juventud (OFAJ), que organizó intercambios entre alumnos de las escuelas primarias y secundarias de ambos países.

Los otros cuatro miembros de la CEE desconfiaban de esta alianza que esbozaba una suerte de directorio franco-alemán de los Seis. Fue una de las razones que los llevó a apoyar con entusiasmo al Reino Unido, cuando éste renovó, en 1967, su solicitud de adhesión a la CEE (2). Consideraban la integración de Londres como un contrapeso del eje París-Bonn que permitía reforzar la presencia estadounidense, a la que consideraban un reaseguro frente a la amenaza soviética y al avasallante general De Gaulle.

El muy atlantista Jean Monet, que concibió a las comunidades europeas, logró por medio de un *lobby* intensivo que el Parlamento alemán acompañara la ratificación del Tratado del Elíseo con una reafirmación de la adhesión de la República Federal de Alemania (RFA) a la Alianza Atlántica.

Irritado por esta iniciativa, el general De Gaulle no se desanimó. Celebró la conclusión de un acuerdo que en lo esencial lo satisfacía, ya que aportaba a Francia un apoyo diplomático poco incómodo, ya que Alemania se encontraba amordazada por la culpabilidad de los crímenes nazis. Por su parte, Adenauer esperaba de París un apoyo para la reunificación nacional que la Guerra Fría postergaba incesantemente.

Un traje a medida

A partir de los años 70, los medios de comunicación empezaron a hablar de la “pareja franco-alemana”, que efectivamente tendría muchos hijos: la creación del Consejo Europeo en 1975, la de la serpiente monetaria y

luego del sistema monetario europeos (1978), la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal directo (1979) o incluso el Tratado de Maastricht (1992) fueron productos de acuerdos entre París y Bonn (Berlín).

La reunificación de Alemania, impuesta por el canciller Helmut Kohl en 1990 y ampliamente sufrida por François Mitterrand, trastocó las relaciones entre ambos socios. Alemania ya no era el enano político de la posguerra. En 1991 se afirmó de manera espectacular al reconocer unilateralmente la independencia de Croacia y de Eslovenia, contra la opinión del Consejo Europeo, que temía que el estallido de Yugoslavia degenerara en guerras fratricidas.

En la Cumbre de Niza (diciembre de 2000), las divisiones franco-alemanas se hicieron evidentes. Berlín exigía un peso más importante en el seno de las instituciones europeas, particularmente un aumento de su cantidad de votos en el Consejo de Ministros, frente a un presidente Jacques Chirac intransigente. Finalmente, la RFA conservó la misma cantidad de votos, pero París le concedió una reforma mayor: desde entonces para que una decisión sea adoptada por la Unión Europea, no sólo es necesario alcanzar una mayoría calificada, sino que ésta sea el resultado de países que representen en su conjunto al 62% de la población europea. Entre los países más poblados, la RFA obtuvo así una ventaja tanto más significativa cuanto que supo tejer lazos con los ocho países de Europa Central y Oriental –ingresados en 2004 (3)– que le permitirían en ciertos casos verdaderas mayorías automáticas en su favor.

La arquitectura del euro está diseñada a medida de Alemania: moneda fuerte, banco central independiente (con sede en Fráncfort), rigor y austeridad. Desde los años 2000, Berlín, que en ese entonces parece escapar de la crisis, lleva la batuta. París –sin brújula política y sin proyecto nacional– se conforma con seguir los pasos de su poderoso vecino. Lejos quedó el socio “complaciente”, y algunos se preguntan si sigue siendo tan “indispensable”. ¿No debería Francia, por ejemplo –sin abandonar a Berlín– reforzar los lazos con los países del Sur de Europa, o incluso del perímetro mediterráneo, con los cuales comparte una larga historia y un antiguo espacio económico? ■

1. Entre 1945 y 1990, la capital de la RFA era Bonn, y no Berlín.

2. En 1963, una primera solicitud de adhesión británica (presentada en 1961) había chocado con el veto del general De Gaulle, que veía en Londres al “caballo de Troya” de EE.UU.

3. Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia.

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Pablo Stancanelli



París y la “guerra contra el terrorismo”

Desaciertos estratégicos

por Olivier Zajec*

La guerra lanzada por París en Malí en 2013 contó con un moderado apoyo internacional por su falta de objetivos claros: el Presidente hablaba de “destruir a los terroristas”. Sin estrategia, Francia podría repetir los errores de EE.UU. en Afganistán y hundirse en las vastas zonas desérticas propicias a la guerrilla.

Cuando tengan que caracterizar las operaciones militares francesas de principios del siglo XXI, los historiadores hablarán quizás de “sobresaltos estratégicos”, a tal punto el movimiento de conjunto de los diez últimos años aparece sincopado. Para completar el relato de la expedición malí, es necesario inscribirla en el largo plazo. Afganistán, 2001: tras los atentados contra el World Trade Center, Francia decide apoyar las operaciones relámpago que conducirán a la caída del régimen talibán. Sin embargo, como la región no le resulta de mayor interés, y como la toma de Kabul por los “señores de la guerra” no implica ningún cambio estructural respecto del caos afgano corriente, toma la precaución, en un primer momento, de no inmovilizar efectivos pesados en el terreno. Costa de Marfil, septiembre de 2002: el Elíseo envía la fuerza Licorne a mediar con éxito en la antigua “vidriera del África francófona”. Varios miles de soldados se involucran por completo en el territorio para evitar una guerra civil total, en una zona de central importancia para los intereses franceses.

Irak, 2003: después de algunas vacilaciones, París rechaza la impulsiva aventura neoconservadora, objetando a Washington el previsible espectro del caos regional, así como el riesgo de una fractura entre las autoproclamadas potencias morales y un mundo árabe en plena crispación política e identitaria. Afganistán, 2007: Francia, que mantenía un “compromiso abierto”, se deja embarcar por Estados Unidos en una interminable empresa de democratización contrainsurreccional atiborrada de objetivos morales utópicos, y destinada al fracaso a pesar del profesiona-

lismo de las tropas enviadas en misión. Libia, 2011: con una mezcla tragicómica de retórica malruciana (1) desenfadada y de eficacia militar innegable, París pone fin a un régimen dictatorial ni más ni menos ubuesco que otros, desestabilizando de manera duradera al conjunto del África septentrional y abriendo la puerta a un islamismo duro, financiado y armado ciegamente por el petróleo del Golfo (2).

Lecciones de Afganistán

Encontrar una lógica en este vals-vacilación entre realismo por impotencia e idealismo por inconsciencia parece un desafío imposible. El episodio malí es por ello más interesante de analizar. Envuelto en sus contradicciones, y después de largos meses de indecisión –dejando a sus adversarios el tiempo necesario para prepararse–, el gobierno francés trató de reparar los daños de la intervención libia. Ésta, al contribuir a armar las facciones sahelianas más radicales, consagró la preponderancia de los salafistas yihadistas del Movimiento para la Unidad y la Yihad en África Occidental (MUJAO, en francés) y de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) sobre la rebelión tuareg, acelerando la derrota de las fuerzas gubernamentales malíes y la inestabilidad política en Bamako.

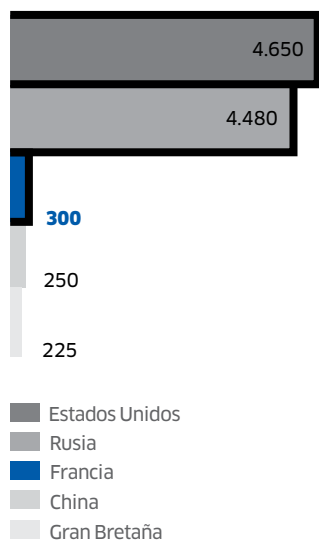
Se demoró mucho en definir el modo de acción. “No habrá hombres en el terreno, no habrá tropas francesas involucradas”, afirmaba todavía el 11 de octubre de 2012 François Hollande, que prefería hablar de una simple ayuda material a las fuerzas malíes (3). Con esta petición de principio imprudente, el Elíseo restringía de entrada su propia libertad de →



Plan Vigipirate. El dispositivo interno de lucha contra el terrorismo que habilita la presencia de militares fuertemente armados en sitios estratégicos del país fue instaurado en 1995.

Arsenal nuclear

(ojivas operativas y en reserva, 2013)



→ acción, corriendo el riesgo de verse desbordado por la situación local, cuyo desarrollo, por lo general, no podía controlar.

El 10 de enero de 2013, la ciudad-cerreo de Konna, setecientos kilómetros al nordeste de Bamako, cayó en manos de los combatientes islamistas de Ançar Dine (Defensa del Islam) y de AQMI. Ya nada protegía a la capital malí. Con la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CE-DEAO) expectante, la Unión Europea prudente y Estados Unidos dubitativo, sólo quedaban los aviones de combate y las tropas francesas. El 11 de enero, se lanzó la operación “Serval”. Tres meses después de haber declarado: “No podemos intervenir en lugar de los africanos”, el jefe de Estado francés se vio obligado a contradecirse. Este giro no sólo pone en cuestión la capacidad gubernamental para anticiparse a los hechos. Pone también de manifiesto la urgencia de comprender las formas que pueden tomar en el futuro, y en diferentes niveles, las operaciones llamadas de “estabilización”.

Detrás de las incertidumbres del Elíseo, se encuentra obviamente el pantano afgano. Este fracaso es sobre todo el de una teoría culturalista estadounidense, la “contra insurrección con enfoque global”, que amplió demasiado el marco temporal de la “estabilización”, confundiendo modos de acción tácticos con una política, moralizando en exceso los objetivos de la guerra y cerrándose por esa misma razón a cualquier salida digna. Lo cierto es que esta derrota del pensamiento estratégico, que inmovilizó a cien mil hombres en un teatro de operaciones durante diez años sin un objetivo final alcanzable,

no hace desaparecer *ipso facto* la necesidad de intervenciones de estabilización o de mediación, como lo demuestra Malí.

Afganistán enseñó no que “no habrá jamás tropas en el terreno” (para retomar el juicio apresurado de Hollande), sino, por el contrario, que todas las configuraciones son posibles, con la condición de respetar cuatro principios cardinales. En primer lugar, la autonomía en la evaluación de la amenaza: la definición de “terrorismo” no se encuentra ni en los PowerPoint del Pentágono, ni en las novelas de investigación de Bernard-Henri Lévy; en cambio, los libros de historia y de sociología tienen mucho que decir sobre los “terroristas” sahelianos... Luego, la legitimidad: estabilizar no es imponer indefinidamente su presencia tutelar, so pena de fragilizar al gobierno sostenido ante sus vecinos y su población. En tercer lugar se encuentra la eficacia operacional: la acción militar de primera línea, que debe disponer de medios acordes, debe ser limitada en el tiempo, una vez obtenido el desbloqueo táctico y operativo, para dar lugar al nuevo juego de los equilibrios políticos locales y regionales, así como a las fuerzas militares autóctonas. Por último, la libertad de acción política: una estrategia de salida debe ser planificada y definida antes del lanzamiento de la operación, y es indispensable asegurarse aliados, con la condición de que sean voluntarios y de que estén convencidos de sus intereses en la zona.

Discurso guerrero

La intervención en Malí, ¿responde a estas características? En términos de legitimidad, la participación de Francia en la estabilidad de África se basa en argumentos concretos –la proximidad lingüística (4), cultural y geográfica–, mientras que no es el caso en Afganistán. Desde esta óptica, sería un error confundir las fechorías condenables del “África francesa” por una parte y, por otra, la utilidad de acuerdos militares alcanzados con países africanos cuya soberanía –que también pasa por una menor dependencia económica– se respetaría realmente. El Libro Blanco [de Francia] sobre la Defensa y la Seguridad Nacional de 2008, al descuidar por un tiempo a África en favor de la creación de una base en el Golfo, frente a Irán, contradujo lo que se podría llamar el principio de geosubsidiariedad, según el cual el esfuerzo principal de estabilización o de mediación de una potencia dada se ejerce preferentemente en zonas que le importan lógicamente. A largo plazo, China, India y Rusia están más interesadas por Afganistán que Francia. En cambio, Pekín o Washington difícilmente podrán explicarle a París las sutilezas del África Occidental, aun cuando la presencia interesada de sus “formadores” en la zona resulta exponencial.

El caso de la política de asistencia militar francesa en África, por ejemplo con el dispositivo “Epervier” en Chad, es revelador (5). El concepto de Refuerzo de las Capacidades Africanas para el Mantenimiento de

la Paz (RECOMP) lo es aun más: formalizado en 1997, considerado un éxito, fue adaptado a nivel europeo en 2004 (EUROCOMP, en asociación con la Unión Africana). Francia continúa aplicando el RECOMP en el marco de sus relaciones bilaterales con algunos países africanos favorables al concepto. Estas iniciativas no alcanzan a garantizar la solidez de las fuerzas armadas entrenadas (el ejemplo de Malí es patente), pero muestran una parte del nuevo entramado sobre el cual puede desarrollarse en África una política de asistencia sin injerencia a fuerzas armadas amigas, incluso para acciones de alta intensidad, frente a grupos irregulares altamente armados.

Este trasfondo de conocimiento mutuo explica en parte que el 19 de enero de 2013, en Abiyán, la cumbre extraordinaria de los líderes de los Estados miembros de la CEDEAO haya intentado de manera unánime acelerar el despliegue de la Misión Internacional de Apoyo a Malí (MISMA), con el fin de que constituya un apoyo eficaz para las fuerzas malíes y francesas de “Serval”. Nueve países –musulmanes o cristianos, francófonos o anglófonos– prometieron una contribución. Chad, Togo, Benín, Senegal, Níger, Guinea, Burkina Faso, Nigeria y Ghana se comprometieron a enviar 3.600 hombres.

En cambio, respecto de la definición del adversario –que determina la limitación concreta de los objetivos de la intervención–, el balance es diferente. Las declaraciones de Hollande, el 19 de enero de 2013, sosteniendo que Francia se quedaría en el terreno “el tiempo necesario para que el terrorismo sea vencido” (6), demuestran una nueva imprudencia semántica, a lo Sarkozy, podríamos decir. Las palabras tienen un sentido: es chocante que después de haber anunciado que Francia “no se involucraría”, tres meses más tarde el Elíseo afirme, y sin

de todo guerrillero. ¿Chocante? Quizás. Pero, después de todo, el Frente de Liberación Nacional (FNL) argelino, la figura de Michael Collins en Irlanda, el Ejército de Liberación de Kosovo (UCK), el Irgún israelí y los “talibanes buenos” con los cuales el presidente afgano negociará ineluctablemente después de 2014 procuran elementos útiles de meditación histórica y prospectiva sobre este tema delicado. La eficiencia estratégica sugeriría pues que el adversario y el objetivo sean caracterizados con mayor prudencia, y que el jefe de Estado se refiera más bien al tiempo necesario para que los combatientes irregulares sahelianos más radicales sean rechazados del territorio malí de manera duradera. Este objetivo razonable, una vez alcanzado por “Serval”, dejaría la libertad necesaria para un acuerdo político entre Bamako, sus apoyos regionales y un espectro adverso multifracturado entre antiguos y nuevos combatientes irregulares, traficantes oportunistas, desertores del ejército malí, neoyihadistas radicalizados por el wahabismo del Golfo e independentistas laicos. ¿Cómo ver claro en ese pandemio en reconfiguración permanente, si uno se contenta con calzarse los anteojos deformantes de la “lucha contra el terrorismo global”?

Un objetivo de mediano alcance, más conforme a la confusión de la situación malí, saheliana y norafricana, cuadraría por otra parte mejor con las posibilidades reales de un ejército francés a punto de sufrir los recortes presupuestarios más drásticos de los últimos diez años. El discurso guerrero del Quai d’Orsay y del Hôtel de Brienne (8) es muy confiado. Falta saber si las capacidades militares podrán mantenerse a largo plazo. ¿De qué manera el próximo Libro Blanco tendrá en cuenta las lecciones de “Serval”? No es la menor de todas las cuestiones que suscita esta intervención. ■

De una intervención a otra

Si bien la Operación Serval concluyó oficialmente en julio de 2014, fue reemplazada en los hechos por la Operación Barkhane, que extendió su campo de acción de Malí a toda la región del Sahel, con apoyo estadounidense y con presencia de 3.000 efectivos en cinco países (Burkina Faso, Chad, Malí, Mauritania y Níger).

Envuelto en contradicciones, tras largos meses de indecisión, el gobierno trató de reparar los daños de su intervención en Libia.

pestañear, que ya no fija un límite a su presencia.

¿Volverán los sobresaltos estratégicos? La sorprendente epifanía malí del simplista eslogan de la “guerra contra el terrorismo” es tanto más perturbadora cuanto que los propios estadounidenses, promotores de la fórmula, la abandonaron en 2009. Barack Obama hizo notar entonces –nunca es demasiado tarde– que era una “estupidez [...] hacer la guerra a un modo de acción” olvidando estudiar las causas políticas de los incendios que se pretendían apagar... después de haberlos encendido (7). No se puede vencer al “terrorismo”, de la misma manera que no se erradica la gripe estacional o los chubascos de primavera. Sólo se lo puede limitar.

Un modo de acción, por más condenable que sea en lo absoluto, está por definición a disposición teórica

1. N. de la R.: en referencia al novelista y político francés André Malraux.

2. De manera reveladora, el primer ministro de Qatar, Hamad Ben Jassim Ben Jaber Al-Thani, criticó el 15 de enero de 2013 la intervención francesa, alegando preferir la vía del “diálogo regional”. Lo mismo hizo el [ex] presidente egipcio Mohamed Morsi.

3. Entrevista del 11-10-12 con los periodistas de France 24, RFI y TV5 Monde.

4. El idioma oficial de la República de Malí es el francés.

5. Este dispositivo, conviene aclararlo, no consistió jamás en “liberar a la mujer chadiana”.

6. François Hollande, discurso en Tulle, 19-1-13.

7. Scott Wilson y Al Kamen, “‘Global war on terror’ is given new name”, *The Washington Post*, 25-3-09.

8. Sede del Ministerio de Defensa.

*Encargado de investigaciones en el Institut de Stratégie et des Conflits (ISC), París.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola



Tres años, cuatro intervenciones

Un bombero pirómano en África

por Anne-Cécile Robert*

A más de cincuenta años de la descolonización, Francia sigue interviniendo en África como en su patio trasero, con misiones militares espectaculares que no aportan soluciones de largo plazo, y sólo persiguen intereses propios y alguna ventaja electoralista. Las relaciones con el continente negro constituyen uno de los capítulos centrales de la política exterior gala.

“¿Quién lo mandó meterse en este lío?”

Molière, *Los enredos de Scapin*, acto II, escena 7

“Francia nunca es tan grande como cuando se sube a los hombros de África”, dice un proverbio congoleño. Qué contraste, en efecto, entre el prudente objetivo de “invertir la curva del desempleo” y el espíritu de decisión, sin preámbulos y de efecto inmediato, del mismo presidente François Hollande en lo que concierne a la República Centroafricana: “Dada la urgencia, decidí actuar inmediatamente, es decir desde esta misma noche, en coordinación con los africanos y el apoyo de los socios europeos”. Los blindados y los helicópteros (con nombres tan evocativos como Puma, Gacela y Zorro) entran en escena casi al mismo tiempo en que habla el jefe de Estado. Y, por una vez, sin necesidad de consultar con Alemania. En el mar tumultuoso de la actualidad africana, el pequeño timonel francés lleva firme el timón.

Si se los observa atentamente, los objetivos de la intervención llaman a la prudencia. La resolución del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) –redactada por París– crea la Misión Internacional de Apoyo a la Re-

pública Centroafricana con Liderazgo Africano (MISCA), “con el apoyo de las fuerzas francesas”. El texto pide a estas últimas que “contribuyan en la protección de civiles y en el restablecimiento de la seguridad y el orden público, en la estabilización del país y en la creación de las condiciones propicias para el suministro de ayuda humanitaria a las poblaciones que la necesitan”. En un país presa del caos, en el que se enfrentan bandas de mercenarios bien provistas de armas, la tarea de los 1.600 soldados se anuncia peligrosa. “¿Qué se hará en caso de que los rebeldes se nieguen a entregar las armas?”, pregunta un periodista a Jean-Yves Le Drian. “Se los obliga”, responde, enigmático, el ministro de Defensa francés (1).

Pero es el propio presidente Hollande quien sembró la confusión al dar a entender que la acción “internacional” podría conducir a un cambio de régimen: “No se puede mantener a un presidente que no pudo hacer nada, o que incluso dejó hacer”. Al igual que el derrocamiento del coronel Muamar Gadafi en Libia en 2011, semejante destitución excedería el mandato de la ONU y contravendría las reglas básicas del derecho internacional. Pero este último, se sabe, es objeto de una interpretación cada

vez más elástica por parte de las grandes potencias (2).

Campo de entrenamiento privilegiado

Como en el caso de la operación “Serval”, lanzada en Malí en enero de 2013, no se ha previsto ningún plan político de largo plazo para la República Centroafricana. A imagen del conjunto de la política exterior francesa, las decisiones diplomáticas en África se toman según el caso, ante la urgencia –a menudo real–. “Esperar, era correr el riesgo de un desastre”, se justificó el [ex] primer ministro Jean-Marc Ayrault ante la Asamblea Nacional, el 10 de diciembre de 2013. Pequeño país sin recursos explotables, la República Centroafricana, que tiene fronteras con Sudán, Chad y la República Democrática del Congo (RDC), podría entrar en la espiral de la desestabilización que ya afecta a los países del Sahel y que, vía Sudán, llega a Medio Oriente. Ayrault aclaró que la operación “Sangaris” sería un “asunto de algunos meses”, seis a lo sumo... Era el caso de “Serval”, pero, un año después de iniciada, los contingentes africanos que debían tomar la posta de los franceses estaban constituidos sólo a medias.

No se escuchó ni el más mínimo *mea culpa* sobre República Centroafricana por →



Sangaris. La actual operación militar en República Centroafricana, iniciada en diciembre de 2013, es la séptima intervención francesa en el país desde su independencia en 1960.

Resabios imperiales

La superficie total de los territorios de ultramar franceses (559.000 km²), principalmente en el Caribe, América del Sur, el Océano Índico y la Polinesia, es casi idéntica a la de la Francia continental.

1.500

millones de euros

El excedente comercial francés con el continente africano en 2011. Una cifra en franco retroceso en la última década.

→ parte de los dirigentes franceses. Sin embargo, desde 1960 París hace y deshace los regímenes en el poder en Bangui, a veces sin temor al ridículo, como cuando un ministro de la República asistía a la coronación del “Emperador Bokassa I”. El desmoronamiento del Estado, tanto allí como en Bamako, no le debe nada al azar. Décadas de políticas neoliberales impuestas con el apoyo de Francia por las instituciones financieras internacionales y la Unión Europea socavaron la autoridad de una potencia pública ya debilitada por las luchas de influencia internas en la clase dirigente (3). Acaso los dominós recién empiecen a caer, en particular en el África francófona.

“Desde comienzos del siglo XXI, se observan por lo general mejores resultados económicos en los países anglófonos, particularmente los del Mercado Común de los Estados de África Oriental y Austral (a excepción de Zimbabwe) o de África Occidental (Ghana y Nigeria), comparados con los países francófonos”, señala el economista Philippe Hugon (4). En África Occidental, por ejemplo, Ghana, Liberia y Sierra Leona presentan tasas de crecimiento superiores al 4%, mientras en Benín o en Guinea están estancadas en 0 o 0,5%, y Togo o Costa de Marfil están en recesión. La geografía, el sistema monetario, pero también la naturaleza de los regímenes políticos tendrían mucha responsabilidad en ello. Símbolo de esas evoluciones divergentes, la presidencia de la Comisión de la Unión Africana le tocó, en 2012, a la sudafricana Nkosazana Dlamini-Zuma, que llevó a cabo una encarnizada batalla para obtener ese cargo contra el gabonés Jean Ping. Dlamini-Zuma no oculta su hostilidad hacia el gendarme francés.

“Si intervenimos, nos critican; si no intervenimos, también nos critican”, nos confiesa, falsamente apacible, un diplomático del Quai d’Orsay. Ciertamente, ¿pero por qué, cincuenta años después de la descolonización, Francia se encuentra en posición de llevar a cabo operaciones de mantenimiento del orden en el continente negro? El 50% de los soldados franceses destacados en el exterior se encuentra en África: unos 8.000 hombres repartidos en cinco bases permanentes. Para el ejército tricolor, el continente ofrece un campo de entrenamiento privilegiado, variado (sabana, desierto, selva, medio urbano, acción naval), con la posibilidad de “actuar en situación”. Los soldados reciben allí una formación excepcional que los coloca entre los mejores del mundo, principalmente en lo que concierne a las acciones de comando.

“Recolonización condescendiente”

“Francia está atrapada en su historia, y particularmente en la historia africana”, diagnostica el africanista Antoine Glaser (5). Desde François Mitterrand (1981-1995), todos los presidentes anuncian un cambio profundo en las relaciones con África. Más allá del ejercicio devenido en ritual de enterrar al “África francesa” (Françafrique), se trataría de establecer relaciones más igualitarias y más “transparentes”. Pero todos terminan jugando a los padrinos de un continente convertido en parque temático, con sus catástrofes y sus golpes de Estado.

Si bien los hechos, a menudo dramáticos, los llevan a ello, los sucesivos jefes de Estado le toman el gusto al perfume de poder que concede la posibilidad, a veces espectacular, de volar en ayuda de los débiles y oprimidos bajo el estandarte de la ONU. África le permite a una Francia de prestigio y medios declinantes reafirmar su rol de “potencia mundial”, según las palabras de Hollande. Esta postura les sienta bien al presidente y a su ministro de Relaciones Exteriores Laurent Fabius, cuya acción geopolítica parece por momentos resumirse a usar la panoplia de cowboy justiciero de George W. Bush guerreando contra el “eje del mal”.

Sin embargo, las operaciones militares raramente resuelven las crisis políticas en el largo plazo. En Malí, las elecciones presidenciales y legislativas se llevaron efectivamente a cabo algunas semanas después de “Serval”; pero, en algunas partes del territorio, las sedes para votar no pudieron abrir, y la participación en las legislativas sólo fue del 38%. A fines de 2013, la indulgencia de París para con los tuaregs parecía provocar un rechazo de la población malí. En República Centroafricana, la identificación de los interlocutores se asemeja a un acto de videncia, con cada grupo autoproclamándose representante de algo. La rebelión de los partidarios del ex presidente François Bozizé fracasó, mientras que la autoridad del poder golpista de la Seleka es inexistente. “No se construye un Estado a las trompadas”, comenta el ex primer ministro francés Dominique de Villepin, quien de-

nuncia una “militarización” de las relaciones franco-africanas y una “recolonización condescendiente” del continente (6).

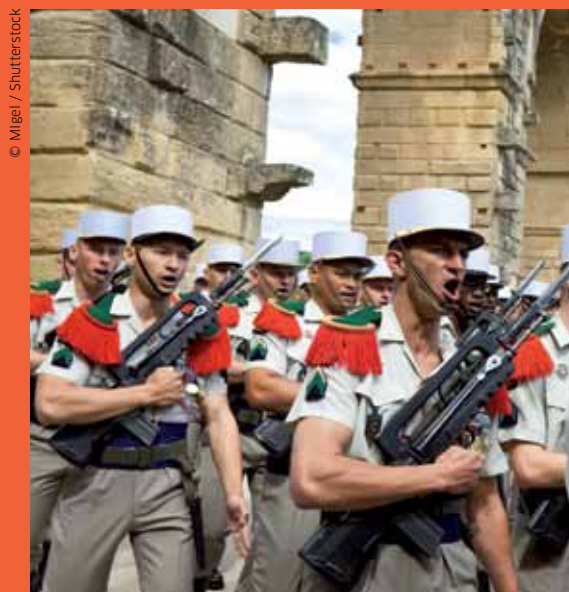
Los socios europeos de París parecen casi aliviados de ver a Francia hacerse cargo de las operaciones en una África (sobre todo francófona) que no les interesa mucho. El eventual fracaso de “Serval” o de “Sangaris”, con la muerte de soldados franceses, no será el suyo. Diferente es el caso de las operaciones EUPOL llevadas a cabo en la riquísima RDC, que en su momento desencadenaron disputas, ante las sospechas de Berlín de que París quería posicionarse en el tablero de la minería (7). Lisboa se encarga de Angola, o más bien Luanda se encarga de Portugal (8); los británicos vigilan Sierra Leona. “Cada cual se queda en su patio trasero”, concluye Glaser.

Si bien la Unión Europea contribuye con unos 50 millones de euros a la operación en República Centroafricana (sobre todo para equipar a las futuras tropas africanas), París desea que cree un fondo especial destinado a financiar este tipo de acción. “Estamos en una Europa de veintiocho, pero Francia tiene un estatus particular –explica Hollande con total simpleza–. Tenemos un ejército [...] y equipamientos que pocos países tienen en Europa. Por lo que desearía que pudieran contribuir más, participar más, ser parte de fuerzas que nosotros podríamos mutualizar.”

Cómodo statu quo

En el continente, las tribulaciones del “gendarme” despiertan sentimientos encontrados. Dlamini-Zuma no oculta su frustración de ver al continente paralizado. “‘Serval’ se le quedó atragantada”, comenta un diplomático africano. En su momento, el presidente guineano Alpha Condé había lanzado: “Es una vergüenza para nosotros vernos obligados a aplaudir a Francia. Le estamos agradecidos a François Hollande, pero nos sentimos un poco humillados de que África no haya podido responder por sí misma a este problema” (9). La Fuerza Africana en Espera (FAA, en francés), prevista desde hace unos diez años, sigue siendo una ilusión, principalmente a causa del retraso en los financiamientos. En 2012, los Estados miembros de la Unión Africana sólo contribuyeron en un 3,3% al programa-presupuesto de la organización, dejando que Bruselas, París y Washington sacaran sus billeteras. Pretoria propone ahora crear una Capacidad Africana de Respuesta Inmediata a las Crisis (CARIC), cuya implementación sería más ágil que la de la FAA. En República Centroafricana, a corto plazo, la MISCA debe tomar la posta de las tropas francesas.

“El mayor peligro que amenaza a África es el vacío de hegemonía –estima el politólogo camerunés Achille Mbembe–. Este vacío funciona como una poderosa atracción para las fuerzas extranjeras. Las potencias que intervienen en nuestro continente no corren grandes riesgos. El día que tengan que pagar caro este tipo de aventuras, lo van a pensar



Legión Extranjera. Creada en 1831, es un símbolo de las conquistas coloniales del imperio francés.

dos veces” (10). A pesar de las proclamas panafricanistas, el continente sigue estando balcanizado. El silencio de Argelia acerca de la crisis malí es ensordecedor; Pretoria y Lagos encaran los encuentros internacionales en orden disperso. “Nos repiten constantemente que si Francia no interviene nadie va a hacer nada –escribe Villepin–. Pero lo cierto es lo contrario. Si Francia interviene, nadie se mueve. Máxima comodidad tanto para las grandes potencias (Estados Unidos, China, Rusia, Europa) como para las potencias regionales” (11). ■

1. LCI, 8-12-13.

2. Anne-Cécile Robert, “La ONU y las ‘armas humanitarias’”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2011.

3. Vincent Munié, “Agonie silencieuse de la Centrafrique”, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2013.

4. Philippe Hugon, *L'Economie de l'Afrique*, La Découverte, París, 2012.

5. Radio France Internationale (RFI), 6-12-13.

6. Dominique de Villepin, “Paris ne doit pas agir seul”, *www.lemonde.fr*, 4-12-13.

7. Raf Custers, “África revisa los contratos mineros”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2008.

8. Augusta Conchiglia, “Angola, al rescate de Portugal”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, mayo de 2012.

9. RFI, 27-4-13.

10. “L'Afrique en 2014”, *Jeune Afrique*, número especial, N° 35, París, 2013.

11. *Ibid.*

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Aldo Giacometti

EL FIN DE LAS COLONIAS

1947

Madagascar

29 de marzo: comienza una rebelión nacionalista que dura un año y es ferozmente reprimida (cerca de 90.000 muertos).

1954

Indochina

El 7 de mayo, tras la derrota de Dien Bien Phu, Francia se retira de Indochina. Es el principio del fin del imperio francés.

1958

Brazzaville

24 de agosto: en la capital del África Ecuatorial Francesa, De Gaulle llama a un referéndum para crear una Comunidad de Repúblicas autónomas.

1960

Independencias

Entre el 1 de enero y el 28 de noviembre, catorce Estados francófonos acceden a la independencia.

1962

Argelia

18 de marzo: los Acuerdos de Evian ponen fin a la guerra (entre 300.000 y 600.000 muertos). El 5 de julio, los argelinos proclaman su independencia.



4

Lo vivido, lo pensado,
lo imaginado

UNIVERSALIDAD Y REPLIEGUE

Portadora de esperanzas y sueños emancipatorios, la cultura francesa tiene un alcance universal único. De la filosofía a la literatura, de la ciencia política al teatro, el cine y la música, su influencia se extiende a todos los confines de la Tierra. Pero no escapa a la mercantilización de las artes, que establece fronteras para la expansión de su lengua y rompe con su herencia popular y festiva, a la vez que obliga a diversas expresiones independientes a cerrarse sobre sí mismas.



“Metecos” en el jardín de la literatura francesa

No se habla francófono

por **Tahar Ben Jelloun***

La literatura francesa es aquella que construyen todos los autores del mundo que se expresen en francés. En este sentido, el calificativo de “francófonos” para designar a los escritores provenientes de otros países distintos de Francia, y las obras que producen, no sólo es absurdo, sino además ofensivo.

¿ Por qué el sótano de mi memoria, donde viven dos lenguas, nunca se queja? Las palabras circulan allí con total libertad, y puede suceder que sean reemplazadas o sustituidas por otras palabras sin que ello sea un drama. Es que mi lengua materna cultiva la hospitalidad y alimenta la convivencia con inteligencia y humor.

Así, cuántas veces me ha pasado, escribiendo, de tener un blanco, un vacío, una suerte de laguna lingüística. Busco la expresión o la palabra justa, una palabra a veces banal, y no la encuentro. La lengua árabe, clásica o dialectal, acude en mi auxilio y me ofrece varias propuestas para ayudarme. Esas palabras árabes, las escribo en el texto mismo, esperando que vuelvan aquellas que me abandonaron. Es una cuestión de estado de ánimo, cansancio o dispersión.

Es cierto, suelo ceder a una dispersión en la escritura como si necesitara consolidar las bases de mi bilingüismo. Busco en ese sótano, y me gusta que los idiomas se mezclen, no para escribir un texto en dos lenguas, sino sólo para provocar una suerte de contaminación de una con otra. Es mejor que una simple mezcla; es un mestizaje, como dos telas, dos colores que conforman un abrazo de un amor infinito. [...]

Escribí mis primeros poemas, de manera natural, en francés, porque acababa de leer *Los ojos de Elsa*, de Louis Aragon, y estaba conmovido por esos poemas ampliamente inspirados en la poesía amorosa de los árabes de Andalucía. Esos textos me acompañaron durante mi adolescencia y, para dirigirme a las muchachas, les citaba algunos versos de Aragon. Entonces, descubrí a los surrealistas, y supe que la lengua francesa sería la que utilizaría para decir todo. No sé si lo dije todo, pero el francés me da una liber-

tad, un placer que me encanta y estimula con una bella energía mis pensamientos más profundos.

Es esta misma libertad la que impera en mi sótano. Permite a las palabras de ambas lenguas tocarse, intercambiarse e incluso emigrar.

Si el Ministerio del Interior francés generalizara el sistema de visas para pisar el suelo de Francia, muchas palabras permanecerían en el umbral de las fronteras. La lengua francesa integró en el habla y en sus diccionarios cientos de palabras árabes, palabras cotidianas, otras más técnicas. Pero este pasaje, esta integración se produjeron a espaldas de los censores y otros controladores. Todavía no se ha inventado la “policía de las lenguas”.

Es de lamentar hasta qué punto el Estado francés se equivoca reduciendo el presupuesto de cooperación cultural en el mundo. Cuanto más ahorra Francia en cultura, sobre todo en la que se exporta y la representa en el extranjero, más acentúa el ocaso del idioma francés y el de su cultura en el mundo. Son ahorros miserables, caracterizados por una mezquindad que no se condice y desentona con la belleza y el esplendor del idioma francés. Reduciendo sus presupuestos, Francia es mal vista y considerada, se comporta como un país sin grandes medios, dispuesto a pedir o recibir limosna. Pero aquellos que deciden este tipo de recorte en los presupuestos son políticos bastante mediocres que tienen una mirada corta y poco ambiciosa, que consideran que desde el momento en que la cultura no es inmediatamente rentable, hay que dejarla de lado y buscar lo brillante en otra parte. Así son los tiempos que corren. Es el reino del valor mercantil.

Pero nosotros ya no contamos con el Estado y su política para seguir sirviendo a la lengua francesa, ➔

El francés en el mundo

Según la Organización Internacional de la Francofonía, existían en 2010 unos 220 millones de francófonos en 77 países del planeta, convirtiendo al francés en uno de los diez idiomas más utilizados en el mundo, con la particularidad de ser junto con el inglés los dos únicos hablados en los cinco continentes. El crecimiento demográfico en África auspicia a su vez un crecimiento de la lengua.

© photogolfer / Shutterstock



Antigua. La biblioteca de la Asamblea Nacional, de 1796.

© Simon Deljen Schmidt / Shutterstock



Moderna. La nueva Biblioteca Nacional, inaugurada en 1996.

→ para trabajarla, reinventarla, mestizarla, sacudirla y obtener de ella lo mejor de nosotros. Cuando digo nosotros, pienso en todos esos escritores casi anónimos que escriben y tratan de traspasar las puertas de las editoriales francesas; pienso en esos poetas que, sabiendo que los grandes editores dejaron o casi, salvo unas pocas excepciones, de publicar poesía, siguen escribiendo e ilustrando esta lengua que no es su lengua madre; luchan con los medios de que disponen para que sus poemas lleguen a algunos lectores.

En la boca del lobo

En *El año de la muerte de Ricardo Reis*, José Saramago escribe que “probablemente es la lengua la que elige a los escritores que precisa, se sirve de ellos para que expresen una pequeña parte de la realidad”. Quisiera agregar a esta constatación que la lengua expresa también lo que está detrás de esa pequeña parte, lo que no se ve o no se dice. Va más allá de lo real, ya que no se somete a la realidad visible, sino a sus componentes más misteriosos, más enigmáticos.

Así fui elegido, cuando siempre estuve convencido de que la cuestión de la elección ni siquiera se me había planteado, salvo que en el momento de pasar del aprendizaje a la escritura, el francés se impuso en mí con una naturalidad desconcertante. Prueba de ello: nunca cambié de lengua.

A veces me ha sucedido de rebelarme contra la noción tan ambigua, tan estrecha de francofonía. Se considera francófono al escritor meteco, al que viene de otra parte y al que se le ruega atenerse a su estatuto levemente desplazado con respecto a los escritores franceses de pura cepa.

Pura cepa: una noción tan antipática como la de francófono. Esta distinción existe, la hacen los diccionarios, los medios de comunicación y los políticos. Casi parecería una discriminación. Pero la pasaremos por alto y les pediremos a los defensores oficiales de la francofonía que tengan un poco de imaginación para englobar en la literatura francesa a todos aquellos que escriben en francés, sabiendo perfectamente que existen varias formas de manejar esta lengua, de Marcel Proust a Louis-Ferdinand Céline, pasando por Aimé Césaire y Kateb Yacine, entre otros.

Este enojo ya no tiene razón de ser. Simplemente porque el público, el gran público no hace distinción entre una literatura “negra” y otra “blanca”, una literatura “de pura cepa” y otra “meteca”, y le gusta la buena literatura cualquiera sea su autor, su color de piel, sus orígenes geográficos, sus horizontes o el timbre de su voz cuando lee lo que escribió. Desde entonces, se sabe que la francofonía alcanzó su estatuto de origen, el de un terreno político que alimenta una memoria colonial apenas superada o más bien disfrazada.

Sirve para reunir a los jefes de Estado de los llamados países francófonos, darle a Francia la ilusión de que controla, o al menos cultiva, cierta amistad, por no decir sus intereses. Se trata de una suerte de matriarcado ambiguo, pero nadie es ingenuo y mucho menos los escritores. Ver a esos jefes de Estado afri-

canos colocándose sabiamente alrededor del presidente francés para la “foto familiar” tiene algo de patético y anacrónico. ¡Y les gusta!

La lengua es naturalmente la base de la cultura. La cultura es la vida cotidiana, la vida que se trata de entender, sabiendo que está hecha de misterio, azar, secreto e incompreensión. La lengua nos da la ilusión de comprender el mundo, sondearlo, conocerlo e incluso dominarlo. [...] Las palabras levantan la tierra de nuestra infancia y la esparcen en las estaciones que alimentan nuestra esperanza. Que estas palabras pertenezcan a la lengua de Racine nada cambia en la tarea, salvo que, en el caso de los escritores provenientes de otras partes, estas palabras adquieren un color particular ya que no son palabras huérfanas, sino palabras que se zambullen en memorias de todos los aromas.

Curiosamente, cuando se habla de Franz Kafka, Emil Cioran, Samuel Beckett o Eugène Ionesco, rara vez se recuerda que no escribían en su lengua materna, o bien que iban de una lengua a la otra sin que ello ofuscará o causara problemas. Aquellos que son señalados con el dedo, que deben justificarse, mostrar sus “papeles”, aquellos que son mirados con suspicacia, son los “metecos”, los cuales están felices de cultivar ese jardín francés, un inmenso parque público donde crecen todas las flores, sin hablar de las malas hierbas, ingredientes indispensables para hacer buena literatura.

Me acuerdo del poeta marroquí Mohammed Khaïr-Eddine, un bereber que llegó a Francia poco después del terremoto de Agadir (1961), un poeta rebelde, insolente, que llevaba la rabia y la muerte en el ojal, buscando en el diccionario las palabras raras para expresar toda su ira. Hasta su muerte, persistió en el maltrato de la lengua francesa para obtener de ella poesías de excepcional fulgor. Saqueaba el francés, siendo irreprochable en la sintaxis, lo sometía a su deseo de confesar todo, deconstruir todo. Él, ¿“francófono”? Gritaba: “¡Poeta, Dios y no otra cosa!”.

Me acuerdo de Kateb Yacine, poeta errante, incomprometido en su país, Argelia, que no sabía contener su rabia, si no en una autodestrucción, mezclando el francés, el árabe y el bereber en una obra de teatro: *Mohamed, ¡toma tu valija!* Un acto audaz que le permitió comunicarse directamente con el pueblo inmigrante en Francia. Ante el gran éxito que tuvo esta obra, un periódico del ejército argelino atacó a Kateb, y los primeros islamistas lo persiguieron, interpretando el título de la obra al pie de la letra, siendo Mohamed, en su mente, ¡el Profeta!

Kateb, testigo de la masacre perpetrada por el ejército francés sobre la población de Sétif en 1945, decidió meterse “en la boca del lobo” para escribir. Lo que más tarde daría origen a *Nedjma*, novela de una densidad excepcional, publicada en plena guerra de Argelia, lo que llevó a su editor (Seuil) a acompañar el texto con un prólogo. Fue en una lengua pura, brutal, precisa, luminosa que Kateb escribió páginas inolvidables de la literatura francesa. [...]

No mencionaré aquí a todos aquellos que alimentaron y enriquecieron esta lengua, al punto de hacerla migrar a regiones e intimidades donde nunca hubiera podido entrar sola. Sólo quisiera recordar que ni Khaïr-Eddine, ni Kateb reivindicaban esta francofonía que les era ajena porque se pavoneaba más en los palacios presidenciales que en las exigencias de los poetas. No necesitaban ninguna etiqueta para seguir cantando, gritando, bailando y embriagándose con una lengua mucho más hospitalaria, más generosa, más amplia que el espíritu político que trataba de sacar provecho de ella.

Un país sin fronteras

Toda la paradoja reside aquí. No se habla francés. Tampoco se escribe. El francés es una “cosa”, tallada a medida para que los políticos puedan resguardarse detrás, mientras que el acceso a la escuela francesa, en algunos países, es de los más limitados, que la circulación de las personas (estudiantes, artistas, intelectuales) se ha vuelto muy difícil, que los institutos franceses en el mundo, donde se ama la lengua y la cultura francesas, se quejan de la falta de recursos. Francia eligió palabras para hablar de su política de cooperación, pero carece de los medios para llevarla a cabo. El dinero se va a otro lado, a proyectos de defensa o seguridad. La quinta potencia del mundo carece de medios para reconciliarse con su pasado de potencia cultural, y a veces se queja.

La francofonía, como institución, vive también gracias a aquellos que creen en ella fuera del Hexágono. Algunos se aferran a ella, a falta de un reconocimiento natural y evidente. Poco importa, una lengua tiene esto de particular: es una casa inmensa con puertas y ventanas sin marcos, abiertas permanentemente al universo; es un país sin fronteras, sin policía, sin Estado, sin cárceles. La lengua no pertenece a nadie en particular; está allí, disponible, maleable, viva, cruel, magnífica y siempre repleta de misterios.

El francés no escapa a esta visión. Lo hablan millones de personas que no son legalmente franceses. Lo escriben, maltratan, enriquecen, fecundan miles de creadores dispersos por el mundo. Me acuerdo de un vietnamita, un hombre de más de 70 años que, entrevistado por Radio France, lamentaba con elegancia que el Consulado de Francia en Hanoi le hubiera negado una visa de turista para visitar nuevamente la Sorbona, donde, unos cuarenta años antes, había defendido una tesis sobre la poesía de Victor Hugo. Para expresar su pesar, se puso a recitar “Las contemplaciones” de memoria. Homenaje a la lengua, al espíritu y a la generosidad de una cultura a la que a veces le impiden vivir debido al celo o a un racismo profundo y no reconocido de algunos funcionarios menores tercetos e incultos. Ese hombre no se quejaba, sólo contaba que un funcionario menor de Francia le había impedido cumplir un sueño. Terminó recitando un poema de Stéphane Mallarmé.

Hoy sólo una ínfima minoría de personas habla francés en Vietnam: sobrevivientes de la época de Indochina y algunos jóvenes que toman clases en la Alianza Francesa. El resto se volcó al inglés.



© Pierre-Jean Durieu / Shutterstock

Festival de Lucs. A fin de año, los edificios históricos de la ciudad de Lyon se cubren de colores. En este caso se proyecta *El Principito*, obra cumbre de la literatura infantil.

La pasión por la lengua francesa nunca será inútil. Se extiende, se propaga y se desarrolla a espaldas de la famosa pura cepa francesa. A aquellos que hablan y escriben en francés no les gusta dar explicaciones sobre su relación con la lengua y los escritores que la han llevado a la cumbre de las civilizaciones. Lamentan que la patria de la lengua se interese menos por su futuro. Francia piensa que su lengua es lo suficientemente fuerte como para resistir sola los ataques del inglés o el español. Esta arrogancia es producto de la ignorancia. Por ser la base de toda cultura, la lengua necesita ser alimentada, festejada, celebrada, amada para que se enriquezca y difunda con felicidad y generosidad. Para ello, habrá que renunciar a la avaricia del corazón y a los recortes de los presupuestos de cultura y cooperación. Pero eso nunca impidió a los poetas, novelistas, creadores comprometerse para vivir el francés y hacerlo vivir más allá de las fronteras y las políticas de corto plazo.

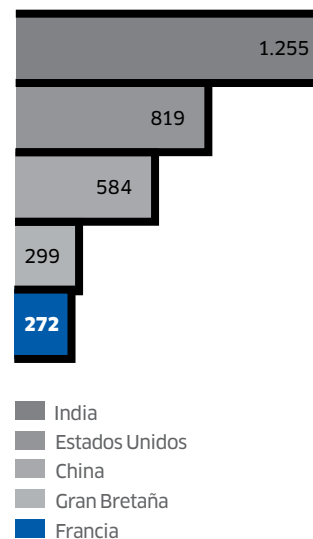
Al igual que René Char, “me cuesta reconocerme ante las evidencias”; entonces vuelvo a las palabras, a sus desafíos y complejidades. Quisiera expresar la felicidad de escribir, quiero decir la angustia y la duda, la impaciencia y el fervor. Escribir en francés no fue para mí un problema, ya que el francés es mi lengua, y nadie podrá arrancármela o ahogarla. Me siento como un personaje de William Faulkner –en *Mosquitos*–, que se definía así: “Apasionado, simple y eterno en la oscuridad equívoca e irrisoria del mundo”. Es en esta confusión, esta diversidad y esta ausencia de certezas que mi imaginario se expresa en francés, y he recibido comentarios de algunos lectores que aseguran haberme leído en árabe cuando leían mis libros en francés. Ésa es otra historia, pero no es ni absurda ni irrisoria, es verdadera, y aún me pregunto por qué. ■

*Escritor, premio Goncourt 1987.

Traducción: Gustavo Recalde

Cine

(producción de largometrajes, 2011)



Un sector pujante

Con 356 millones de libros vendidos en 2013, la industria editorial, liderada por el grupo Hachette, se mantiene por delante del cine y de la música como la principal industria cultural francesa (7.500 millones de euros anuales), que retrocedió un 4% entre 2011 y 2013. Se estima que existen entre 1.500 y 2.000 editoriales en todo el país.

El teatro como servicio público

Descentralizar la cultura

por Bruno Boussagol*

Ir al teatro se ha convertido a menudo en símbolo de distinción cultural. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, las luchas sociales y políticas buscaron que cada francés pudiera apropiarse de ese arte. Tal fue el sentido de una “descentralización” emancipadora, diferente de aquella que, desde hace unos treinta años, se ha ido pervirtiendo.

“Se trata pues de hacer una sociedad, después haremos quizás buen teatro.”

Jean Vilar

La palabra “descentralización”, cada vez más utilizada y ligada a la noción de “territorio”, está asociada desde 1982 a Gastón Defferre, quien, como ministro desde 1981 hasta 1986 bajo la presidencia de François Mitterrand, puso en marcha una transferencia de competencias administrativas del Estado hacia entidades locales. Pero el término designaba, anteriormente, un ideal completamente distinto, formulado de la siguiente manera por el hombre de teatro Jean Vilar: “Compartir con la mayor cantidad de personas posible lo que hasta ahora se creyó debía reservarse a una elite” (1).

Esa descentralización, que se refiere a la cultura y más particularmente al teatro, la instituyó –en línea con el Frente Popular y el Consejo Nacional de la Resistencia– Jeanne Laurent (2), designada en 1946 subdirectora de Espectáculos y Música dentro del Ministerio de Educación Nacional. El primer Centro Dramático Nacional (CDN) abrió ese mismo año en Colmar. A partir de 1959, André Malraux, ministro de Cultura del general De Gaulle, encarnaría esa voluntad del Estado y crearía las Casas de la Cultura. Estas “catedrales laicas” representaban una política sostenida por la red de asociaciones de educación popular surgidas de la Resistencia: Pueblo y Cultura, Trabajo y Cultura, Asociación para el Teatro Popular. Vilar afirmaba que el teatro debía ser “un servicio público, como el gas y la electricidad”. ¿Qué queda hoy en día de esta voluntad de emancipación de las masas por medio del arte y la cultura, cuando los servicios públicos están en gran parte privatizados o en vías de serlo, y que las instituciones culturales no conciernen a la mayor parte de la población?

Vasto movimiento de emancipación

Para comprender el abismo que nos separa del período 1930-1959, hay que recordar su vitalidad. El Frente Popular contribuyó a ello de manera notable, no sólo por las vacaciones pagas y la disminución del tiempo de trabajo, sino también por el reconocimiento, simbólico y financiero, de las prácticas y las obras artísticas. Además de la gran cantidad de “obras de boulevard”, los espectáculos líricos eran muy populares en todo el país. Los circos, cabarets, music-halls, revistas, bares, teatros ambulantes familiares, burdeles (Edith Piaf cantó en el One Two Two durante la guerra); las giras por las provincias, las ferias itinerantes, los cafés-concert, las salas parroquiales, las casas



del pueblo, los kioscos de música, los desfiles militares, los casinos, los centros de esparcimiento en las ciudades termales, las fiestas nacionales, religiosas o ligadas a los solsticios y, sobre todo, los cines (¿400 millones de entradas vendidas en Francia en 1950!), mezclaban a todos los habitantes del país.

Hacer funcionar esta enorme “máquina de goce” requería cientos de miles de saltimbanquis, casi todos trabajadores pobres, prácticamente sin derechos sociales, a merced del patrón y de los accidentes. El teatro de aficionados, inserto en la vida social de todo el país, respondía al ideal de las asociaciones de educación popular. En suma, contrariamente a lo que suele creerse, el espectáculo en vivo existía en el corazón mismo de la población.

Durante los quince años que siguieron al fin de la guerra, los poderes políticos, educativos, religiosos, sindicales e industriales modificaron profundamente este campo de actividades, mediante cambios que implicaron mejoras sensibles, pero también conmociones. Particularmente, condujeron esas prácticas hacia una profesionalización que, si bien derivó en la conquista de derechos sociales, instituyó una división del trabajo poco presente hasta ese entonces. Numerosos establecimientos se vieron obligados a cerrar, por perturbar el orden público, insalubridad o por no respetar la reglamentación.

Al mismo tiempo, los medios asociativos (hogares Léo-Lagrange, casas de los jóvenes y de la cultura, hogares rurales, escultismo...) y los de la enseñanza nacional (Federación de las Obras Laicas, FOL) abrieron el campo de la cultura a los adultos y a los jóvenes poco instruidos. Entre 1945 y 1960 se llevó a cabo una verdadera guerra ideológica, a través de la pedagogía militante y el entretenimiento inteligente, que llegó a la población vía los barrios, las parroquias, las fábricas, las escuelas, los municipios. Mientras tanto, también la industria accedía al campo de la cultura para progresivamente fijarla, reproducirla y venderla: discos, libros de bolsillo, televisión, radio.

Avignon sería el primer emblema de este vasto movimiento de emancipación. En 1947, con 35 años, Jean Vilar respondió al llamado del poeta René Char e instituyó un festival de teatro en el corazón de un palacio histórico y religioso. Cuatro años más tarde, se convertiría en director del Teatro Nacional Popular (TNP) en otro palacio: el de Chaillot, en París –en este caso, laico–. Esta alianza simbólica del teatro, la poesía, el poder y la pedagogía, que marcaría la historia de la creación teatral francesa de forma duradera, alcanzó un éxito considerable: durante los doce años que duró la direc-

ción de Vilar, el TNP recibió a unos 5.200.000 espectadores. La estrategia desplegada no fue la de despertar la conciencia política del público –factor de división–, que preconizaba Bertolt Brecht, sino su contraria: “El arte del teatro sólo alcanza toda su significación cuando logra congregarse y unir”, afirmaba Vilar.

En 1964, los primeros Encuentros de Avignon entre artistas, intelectuales y representantes inaugurarían un laboratorio de políticas culturales. Fue el comienzo del poder de lo político sobre el arte, que a menudo lleva a la desaparición de la política... Desde entonces, y hasta 1970, en el CDN de Saint-Etienne –para atenerse a este único ejemplo–, Jean Dasté, pionero de la descentralización, desarrolla su método en las ciudades obreras y los pueblos.

Exclusión y nivelación ideológica

Mayo de 1968 vendría a alterar lo que parecía ser un consenso. [...] Tras los Estados Generales de la Cultura que, desde el 21 de mayo hasta el 11 de junio de 1969, reunieron a los responsables de los Centros Dramáticos y de las Casas de la Cultura, la Declaración “de Villeurbanne”, firmada esencialmente por directores de teatro (Roger Planchon, Patrice Chéreau...), marcó la emancipación de los profesionales de este campo respecto de las autoridades de control. Se autoproclamaban artistas de pleno derecho: el “teatro de arte” que reivindicaban ya no plantearía la cuestión del público al que se dirige, sino sólo la del “objeto teatral” producido.

Si bien esta famosa cuestión del público quedaría así librada al sector llamado socio-cultural, los directores, en cambio, reivindicaban por su cuenta edificios y subvenciones. A la vez que lograban integrar los actores al régimen del seguro de desempleo (1969), los “patrones” de la descentralización fundarían en 1971 el Sindicato Nacional de las Empresas Artísticas y Culturales (SYNDEAC), constituyéndose así en red de influencia. Los CDN funcionarían prácticamente en forma aislada, comprándose mutuamente sus espectáculos y programándose unos a otros.

Del rock al teatro, del cine a la danza, de la fanfarria al espectáculo callejero, surgieron numerosos artistas, abiertos a los obreros, los campesinos, los prisioneros, los locos, los niños... Trabajaron nuevas formas, nuevos temas, para y con nuevos públicos: se creó “otra descentralización” representada por André Benedetto en Avignon, el Teatro Acción en Grenoble, el Teatro del Aquario en la Cartoucherie de Vincennes, y tantos otros. Con los años, los poderes públicos se vieron obligados a tenerlos en cuenta, sin jamás reconocer completamente su alcance humano, artístico y político.

Peor aun: desde la consagración de Jack Lang como santo patrono de los creadores a su llegada al Ministerio de Cultura en 1981, la política cultural fue por dos andariveles, segregando tanto al público como a los profesionales. La renovación de los directores de los teatros públicos se resume en lo esencial a un juego de sillas y el Festival de Avignon consagra cada año a uno o dos creadores proyectados a la “escena europea”, para un público a su vez cada vez más europeo, en una suerte de descentralización a la inversa, a la vez que celebra a directores de alta gama, del alemán Thomas Ostermeier al italiano Romeo Castellucci. Pero, ¿qué sentido puede tener la programación de un texto de Shakespeare actuado en alemán y subtítulo en francés para un público de turistas chinos? Asimismo, cada CDN o festival importante tiene su público, sus sponsors, sus patrocinios mediáticos y sus representaciones de prestigio, limitadas a pocas fechas, con entradas caras, pero, por lo general, agotadas. Grandes manifestaciones populares como las Folles Journées de Nantes se convierten en franquicias, aunque reciban subsidios públicos.

En la vereda de enfrente, las compañías independientes buscan donde mostrar sus espectáculos: representan el 84% del mercado, con un 16% de los lugares de difusión (3). La mecánica de la exclusión y de la nivelación ideológica se perpetúa así en la continuidad, sea el ministro “de izquierda” o de derecha...

El Estado deja progresivamente en manos de las instituciones locales y de los socios privados el financiamiento y la responsabilidad administrativa y simbólica de la difusión de los espectáculos en vivo. Miles de compañías se lanzan a una competencia encarnizada en el mercado de la actividad artística y cultural: licitaciones, residencias, becas y otros concursos. Pero es siempre el Estado el que garantiza a las obras “la etiqueta roja de calidad Francia” al seleccionarlas, financiarlas y difundirlas. Censura al revés... Según el proyecto de Ley de Finanzas 2014, de los 283,7 millones de euros de créditos desconcentrados del Ministerio de Cultura, sólo un 17% va a las compañías y lugares no reconocidos por este proceso de legitimación. ■

1. Jean Vilar, “Le petit manifeste de Suresnes” (1951), en *Le Théâtre, service public*, Gallimard, París, 1971.

2. F. Lepage, “De l’éducation populaire à la domestication par la ‘culture’”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2009.

3. “Eléments d’analyse 2013” de la Commission Paritaire Nationale Emploi-Formation du Spectacle Vivant, París.

*Director de teatro y realizador artístico de Brut de Béton Production.

Traducción: Florencia Giménez Zapila





Fuerza y aislamiento del rap independiente

El gueto le habla al gueto

por Thomas Blondeau*

A raíz de la estigmatización de los suburbios y la crisis del mercado discográfico, el rap independiente francés renunció a conquistar el gran público y se replegó en su territorio de origen y en modos de producción y difusión artesanales. Sus estrellas obtienen discos de oro, pero son casi desconocidos fuera de sus barrios.

Urbanización de la Place-Haute, Boulogne.
“Para los muchachos de mi ZUP [Zona de Urbanización Prioritaria] / Acá nos cojemos a los stups [policías antinarcóuticos].”

Las rimas que resuenan entre las paredes de la urbanización pertenecen a LIM, un joven rapero de 28 años, protagonista de un éxito discográfico fulgurante. Desconocido por el público masivo, a la vanguardia de un rap independiente en ruptura frontal con el sistema, integra un puñado de raperos cuya música no se oye ni en la radio ni en la televisión, pero cuyos discos se venden por decenas de miles.

Sentado en el sofá de su estudio de grabación, el joven señala la consola de sonido: “Consolas como ésta sólo hay cuatro en Francia; es lo último”. Suena extraño escucharlo detallar las decenas de miles de euros invertidos en ese material de primera gama, que decidió instalar en un sótano de su urbanización. Personaje anónimo de los suburbios parisinos perdido en medio de los monobloques de cemento, LIM es una estrella del rap, pero no posee casa junto al mar ni cuenta en Suiza. Creció en Boulogne, junto a Mo’vez Lang [Malas Lenguas] o la superestrella Booba –que se fue del barrio–, y sigue viviendo aquí, a pesar del éxito, a pesar de los euros.

Abandonar el barrio nunca fue siquiera una opción: “¿Para ir adónde? Cuando voy a dar vueltas por París, me hacen sentir que mi lugar está acá, en mi urbanización, entonces me quedo”. Sus discos relatan temas cotidianos, sin énfasis ni grandes discursos, lejos de las fanfarronadas en Cinemascope que inundan las ondas. Un rap áspero y agrio, amasado con frustra-

ciones, diatribas contra la policía, historias de chicas solas, de hermanos en prisión, primos sin papeles que cruzan el Mediterráneo. Un discurso que a priori no tiene ninguna chance de encabezar las listas de ventas en el mundo de la canción francesa. Sin embargo, en la pared, sobre el sofá, cuelgan dos discos de oro.

París, V distrito. Las discográficas aún recuerdan el impacto: en octubre de 2007, en las oficinas de Universal Music, los resultados del Top Album –ranking semanal de ventas de discos– cayeron como una bomba. Por delante de Christophe Maé, Vanessa Paradis y Manu Chao –entre los que más discos venden en el país–, titilaba el nombre de LIM. Propulsado por un sello de nombre evocador, Tous Illicites Records [Todos Ilícitos Records], el rapero acababa de instalar su segundo álbum, *Delincuente*, al tope de las ventas. En la discográfica, nadie había siquiera oído su nombre. Esos resultados incomprensibles explican sin embargo el lento regreso del rap francés hacia las barriadas de donde surgió.

A fines de la década del 90, cuando las ventas de discos de rap comenzaron a caer, los grandes sellos frenaron su política de incorporaciones, obligando a los raperos a organizarse de manera independiente. A falta de contratos discográficos, el rap comenzó a difundirse de manera informal, a través de *mixtapes* (1), de los Street-CD (2), de los formatos propios del rap, en los cuales un disc-jockey (DJ) invita a los raperos de su barrio a grabar sus canciones.

Producidos con medios escasos y distribuidos en pequeñas cantidades, esos discos callejeros fueron →

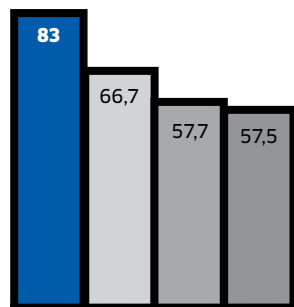


Grafitis. El arte callejero, un modo de expresión fundamental de los raperos suburbanos, otorga una gran visibilidad a grupos estigmatizados sin otros medios de comunicación.

Turismo internacional

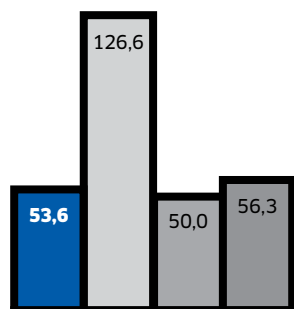
Visitantes

(en millones, 2012)



Ingresos

(en miles de millones de dólares, 2012)



■ Francia
■ Estados Unidos
■ China
■ España

→ entonces los principales vectores de la novedad en ese rap organizado espontáneamente, por fuera de las contingencias del comercio discográfico.

No hay fecha para sacar un *mixtape*. Sale cuando se vende el *hachis*, cuando entra plata, cuando el estudio está disponible. En ese marco, el funcionamiento anárquico de los pequeños sellos –estructuras de producción más o menos formales que surgieron por entonces (Time Bomb, Beat de Boul)–, la violencia verbal de esos raperos cada vez más marginales y los turbios capitales que financian la producción convencieron a la industria y a las radios de apartarse.

Sin embargo, desde el año 2000, los discos de oro (3) del sello independiente 45 Scientific (Lunatic, Booba) revelan un mercado en plena expansión, otorgando a ese rap un nuevo horizonte. Este éxito inesperado logró atraer a varios distribuidores atentos, que se hicieron cargo de su difusión en los negocios, ofreciéndole un auditorio más amplio y nuevas perspectivas comerciales. “Esta generación de independientes, capaces de desarrollarse por fuera de las compañías de discos, es una realidad desde hace años –explica Philippe Gaillard, en ese entonces responsable de la distribución de sellos en Wagram Music–. Apenas alcancé un acuerdo para la distribución del sello Menace Records, las primeras ventas, del orden de los 25.000 ejemplares, me permitieron verificar esa convicción.”

Hoy, ese puñado de independientes representa para los distribuidores cientos de miles de discos. Para los raperos, productores de sus discos y dueños de sus grabaciones, el negocio es igualmente lucrativo, transformando la independencia que heredaron por obligación en una nueva fuerza. Aunque sus discos ya se distribu-

yan correctamente, siguen alimentando el mercado informal que los hizo crecer, a través de Internet, de las pequeñas disquerías, de los mercados de pulgas. Así, conservan su “buzz”, su reputación, su omnipresencia ante sus fans, hasta que salgan los álbumes oficiales.

Puerta de Clignancourt, París. En el corazón del mercado de pulgas, el stand del equipo Ghetto Fabulous Gang (93) explota: “Levanten barricadas en mi urbanización, no tengo nada que perder / Ruego cada día para que Francia estalle / No cantamos La Marsellesa, somos sin papeles / Do or die yarah, no somos civilizados”. Frente a los parlantes, Alpha 5.20, la cabeza del clan, se muestra irónico: “¿Qué crisis del disco?”. Desconocido hace apenas unos años, este rapero de mala fama, vende actualmente miles de discos: “Sacamos nuestro primer *mixtape* hace ocho años, y vendimos 7.000 de un saque. Ahí cambió todo”, explica.

En ese stand, verdadera Fnac del rap independiente al lado de la ruta de circunvalación, se encuentran los discos del rapero que se venden en los comercios tradicionales, pero sobretodo los *mixtapes* y cd callejeros, codiciados por los fans. “Producen como locos –explica un habitué–. Todas las semanas hay discos nuevos, inéditos, grabaciones con tal o cual. No paran nunca.”

Una lógica económica que coquetea con la sobreproducción, a veces en detrimento de la calidad, pero que funciona: “Vivimos del rap, y vivimos bien. Ya no hay plata sucia acá –cuenta Alpha–. El *cash* que recuperamos lo reinvertimos, y se multiplica”. A pocos metros de allí, se encuentra el stand de Larsen, un ex preso de 26 años que se llena los bolsillos con sus rimas. Un poco más arriba en el boulevard, el colectivo Truands de la galère [Truhanes del rebusque] difunde sus novedades. “Es un verdadero trabajo de sello independiente, un trabajo de terreno, de largo aliento. A menudo, regalan temas, videos”, afirma un compañero de Alpha.

Presentes en el “ter-ter” (el terreno) y difundidos en Internet por blogs y sitios especializados, esos artistas no necesitan promoción. Si aparecen poco en los medios, es porque están cerca de un público que se les parece y circulan sin complejos en los barrios suburbanos de monobloques, donde son recibidos como príncipes. Se trata de una relación de proximidad, de amistad casi: “Es nuestra familia –subraya LIM–. No somos estrellas. No tenemos fans, sólo tenemos hermanos, y es gracias a ellos que el negocio se mantiene. ¿Nos querés ver? Acá estamos, en el barrio”. Esta afirmación muestra un aspecto aun menos visible del éxito del rap independiente. Porque no se puede explicar únicamente por la visión comercial de un puñado de capitalistas. Detrás de esas cifras de venta, hay algo más que rap.

Urbanización de la Place-Haute, Boulogne. En el estudio de grabación de LIM, los parlantes difunden su último tema: “Número uno en el Top álbum no cambió mi vida / Sigo pasando noches de mierda / Limpiando mi Magnum, porque tengo demasiados problemas / La vida decente me huye, el *star-system*

me aburre”. En efecto, tres años después de su primer disco de oro, el rapero no cambió. Enfundado en un jogging con los colores de Argelia, explica: “Mi vida es la misma, mi cabeza también. Mi rap tampoco cambió, y es por eso que la gente se identifica”.

Con el dinero de los discos de oro puso en regla los estatutos de Tous Illicites Records, y compró un sótano para montar su estudio de grabación. Nada más. “Este estudio es para la gente de acá –insiste–. El disco de oro es de todos. No me sentiría orgulloso si estuviera solo adelante”. En sus discos vuelve sobre su vida cotidiana y la de su entorno, ese teatro urbano de moral áspera y modales poco delicados: el asalto a una agencia de apuestas hípicas, el “deal” y los años de cárcel que van de la mano. Un reflejo honesto de lo que ocurre en la urbanización, lejos de la megalomanía que asola a menudo al rap. Por allí desfilan amigos recién salidos de la cárcel, prostitutas a las que se les paga con un poco de *hachis*, políticos incompetentes, policías en la mira, asco, odio y sólo una pizca de esperanza. A través de ese rap, el gueto le habla al gueto, haciéndose eco de una realidad cotidiana tan específica, que nunca resuena mejor que entre las paredes de los barrios que representa. En un artículo dedicado a Larsen, amigo de LIM, el diario *Le Monde* tituló: “Rapero de proximidad” (10-7-09). Si bien LIM rechaza esa denominación, que considera demasiado estrecha, admite: “No votamos, tenemos nuestra propia política, vivimos nuestras cosas entre nosotros. No olvidemos que nos metieron en este rrioba (barrio). Encerrados”.

En los noventa, las primeras figuras del rap buscaban el diálogo a través de un discurso de apertura: “Grupos como Assassin o NTM deseaban probar que no eran

gananas de llamarte Nique Ta Mère [Coge a tu madre] y de quedarte en tu barrio”. La prueba: este rap independiente ya no es “el altoparlante de los barrios suburbanos” que reivindicaba la generación NTM, sino un canto solitario que pareciera dirigirse únicamente a sí mismo, o en todo caso, a sus hermanos de la urbanización de al lado. Despreciado desde sus orígenes, se transformó a su vez en despreciativo, moviéndose en los márgenes y dirigiéndose a lo marginal, acechado por una forma de repliegue comunitario. La dialéctica “ellos/nosotros” de los años 90 fue reemplazada por un “nosotros/nosotros” con forma de desamor social. Que se cojan a su madre la bandera, la escuela, el laburo y hasta las discográficas. Una luz de orgullo brilla en los ojos de LIM: “Claro, las grandes discográficas vinieron a verme cuando vieron nuestro éxito. Pero no las necesitamos, no me importan sus contratos. Hacemos lo nuestro acá, entre nosotros. Punto”.

Hay en ese “nosotros” como un desafío a las políticas de integración mal aplicadas, a las buenas intenciones de los años 80, que pretendían que los negros y los árabes pudieran entrar en las discotecas. Pero ellos querían entrar en la ENA [Escuela Nacional de Administración]. Pragmáticos y obstinados, transformaron su condición de excluidos en una bandera y fundaron en el borde de las ciudades una economía, una red y un sistema de valores casi autárquicos.

Esa música, cada vez más hermética, mechada con un *argot* poco menos que incomprensible para el profano, se corresponde a la perfección con la situación social y psicológica que representa, y dice mucho más de lo que podría creerse en base a su aparato rústico y violento. Esa actitud de repliegue, tan predominante en la producción musical de algunos raperos, no es sólo un rasgo característico de los jóvenes. Las tasas récord de

Un mercado en crisis

Las ventas de música grabada (CD, DVD y descargas por Internet) se redujeron prácticamente a la mitad en Francia entre 2003 y 2009, pasando de unos 1.900 millones de euros a cerca de 900 millones, con un retroceso notable de los CD. En ese marco, la venta de música nacional duplica a la internacional.



© Lisa-Lisa / Shutterstock

Mujeres. En los suburbios sufren la cosificación y la opresión.

Despreciado desde sus orígenes, se transformó en despreciativo, moviéndose en los márgenes y dirigiéndose a lo marginal.

ciudadanos de segunda, que sabían manejar el idioma, que ellos también podían participar en la sociedad”, analiza Vincent Berthe, ex jefe de redacción de *Rap Mag*. Pero a fines de la década, debido a las políticas que estigmatizaban a esas urbanizaciones, sus poblaciones y sus religiones, y a un mercado discográfico saturado, la esperanza surgida por los comienzos industriales del rap se desmoronó. De vuelta en la calle, el rap pasó lentamente de esa expresión abierta a la otra, más bruta(1), de la vida diaria de jóvenes en ruptura, que sobreviven al límite de la legalidad, a los que permanentemente se les enrostra su origen, sus barrios.

Una evolución a la que no es ajeno Kool Shen (NTM), padrino de la antigua generación: “Poco a poco te vas dando cuenta que aun cuando trata de abrirse, de crear bellos textos, el rap conserva esa imagen de música de salvajes. Después de un tiempo sólo tenés

abstención (cerca del 70%) registradas en los suburbios en las elecciones regionales, parecen confirmar de manera más amplia el repliegue y el desinterés por la “política exterior” que se generaliza en esas zonas. ¿Se los dejará deslizarse aun un poco más al margen? ■

1. Compilaciones que a veces están en el límite de la legislación sobre el copyright. Véase “Des maisons de disques bousculées par la rue”, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2008.
2. CD de producción artesanal.
3. Por entonces, 100.000 ejemplares vendidos. Como consecuencia de la caída en la venta de discos, ese umbral se bajó en 2009 a 75.000, y luego a 50.000 ejemplares.

*Periodista independiente, autor (junto con Fred Hanak) de *Combat Rap I y II*, Le Castor astral, Pantin, 2007 y 2008.

Traducción: Carlos Alberto Zito



5

Lo que vendrá

EL QUIEBRE DE LA SOLIDARIDAD

“Una nación es una gran solidaridad”, afirmaba en 1882 Ernest Renan. Hoy, el compromiso alcanzado por los franceses tras la Segunda Guerra Mundial se encuentra amenazado. En un contexto de profunda crisis económica, el modelo social, industrial y de Estado que caracterizó al país en el siglo XX enfrenta los embates del capitalismo financiero. Presionado por las exigencias de competitividad de la Unión Europea, intenta resistir a la institucionalización de la precariedad social.

Francia y el capitalismo del siglo XXI

por Denis Merklen*

Tal vez no sea exagerado afirmar que se juega actualmente en Francia –y en el resto de Europa– un capítulo importante en la historia del capitalismo. Todos los temas centrales de la relación del capital con la sociedad están en juego al mismo tiempo: la forma del propio capitalismo, el Estado y las instituciones públicas, la democracia, los movimientos sociales... La batalla toma por terreno a la sociedad francesa. ¿Cómo actúa en este marco el gobierno socialista de François Hollande? ¿Resistirá la democracia social que Francia supo afianzar durante el siglo XX, o será finalmente barrida como en tantos otros lugares?

El triunfo de François Hollande en las elecciones presidenciales de mayo de 2012 estuvo cargado de expectativas. En alianza con los Verdes (ecologistas), el candidato del Partido Socialista enfrentó al candidato de la derecha, Nicolas Sarkozy, que buscaba entonces prolongar su mandato (2007-2012).

Sarkozy buscó desde el inicio de su gobierno proyectar a Francia hacia Europa y hacia la globalización, como si Francia estuviera todavía estancada en un pasado característico del siglo XX que el resto del mundo ya habría superado. Pretendía entonces abandonar el modelo de capitalismo francés tal como había sido regulado, principalmente al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El famoso programa del Consejo Nacional de la Resistencia –puesto en marcha a partir de 1945 como consecuencia de un acuerdo nacional dirigido por el general Charles de Gaulle, y que incluía al Partido Comunista Francés (PCF) y a la poderosa central obrera (CGT)–, fue presentado explícitamente como el principal escollo. Era necesario liquidar el modelo industrial, social y de Estado que resultaba de esos acuerdos para poner a Francia en los rieles del siglo XXI. Para lograrlo, Sarkozy libró primero una batalla en el seno de la derecha, acorralando los restos del gaullismo, muy debilitados luego del ocaso de Jacques Chirac (1995-2002 y 2002-2007). Se proponía luego reformar el Estado y el sistema social.

Sin embargo, la crisis financiera de 2008, la caída de George W. Bush y la profunda desestabilización de la economía europea dejaron a su gobierno encerrado en la gestión de la crisis y con poco margen para llevar adelante las reformas que proponía. El resultado fue una presidencia desastrosa, en la que Sarkozy quedó limitado a una guerra de guerrillas contra prácticamente todos los grupos organizados, desde los magistrados y la Justicia hasta los docentes y la Universidad pasando por los sindicatos y el conjunto de los empleados públicos. Su mandato terminó identificado a la vez a un programa neoliberal cuya implementación significaba cambiar radicalmente la estructura de la sociedad francesa, y a una serie de gestos de una derecha radicalizada que él alentó designando diversos chivos expiatorios de todos los males: los inmigrantes, los empleados públicos, los jueces, los investigadores, la izquierda, los pobres, los desempleados, los jóvenes delincuentes, los sindicatos...

Prolongado deterioro económico

Como se sabe, la crisis iniciada en 2008 en Estados Unidos provocó un marasmo general de la zona euro con situaciones dramáticas para los casos de Grecia, Irlanda, España, Portugal e Italia. En Francia, durante el gobierno de Sarkozy, la deuda pública alcanzó 1,8 billones de euros (alrededor de 89,3% del PIB), contra 1,2 billones en 2007. En 2012, el crecimiento económico fue nulo (0,0% del PIB); entre 2007 y 2012, la tasa de desempleo pasó de 8,4% a 10,2%. La precariedad social progresó como nunca antes.

François Hollande debió hacer frente a una situación económica preocupante. En ese marco, consideró



Finanzas. Las torres gemelas de la Société Générale son un emblema del moderno distrito financiero de La Défense, en París, cuya construcción se inició en los años 60 y que hoy alberga principalmente oficinas de bancos y aseguradoras.

que era indispensable reducir el déficit fiscal pues la trayectoria de la deuda amenazaba la credibilidad de la economía y ponía en peligro su capacidad de financiamiento. “Francia está acorralada por los bancos”, ese fue el diagnóstico. Durante el primer año de su gobierno aumentó los impuestos de los sectores de más altos ingresos y la renta del capital mientras imponía un techo al gasto público (en 2013, aumentaron los impuestos del 37% de los hogares de mayor ingreso). El gobierno socialista se opuso así a la Unión Europea y a las propuestas de la derecha que preconizaban una drástica disminución del gasto público acompañada de una baja general de los impuestos al capital junto con una transferencia de la carga impositiva hacia los hogares vía un aumento del Impuesto al Valor Agregado (IVA).

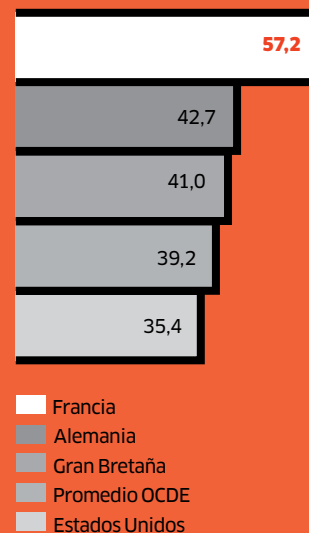
Al principio, el presidente Hollande decidió entonces apostar al crecimiento contra la receta del ajuste. También favoreció algunos sectores muy afectados por los recortes del gobierno anterior. Fue el caso de la educación: durante el quinquenio de Sarkozy se suprimieron 60.000 puestos docentes; en 2013, se recuperaron 10.000. Pero también fue el caso de las protecciones sociales destinadas a los sectores más débiles, como las jubilaciones de menores ingresos y carreras laborales de riesgo (que pueden ahora jubilarse a los 60 años y no ya a los 62 como había impuesto la reforma anterior). De modo general, las prestaciones sociales dirigidas a los sectores más empobrecidos no fueron atacadas y en algunos casos fueron incluso revalorizadas.

El gobierno actuó también sobre el mercado de trabajo. En primer lugar a través de la ley de “seguridad laboral” (*sécurisation du marché de l'emploi*) de 2013, y la ley sobre la “formación profesional y la democracia social” de 2014. El objetivo fue por un lado dar mayor flexibilidad y poder a las empresas (principalmente en materia de despidos) y por el otro mayor seguridad a los asalariados (a través de las cargas impositivas se desalientan los contratos cortos y se estimula el empleo estable). Al mismo tiempo se extendieron algunos derechos individuales (a la formación, al seguro de salud complementario) y otros colectivos (principalmente integrando los trabajadores a los consejos de administración y obligando a las firmas a brindar información a los sindicatos sobre la marcha de la empresa). El modelo es el de las negociaciones paritarias, como se sabe más difundido en Alemania y en los países escandinavos que en Francia, donde la democracia social es más fuertemente regulada por el Estado. Se abrió la posibilidad de que se negocie pérdida de salarios o aumento de la competitividad contra salvaguarda de puestos de trabajo. Para algunos, se avanzó en el sentido de la flexibilidad, para otros en el sentido de la seguridad... Así se dividieron los sindicatos entre aquellos que apoyaron y aquellos que repudiaron la ley.

También fueron creados dos dispositivos de ayuda al empleo de jóvenes, cuya tasa de desempleo es del 22%. El primero –los “contratos de generación”– busca ayudar a la contratación de jóvenes y a la jubilación de los mayores en las pequeñas empresas. El segundo –los “empleos del mañana” (*emplois d'avenir*)– busca →

La brecha educativa

(Índice PISA, 2012, matemática. Más puntos: mayor diferencia entre estratos sociales)



La deuda en cuestión

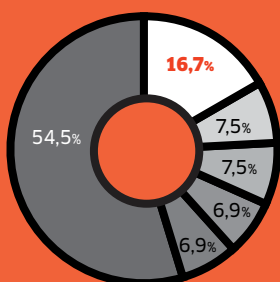
Según un estudio publicado en mayo de 2014 por el Colectivo para una Auditoría Ciudadana de la Deuda (CAC), que reúne a un centenar de comités de toda Francia, el 59% de la actual deuda pública francesa es ilegal. En el cálculo el CAC incluyó a la parte de la deuda correspondiente a la caída de ingresos públicos por “regalos fiscales”, así como la parte procedente de tasas de interés consideradas excesivas.



Automotrices. Fundada en 1919 por André Citroën y creadora de la célebre 2CV, Citroën es, junto con Renault y Peugeot, un símbolo del poderío industrial francés en el siglo XX.

Destino de las exportaciones

(en porcentaje, 2012)



Protección social

Aunque reconoce la necesidad de reformas, el 60% de la población francesa defiende el modelo social de posguerra. Según Eurostat, Francia es el segundo país con mayor gasto de protección social en porcentaje del PIB en Europa (33,6%), detrás de Dinamarca.

→ fomentar el empleo de jóvenes poco calificados y ofrecerles una formación profesional en ciertos sectores por fuera de la economía de mercado (utilidad pública, medio ambiente, desarrollo tecnológico).

A este conjunto de iniciativas se sumaron otras de carácter simbólico. Sarkozy había aumentado considerablemente su salario de Presidente; Hollande bajó el suyo y el de sus ministros y redujo el tren de vida del gobierno. Sarkozy había bajado los impuestos de los más altos ingresos con su famoso “escudo fiscal”, que impedía cobrar impuestos por más del 50% del ingreso de una persona; Hollande derogó ese escudo que protegía a los ricos y aumentó los impuestos hasta el 75% de todo ingreso que supere el millón de euros al año (es el caso de unos mil contribuyentes). Por último, no puede dejar de mencionarse que, contrariamente al gobierno anterior (con su famoso sistema de sólo contratar un funcionario por cada dos que se jubilaban), el gobierno socialista frenó la reducción del número de empleados públicos.

Sin embargo, el conjunto de estas medidas no alcanzó para reducir el desempleo, que sigue aumentando hasta hoy, ni para relanzar el crecimiento de la economía (0,3% en 2013, alrededor de 1% esperado en 2014), ni para reducir la deuda pública. El país evitó los escenarios catastróficos pronosticados con la llegada de Hollande, pero las condiciones de vida de numerosas franjas de la población siguen deteriorándose.

Una era tormentosa

Las elecciones presidenciales de 2002, con el paso a segunda vuelta del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen y la derrota del entonces primer ministro

y candidato socialista Lionel Jospin, abrieron el ciclo político y económico en el que hoy se encuentra empantanada Francia. La situación actual no es una consecuencia del crack financiero de 2008, aunque sin duda éste provocó una crisis económica en toda Europa y agravó las ya deterioradas situaciones sociales de la mayoría de los Estados de la Unión.

El gobierno socialista de Lionel Jospin (1997-2002), bajo la presidencia de Chirac, fue probablemente el último intento de modernización del modelo social que dio su identidad a la sociedad francesa durante todo el siglo XX. No debe olvidarse que Jospin extendió la protección social creando la cobertura universal de la salud (*couverture maladie universelle*), redujo el tiempo legal de trabajo a 35 horas semanales sin pérdida de salario y puso en marcha un fuerte dispositivo de empleo para jóvenes (los *emplois-jeunes*). Para la misma época, la Gran Bretaña de Anthony Blair (1997-2007) y la Alemania de Gerhard Schröder (1998-2005) reducían considerablemente los salarios, bajaban los niveles de la protección social y “flexibilizaban” el mercado de trabajo.

En la búsqueda por reducir el desempleo se siguieron dos caminos diferentes, Francia redujo la jornada laboral, mientras que sus vecinos bajaron el costo del trabajo y desregularon el mercado laboral. El resultado en el Reino Unido fue, como se sabe, catastrófico, pero este país no integra la zona euro. En Alemania, en cambio, el capitalismo funciona mucho mejor que en todo el resto de Europa aunque con un costo social no despreciable. Alemanes e ingleses inventaron la vía que intentó tomar luego Sarkozy y que dio lugar a lo que Robert Castel denominó el “precarariado”: una nueva institucionalización de la precariedad social.

Ese conjunto de reformas se implementaron en el momento del paso a la moneda única. En efecto, la creación del euro puso en competencia directa los Estados de la Unión, que ya no disponen de la política monetaria para regularla. Los desequilibrios sociales y de competitividad resultantes son enormes: los salarios de los países menos desarrollados del Sur y del Este de Europa representan a veces un tercio de los que se pagan en las viejas potencias industriales. Y como consecuencia de las reformas antes mencionadas, Alemania y Gran Bretaña vieron desarrollarse una nueva pobreza: asalariados poco protegidos, de bajos sueldos, subempleados y sometidos a la inestabilidad laboral.

Pero la tasa de desempleo se redujo a tal punto que hoy en Alemania es casi la mitad que en Francia: 5,2% contra cerca del 10%. El golpe fue inmediato: una desindustrialización sin precedentes que no deja en pie sino la industria de altísimo valor agregado y de gran complejidad tecnológica. Entre 2003 y 2008 (antes de la crisis financiera) Francia perdió más de 2 millones de puestos de trabajo, y ese movimiento continúa. Los anuncios de cierres de industrias durante el primer año de la presidencia de François Hollande dieron la impresión de una verdadera avalan-

© endemsa / Shutterstock



Lácteos. Peso pesado, la industria de productos lácteos es la segunda en importancia en el sector agroalimentario francés, después de la industria cárnica. En 2012, facturó unos 27.200 millones de euros y empleó a 56.500 trabajadores.

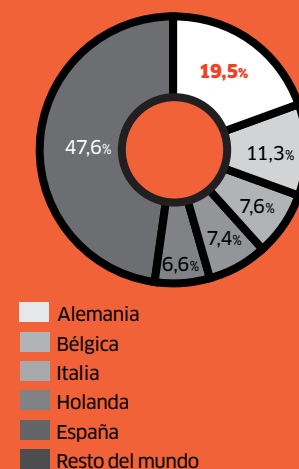
cha. Entre 2012 y 2013, se perdieron 200.000 puestos de trabajo; el desempleo pasó de 9,4% a 9,7% de la población activa. A fines del primer trimestre de 2014, la deuda pública ascendió a 1,9 billones de euros, un aumento de 45.000 millones en un solo trimestre. La deuda representa 93,6 % del PIB, un aumento de 1,8% respecto al último trimestre de 2013.

Contrariamente a lo esperado, aumentó el desempleo, aumentó la deuda y aumentó el déficit fiscal. El empresariado y las clases medias se rebelan reclamando el cese de la presión impositiva. Los desempleados, los asalariados, las clases medias, el peque-

gas sociales transfiriendo los aportes patronales y salariales al IVA y a otros impuestos generales a cambio de la creación de puestos de trabajo. Treinta mil millones de euros de reducción de cargas contra la creación de un millón de empleos que nadie se compromete a crear. ¿Cómo saber que el empresariado invertirá ese dinero para crear puestos de trabajo?

Al mismo tiempo, los recortes presupuestarios afectarán ahora todos los sectores de la administración pública. El primer ministro Manuel Valls anunció un recorte de 50.000 millones de euros de aquí a 2017 (alrededor del 4% del presupuesto público, que

Procedencia de las importaciones
(en porcentaje, 2012)



Las joyas de la abuela

En la última década, varias grandes empresas de Francia pasaron a manos extranjeras: en 2006, el grupo indio Mittal se quedó con Arcelor; en 2014, el grupo chino Dongfeng aumentó su capital en Peugeot-Citroën, al tiempo que General Electric se quedaba con Alstom.

Entre 2003 y 2008 (antes de la crisis), Francia perdió más de 2 millones de puestos de trabajo, y ese movimiento continúa.

ño y el gran empresariado... vasto es el heterogéneo conjunto de sectores sociales que consideran dramática la estrategia socialista. La popularidad del Presidente se hunde a niveles desconocidos (menos del 25% de opiniones favorables) y la izquierda perdió las elecciones municipales y europeas de marzo y mayo de 2014. El cambio de estrategia no se hizo esperar. Cayó el gobierno de Jean-Marc Ayrault (2012-2014) y comenzó el de Manuel Valls.

Todo a la competitividad

Desde los primeros días de 2014, el Presidente anuncia un “pacto de competitividad” con el empresariado. El Estado reducirá la presión impositiva y las car-

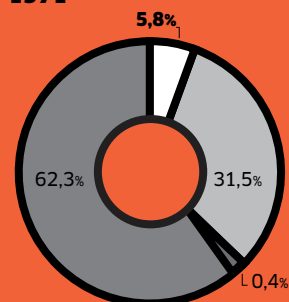
en Francia representa 54% del PIB) sin que se conozca el camino para lograrlo. Por lo pronto, Valls congeló este año los salarios de la función pública (en el marco de una inflación anual del 1%), las jubilaciones (salvo aquellas de menores ingresos) e inició recortes en la salud y en las partidas que el Estado envía a los municipios –los que tienen a su cargo una parte importante de la política social–.

Al comparar la situación del país con la de Alemania, el gobierno llegó a la conclusión de que es necesario mejorar el rendimiento de la economía, y que ello pasa por aumentar la competitividad de las empresas. En efecto, el capitalismo funciona mejor allí. Alemania produjo un 2,5% más de PIB en 2013 que →

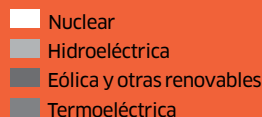
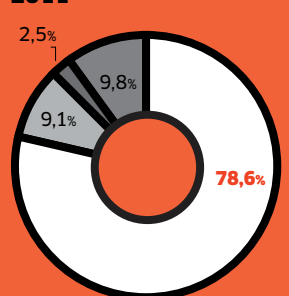
Fuentes de energía eléctrica

(en porcentaje)

1971



2011



Transición en debate

El gobierno de Hollande presentó un proyecto de ley sobre la transición energética de Francia, que pretende reducir del 75% al 50% la participación de la energía nuclear en la producción de electricidad para 2025, aumentar al 32% del consumo energético la parte de las energías renovables para 2030 y reducir a la mitad el consumo total de energía para 2050.

→ en 2007 con una población en descenso, mientras que Francia produjo lo mismo en 2013 que en 2007 con una población más numerosa. Considerando el nivel de PIB por habitante, en Francia el producto fue en 2013 un 2% menos que en 2007, mientras que los alemanes produjeron un 5% más en 2013 que en 2007. Mientras que en 2002 franceses y alemanes producían una riqueza equivalente (24.000 dólares por habitante), Alemania produjo 45.000 dólares por habitante en 2013 contra sólo 43.000 dólares en Francia, una diferencia superior al 4%. Una mejora que la primera economía de Europa alcanzó gracias al “precariado”.

El giro coloca a Hollande en la vía trazada por Blair y Schröder, que el socialismo francés se había negado a seguir en los años noventa. En franca minoría en una Europa donde reina la derecha neoliberal, el Presidente ha podido poco frente a una intransigente Alemania que tiene todo por ganar imponiendo el ajuste estructural al resto de la zona euro. Sin embargo, aunque en medias tintas, se ha logrado una medida muy importante: la institucionalización de un salario mínimo en Alemania (que entrará en vigor en 2015 y que el gobierno alemán colocó estratégicamente más del 12% por debajo del francés: mientras éste es de 9,53 euros por hora, en Alemania será de sólo 8,50 euros). Lo cierto es que el éxito del capitalismo alemán ha servido para imponer la reducción del Estado social y de la seguridad laboral en el resto de Europa. ¿Resistirá Francia?

Los efectos políticos del giro representado por el nombramiento de Manuel Valls como primer ministro serán probablemente muy duros. Se están dando tres golpes de timón simultáneos: hacia la derecha, en beneficio del capital y del alineamiento con Bruselas. Todos de corte neoliberal. Comparadas a lo que el capital financiero y las agencias internacionales han sido capaces de imponer en América Latina, en Grecia o en España, las medidas del socialismo francés parecen timoratas, y comparadas con lo que pretendía Nicolas Sarkozy para su segundo mandato, también. Sin embargo la dirección es exactamente la misma.

Profunda crisis política

Con la excepción de un partido ecologista (Europa Ecología-Los Verdes) cuya fuerza electoral se ha mostrado muy variable y sus orientaciones políticas no menos cambiantes, la izquierda francesa se encuentra en franco desarraigo. Y esta situación no parece sino agravarse. La elección presidencial de 2002 representó el golpe de gracia que terminó de liquidar ese espacio político tal como había existido desde los años 30, alrededor de un Partido Comunista que superaba fácilmente el 20% de los votos y que contaba con la capacidad de movilización del movimiento sindical detrás de la CGT. El Front de Gauche (Frente de Izquierda) liderado por Jean-Luc Mélenchon y por el PCF obtuvo el 11%

de los votos en las últimas elecciones presidenciales y fue central en el triunfo de François Hollande en la segunda vuelta. Sin embargo, su capacidad de movilización es casi nula y su caudal electoral se ha volatilizado en las elecciones de 2014. El socialismo de Hollande parece ya no tener nada a su izquierda sino algo de resistencia entre algunos legisladores de su propio partido que no están seguros de poder parar a su Presidente y a su delfín, un Manuel Valls decidido a avanzar rápidamente, con las elecciones de 2017 en la mira.

En ese contexto, el desamparo de las clases populares es prácticamente total, si no fuera por el movimiento sindical y por el Estado social, que sigue siendo uno de los más protectores de Europa y del mundo. Pero desde el punto de vista de quienes sufren el violento huracán de la desindustrialización y del desempleo, el giro Hollande-Valls suena como una confirmación de que la izquierda y la derecha son “lo mismo”. Como si fuera poco, como en su momento Sarkozy, Hollande da la impresión de estar sometido a la intransigencia de Angela Merkel y a los dictámenes de Bruselas. No se escucha discurso político alguno que no sea un refrito de los argumentos contables sobre el peso de la deuda y del déficit fiscal, del “costo” del trabajo o del “gasto” público. Los políticos se comportan como una elite de tecnócratas que no logran sino correr detrás de una pelota confiscada por el capital volátil. El joven ministro de Economía nombrado en agosto de 2014, Emmanuel Macron (36 años) representa perfectamente el modelo, salido de una *grande école* para formarse luego en la banca de finanzas y desde allí pasar al gobierno.

El capitalismo francés es un capitalismo de grandes grupos económicos que tradicionalmente ha tenido una muy importante participación del Estado, agente central de la política industrial. El petróleo, los trenes, el armamento, la industria aeroespacial, la energía nuclear, la industria automotriz, la industria naval, la industria agroalimentaria, la siderurgia y la minería, la farmacéutica y la medicina, la moda, el lujo y la cosmética... numerosos son los sectores en los que el peso industrial de Francia ha sido y es importante. Y en muchos de ellos el Estado juega, directa o indirectamente, un papel primordial. Sin embargo, muchas de esas áreas fueron deslocalizadas o se encuentran gravemente heridas. Y el Estado va perdiendo en buena medida su capacidad de orientar el desarrollo económico. La quiebra del grupo Peugeot-Citroën, el cierre de la siderurgia en Lorena y la compra de una parte de Alstom por parte de General Electric en 2014 tienen un peso simbólico tan fuerte como el mazazo que cae sobre las espaldas de quienes pierden el empleo o como el terremoto que afecta a las regiones en las que se encuentran sus sitios de producción.

La apertura al capital y a la competencia de numerosas empresas públicas forzada por Bruselas hiere

un importante centro vital de la República: el servicio público (*service public*). Es el caso del correo o de los trenes, que aseguran no sólo importantes infraestructuras económicas sino que cumplen un papel fundamental de integración del territorio. Se trata de empresas que funcionan perfectamente y que se cuentan entre las más eficientes del mundo, pero que se reforman únicamente porque esos sectores son apetecibles para el capital. Tal evolución no sólo amenaza las funciones sociales de esas empresas, sino también la protección social de numerosos asalariados (que la visión neoliberal presenta como “privilegiados”), al tiempo que el Estado ve afectada su capacidad de orientar y regular la economía.

El conjunto de estas transformaciones alimenta cada vez más una idea de pérdida de soberanía de la que se tiene por responsable al personal político. Así se forma la imagen de una “clase política” sumisa a Bruselas e incapaz de proteger la industria y los puestos de trabajo. Exactamente lo que denuncia el Frente Nacional de Marine Le Pen. La hija de Jean-Marie ha abandonado una buena parte de las entonaciones racistas y fascistas del padre para concentrarse en un discurso a la vez social y nacionalista que interpreta a la perfección la relación de las clases populares con sus elites políticas, representadas por el Partido Socialista y la UMP de Nicolas Sarkozy. Así, en las últimas elecciones casi un 20% de los electores votó por el Frente Nacional, y más de la mitad de los ciudadanos mayores de 18 años simplemente no fue a votar.

Francia sufre actualmente el tipo de modernización excluyente que impone el capitalismo financiero cuando toma el control del Estado, al igual que el resto de la Unión Europea. Un modo de ver lo que ocurre en un país como Francia consiste en aplicar a cada uno de los tesoros de la democracia social el adverbio “todavía”. Así se dirá que en Francia todavía hay empleo estable (90% del empleo); que todavía hay protección social, jubilación por reparto y un tiempo de trabajo legal de 35 horas semanales; que todavía hay una escuela pública envidiable y una muy rica política cultural; que todavía funcionan una serie de monopolios públicos como el del transporte parisino; que la investigación científica y tecnológica todavía es un asunto público que importa, y que los investigadores todavía son independientes. Estos “todavía” pueden querer decir que todo terminará tarde o temprano, que el futuro está hecho de puro mercado, de un capitalismo que terminará por someter enteramente a la política.

Pero más vale restituir a los procesos en curso toda la complejidad que los caracteriza para encontrar espacios concretos en los que la acción política pueda desarrollarse. Dada la manera en que el capitalismo contemporáneo arremete contra toda forma de bien común y de servicio público, e impone la movilidad y el riesgo entre las relaciones sociales, cabe preguntarse cómo es posible que todavía sigamos viendo en él nuestro porvenir.



© Rrainbow / Shutterstock

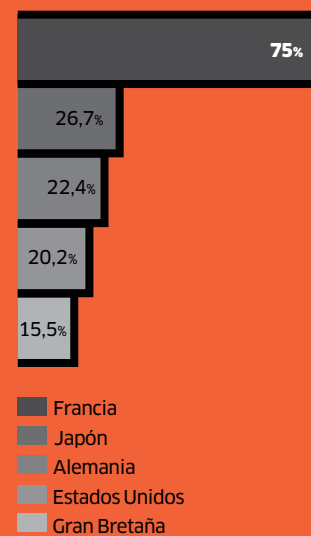
Moda. Las marcas de creación de moda facturan alrededor de 15.000 millones de euros por año en Francia –sin contar los perfumes–, y generan unos 16.500 puestos de trabajo.

Está claro que es necesario avanzar hacia más Europa, pero también es cierto que ese movimiento, sumado a una mejora de la competitividad, no brinda de por sí un modelo de sociedad. Ahora que el capital industrial puede desarrollarse sin problemas en otros lares con mano de obra más barata, el capitalismo parece poner a los Estados y a los sindicatos europeos a elegir entre alto desempleo, como en Francia, o fuerte precariedad, como en Alemania.

Las transformaciones en curso enajenan las bases de la política y socavan las bases sociales de la izquierda. ¿De dónde provendrán las fuerzas que devuelvan a la democracia su capacidad de regular el capitalismo para que éste no la destruya? ¿Cómo proteger el ideal de la República, de lo público en el corazón de lo social? ¿Podrá reinventarse la izquierda en el continente que la vio nacer? Observando las huelgas de los trabajadores de la cultura y de los ferroviarios, el diario *Le Monde* se quejaba en su editorial del 23 de junio de 2014 de que la movilización social impedía en Francia toda “reforma”. Parece que la democracia social no está muerta. Todavía. ■

Energía nuclear

(en porcentaje en el total de energía producida 2009-2010)



*Sociólogo, Université Sorbonne Nouvelle – Paris 3. Coautor de *Individuación, precariedad, inseguridad. ¿Desinstitucionalización del presente?*, Paidós, Buenos Aires, 2013.

© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

PRIMERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- 1 CHINA
- 2 BRASIL
- 3 INDIA
- 4 RUSIA
- 5 ÁFRICA

SEGUNDA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- 1 ESTADOS UNIDOS
- 2 ALEMANIA
- 3 JAPÓN
- 4 GRAN BRETAÑA
- 5 FRANCIA

EXPLORADOR

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

LE MONDE diplomatique

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

- La Revolución censurada**, por Daniel Bensaïd, página 7, *Manière de voir*, N° 82, "Pages d'histoire occultées", París, agosto-septiembre de 2005.
- La República y sus inmigrantes**, por Gérard Noiriel, página 11, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2002.
- El sueño de una política autónoma**, por Paul-Marie de la Gorce, página 14, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, marzo de 2003.
- El espejo quebrado**, por Pascal Blanchard, Nicolas Bancel y Sandrine Lemaire, página 17, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, junio de 2001.
- La doctrina francesa**, por Maurice Lemoine, página 18, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2004.
- El tiempo de las revueltas**, por Serge Halimi, página 23, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2014.
- El socialismo de Hollande**, por Pierre Rimbert, página 26, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2014.
- Bonapartismo o Constituyente**, por André Bellon, página 29, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2014.
- Las contradicciones del Frente Nacional**, por Philippe Baqué, página 33, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2014.
- Purga social**, por Martine Bulard, página 39, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2014.
- Viaje a los "barrios norte" de Marsella**, por Maurice Lemoine, página 43, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2012.
- El regreso al redil atlántico**, por Régis Debray, página 53, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2013.
- Triste aniversario para la amistad franco-alemana**, por Anne-Cécile Robert, página 59, *Manière de voir*, N° 129, "Europe, droit d'inventaire", París, junio-julio de 2013.

- Desaciertos estratégicos**, por Olivier Zajec, página 61, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 2013.
- Un bombero pirómano en África**, por Anne-Cécile Robert, página 65, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2014.
- No se habla francés**, por Tahar Ben Jelloun, página 71, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2007.
- Descentralizar la cultura**, por Bruno Boussagol, página 74, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 2014.
- El gueto le habla al gueto**, por Thomas Blondeau, página 77, *Manière de voir*, N° 111, "Culture: mauvais genres", París, junio-julio de 2010.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

- Francia en la Unión Europea**, página 24
Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2014.
- Producto Interno Bruto**, página 27
Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2014.
- Desigualdad de ingresos**, página 30
Fuente: Eurostat, 2014.
- Tasa de desempleo**, página 34
Fuente: INSEE, Encuestas de empleo 1975-2012 .
- Población por edad**, página 40
Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2014.
- Mayores de 65 años**, página 41
Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2014.
- Principales religiones**, página 44
Fuente: The Global Religious Landscape.
- Afiliados al Frente Nacional**, página 48
Fuente: Cécile Marin, *Manière de voir*, N° 134, "Nouveaux visages des extrêmes droites", París, abril-mayo de 2014.

- Cada vez menos votantes**, página 48
Fuente: Agnès Stienne, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2014.
- Gasto militar**, páginas 54-55
Fuente: SIPRI Military Expenditure Database 2014.
- Fuerza bélica**, páginas 56-57-58
Fuente: www.globalfirepower.com
- Arsenal nuclear**, página 62
Fuentes: *SIPRI Yearbook 2013* y *Bulletin of the Atomic Scientists*, N° 69.
- Cine**, página 73
Fuente: UNESCO Institute for Statistics, 2014.
- Turismo internacional**, página 78
Fuente: UNWTO Tourist Highlights 2014.
- La brecha educativa**, página 83
Fuente: PISA 2012 Results, OCDE, 2013.
- Destino de las exportaciones**, página 84
Fuente: *CIA World Factbook 2014*.
- Procedencia de las importaciones**, página 85
Fuente: *CIA World Factbook 2014*.
- Fuentes de energía eléctrica**, página 86
Fuente: Country Nuclear Power Profiles 2014, AIEA.
- Energía nuclear**, página 87
Fuente: Country Nuclear Power Profiles 2014, AIEA.
- MAPAS**
- De un extremo a otro**, página 49
Fuente: Cécile Marin, *Manière de voir*, N° 134, "Nouveaux visages des extrêmes droites", París, abril-mayo de 2014.
- Propensión a votar al Frente Nacional**, página 49
Fuente: Cécile Marin, *Manière de voir*, N° 134, "Nouveaux visages des extrêmes droites", París, abril-mayo de 2014.

Explorador: Francia / Pablo Stancanelli ... [et.al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014. 88 p.; 27x23 cm. - (Le Monde diplomatique. Explorador) ISBN 978-987-614-456-8 1. Medios de Comunicación. I. Stancanelli, Pablo CDD 302.23

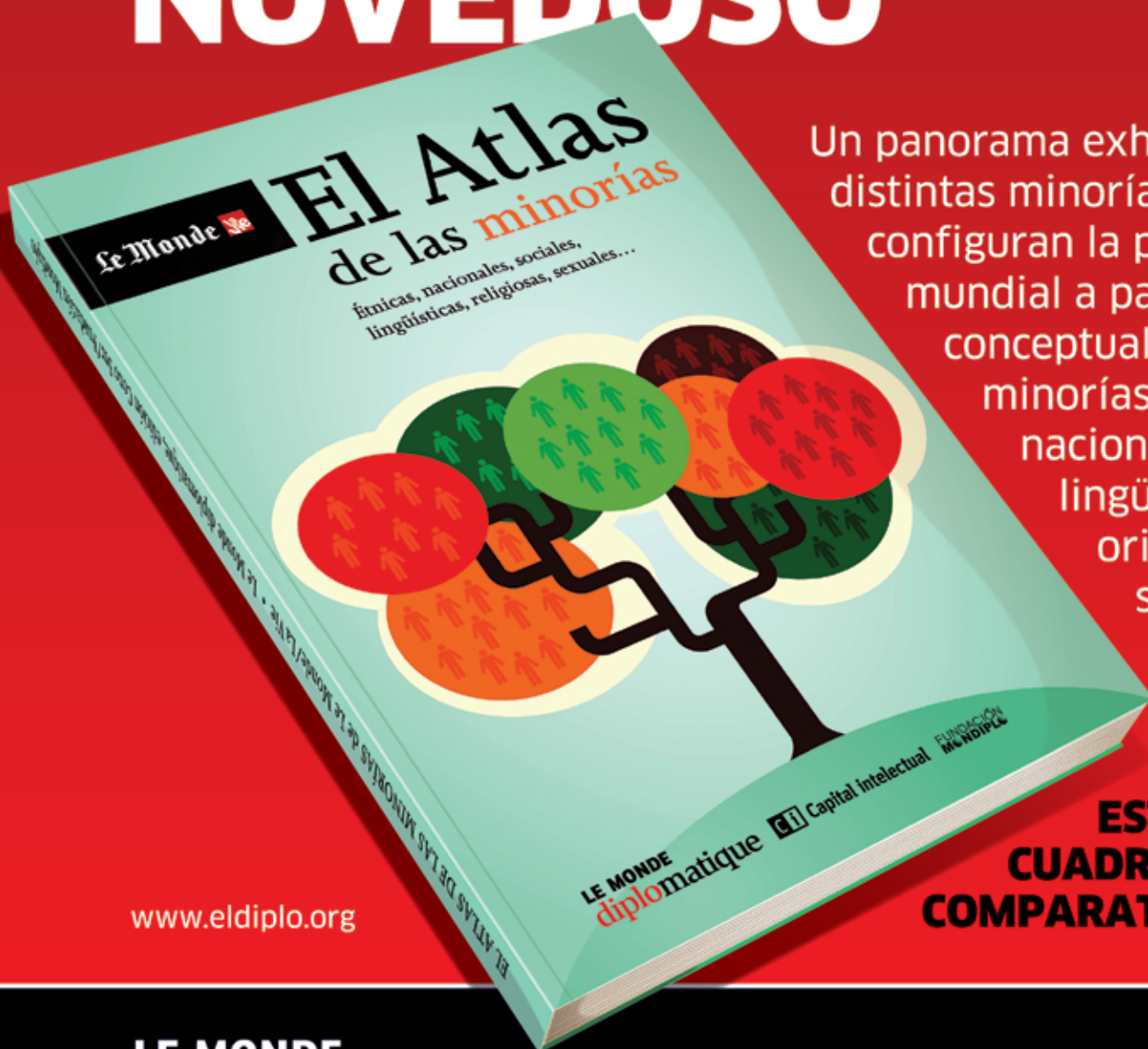
Fecha de catalogación: 25/09/2014

Hecho el depósito de Ley 11.723.
Se terminó de imprimir en octubre de 2014 en Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768, C.P. 1416ECH, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El Atlas de las minorías
de Le Monde/La Vie

**EN VENTA EN
LIBRERÍAS**

UN ENFOQUE ABSOLUTAMENTE NOVEDOSO



Un panorama exhaustivo de las distintas minorías que configuran la población mundial a partir de una conceptualización inédita: minorías étnicas, nacionales, religiosas, lingüísticas, de orientación sexual, etc.

**200 MAPAS,
ESTADÍSTICAS,
CUADROS, GRÁFICOS
COMPARATIVOS...**

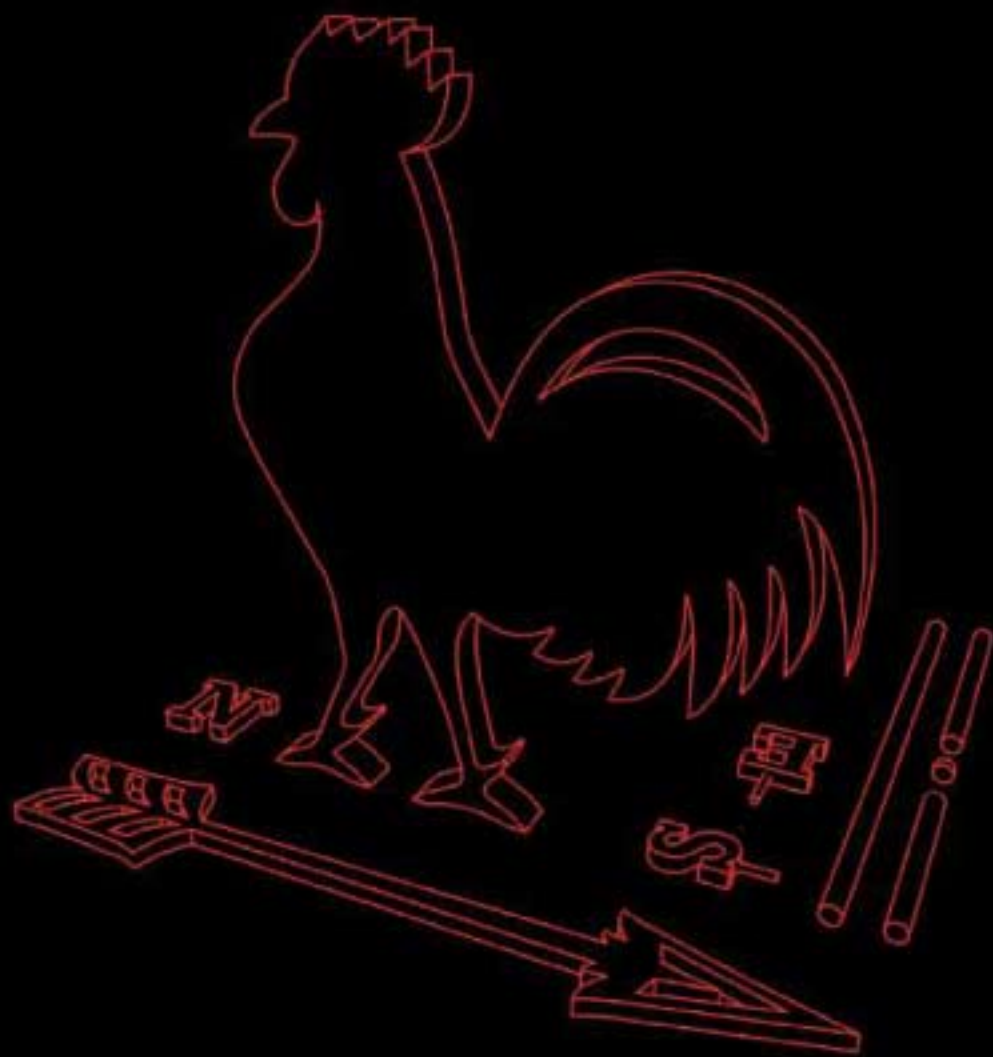
www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

Ci Capital intelectual

FUNDACIÓN
MONDIPLO

LE MONDE
diplomatique



ISBN 978-987-614-456-8



9 789876 144568

Francia: República en deconstrucción La Revolución censurada **El espejo colonial**
Tiempo de revueltas **Las contradicciones del Frente Nacional** La democracia
social en la mira **El regreso a la OTAN** Triste aniversario franco-alemán **Un**
bombero pirómano en África Literatura y francofonía **Rap en los suburbios**

El mundo
cambia

EXPLORADOR

5